

The background is a soft watercolor illustration of a forest. A large, pale, textured moon is positioned in the upper center. Several small birds are scattered in the sky. The trees are rendered in various shades of blue and green, creating a misty atmosphere. The title is written in a black, elegant cursive font, with the first word on the top line and the second on the line below.

*La luna
tras las rejas*

MARINA TENA TENA



Selecta

La luna tras las rejas

Marina Tena

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Raquel, por ser la primera en hacer real esta historia.

Prólogo

Luna nueva

—**H**AY HUMANOS EN EL BOSQUE.

Aprieto los labios sin abrir los ojos. Tengo miedo de que me traicionen. Espero que Sin Sombra también siga con los párpados cerrados. Estamos tendidas de espaldas sobre la hierba fresca que se mece sobre nuestros hombros mientras que el sol acaricia nuestras caras.

No añado nada más, así que escojo con cuidado las palabras. ¿Qué es lo que diría si no supiera ya lo que está pensando? Enredo mis dedos en los brotes verdes y me esfuerzo en que mi tono de voz suene adormilado.

—¿Estás segura?

—¿Recuerdas que nos pediste árnica?

—Se terminó antes —asiento. Mi voz suena más despierta—. Con el cambio de tiempo a muchos ancianos les duelen las articulaciones.

—Fuimos hasta el valle después de una cacería. Encontramos restos de un campamento. Apestaba a ellos.

Los pájaros trinan a lo lejos, como si siguiéramos en calma. Ordeno a mi corazón latir despacio, y a mis nervios a quedarse bajo la piel, sin mover un solo músculo. Cuando vuelvo a hablar mi voz es un susurro:

—¿Crees que pueden encontrarnos?

—No sé si nos están buscando. —Incluso con los ojos cerrados puedo visualizar el encogimiento de hombros con el que mi amiga suele acompañar sus frases cuando está nerviosa—. Supongo que tendremos que estar más alerta.

—Ojalá pudiera acompañaros.

Es trampa, y me siento mal por usarla. Soy tan licántropa como ella, como el resto, pero yo nunca seré una guerrera. No importa que me haya dejado la piel intentándolo. Los ancianos lo llaman la maldición de la luna nueva: somos pocos los nacidos en la noche en la que la reina del cielo no nos regala su presencia, una de esas en las que ni siquiera se dibuja su silueta como si fuera una cuchilla blanca y curva. Fue una mala señal que la primera hija del líder eligiera esa noche para venir al mundo. «Harás grandes cosas» solía decir mi madre, para consolarme. Y yo

quería creerla. «No solo los guerreros ganan guerras». Araño la arena bajo las flores. La echo tanto de menos...

Sin Sombra pone su mano sobre la mía y la estrecha. Sé que ahora sí que me está mirando, así que fuerzo una sonrisa. Siempre ha estado a mi lado, desde mis primeros recuerdos, pero cuando mi madre murió dejó de ser una amiga para convertirse en una hermana. Una parte imprescindible de mi vida. No sé qué hubiera hecho sin ella.

Por eso se me remueven las tripas al ocultarle la verdad, pero hay cosas que ni siquiera Sin Sombra puede comprender.

—Eres valiosa, Sauce, y tu padre también lo sabe.

Aprieto de nuevo los labios, pero esta vez no es para contener la verdad, si no las emociones. Es algo que me hubiera dicho ella.

Mi madre decía que eligió mi nombre porque el espíritu de los Sauces nos protege, para que me guardase allá donde fuera. Ella también era buena contando mentiras, o verdades a medias. Supongo que lo he aprendido de ella. Sé que la primera vez que se encontró con mi padre estaba sentada, con los pies en el río, rodeada por estos árboles. También sé que su primer beso fue en esa misma orilla, varias lunas más tarde.

Mis padres se quisieron como nunca he visto a nadie quererse. Bastaba con que ella sonriera distraída para que mi padre la mirase como si fuera el mismo sol que había bajado a la tierra y tintaba de vida y luz el horizonte. Cuando se marchó nos rompió por dentro. Nos dejó una de esas heridas que nunca sanan del todo. Puedo sentirlo cuando pienso en ella. El corazón rasga esa enorme cicatriz que mana dolor en vez de sangre. Lo veo también en el rostro de mi padre cuando algo le recuerda a ella. Un atardecer, unas flores blancas, o algún gesto que hago sin darme cuenta.

Mi madre era el puente que nos unía, y ahora somos dos barcas perdidas que chocan o se alejan, pero nunca se encuentran.

Sin Sombra me da otro apretón y me rescata de mis pensamientos. Se lo agradezco con una sonrisa y me incorporo, apoyándome en un codo para quedar de costado.

—Solo te lo digo porque creo que tenemos que estar alerta —dice.

—Lo estaré.

—Y... que tengas cuidado.

Ladea la cabeza, casi avergonzada de decirlo. Culpable de marcar una vez más la diferencia entre el resto de lobos y yo. Me trago esa sensación amarga de saber que incluso los que me quieren me consideran menos y me siento en silencio. Su pelo liso, tan blanco como el de una anciana, tiene un par de hojas de tréboles y briznas de hierba. Se las quito y ella arruga la nariz y sacude la cabeza de la misma forma en la que lo hace cuando se transforma en un precioso lobo blanco con los ojos del color de la sangre.

No es la única que se siente culpable.

Nacer la noche en la que la luna nos da la espalda ha hecho que sea un lobo más frágil. Mis garras no atraviesan con tanta facilidad la carne o la cadera. Mis mandíbulas no pueden partir el

hueso. En forma lupina soy incluso más menuda que mi hermano Guerrero, que aún no ha cumplido los once años. Pero eso no me convierte en una criatura indefensa.

Soy rápida. Más ágil que el resto, y la más silenciosa. Puede que no pueda ganar a nadie de mi propia tribu en una pelea frente a frente, pero los humanos son más débiles que nosotros. Lo complicado es adivinar su estrategia y esquivar sus armas, sobre todo las de plata. Mi padre se opondría a que me aleje tanto de nuestro terreno para explorar las fronteras de nuestro bosque, pero no puede prohibirme lo que no sabe que hago. Hay humanos en nuestro bosque, pero no estoy sorprendida.

Ya los he visto antes. Por eso enterré bajo las raíces de un árbol las reservas de árnica y les pedí que me trajesen más para que encontraran su rastro. Era más sencillo que explicarle a mi padre por qué me había alejado tanto de la tribu. No quería tener otra discusión con él, ni ver cómo trataba de no herirme mientras me pedía que me comportase como una niña indefensa. Así es como él me ve, eso lo que soy a sus ojos: inmadura, débil, incapaz de hacerle sentir orgulloso. Alzo la barbilla al cielo. Sin Sombra pasa un brazo por mis hombros y me consuela, pero por los motivos equivocados.

Yo les guíé hasta los hombres, aunque no lo supieran. Y no puedo sentirme culpable por haberlos visto porque eso ayuda a mi tribu. No me importa que tenga que ser en secreto. Sabía que debía alejarme inmediatamente, que cada segundo que pasaba cerca de ellos me ponía en peligro, tanto a mí como al resto. Pero me quedé un rato más para observarlos. Había algo fascinante en poder observar a tus enemigos cuando no sabían que alguien les estaba viendo. Era peligroso y también hipnótico. El cosquilleo recorría la piel desde mi vientre y subía por las venas hasta convertirse en un picor suave en las palmas de mis manos. Supongo que era como mirar el baile entre las llamas de un incendio.

No parecían tan terribles al hablar entre ellos. Entendía su lenguaje, era el mismo que el de mi madre. Después de todo, ella era una humana que había renunciado a su mundo para abrazar el nuestro. En todas nuestras historias, los humanos son criaturas crueles, malignas, pero no parecían terribles con las primeras luces del día iluminando sus rostros aún adormilados. Usaban palabras suaves y bromeaban. Me recordaron a nosotros y, a la vez, eran de un mundo desconocido: con sus botas altas, esos trajes tan incómodos y las armas de metal que hacían que se me encogiera el estómago.

Pero no me marché ni siquiera al verlas. Me apoyé en el tronco de un roble y asomé la cabeza. Cerca del suelo, para que la hierba alta me ocultase. Una chica de pelo rojo empujó a su compañero al agua, y el resto estalló en carcajadas. Me encogí en mi escondite y después me di cuenta de que me estaba riendo como si estuviera con ellos. Con ese grupo de personas que seguramente trataban de darnos caza. Sacudí la cabeza, y entonces mis ojos se cruzaron con los suyos.

El aire se me congeló en el pecho. Se hizo un vacío en mitad de mis tripas y mi espalda se tensó más que la cuerda del arco que sostenía en sus manos. Sus iris eran tan oscuros y brillantes que se

fundían con sus pupilas, fijas en las mías. Los hombros tensos, el grito de alerta preparado en la garganta. Me aferré a la corteza del árbol. Las risas de sus compañeros parecían tan lejanas que las sentía como gotas de lluvia fría. Pensé en huir, pero el miedo me paralizaba. Podía matarme antes de que me diera tiempo a transformarme. Tenía el arco y la flecha en la mano, estaba lo bastante cerca para que el disparo fuera sencillo. Podía morir, iba a morir y era culpa mía. Cerré los ojos.

Un latido.

Dos latidos.

El tercero me golpeó, con tanta fuerza que parecía que el corazón quería romperme las costillas.

No pasó nada.

Le miré de nuevo. Había clavado las uñas en la corteza del árbol y las piernas me temblaban. Seguía viva. No había escuchado el silbido de ninguna flecha rasgando el aire, ni sentía su filo rasgando mi carne. Seguía viva. El chico de ojos oscuros había bajado el arco y me daba la espalda. Sus hombros, anchos, seguían tensos, y tenía la cara ligeramente vuelta hacia mí. No era ningún estúpido que le diera la espalda al enemigo, confiado de su superioridad. Me dejaba huir.

No podía creerlo. Ni siquiera me sentía capaz de reaccionar.

Estaba ayudándome a escapar.

—¡Eh, Mael! Me da igual quién sea tu padre. Si no ayudas con el desayuno te quedas sin comer igual —gritó la chica pelirroja, con voz desenfadada.

Tensó una sonrisa. Había tal seriedad contenida en sus rasgos que me pregunté cómo no se daban cuenta de lo que pasaba. Luego me convertí en lobo y eché a correr, porque sabía que si me quedaba un instante más no volvería a preguntarme nada.

El corazón bombeaba con más fuerza que mis pisadas sobre la tierra húmeda y las raíces tiernas. Me moví con sigilo al principio, luego más rápido, acabé lanzando mis patas tan rápido como podía, con los pulmones en llamas y la presión del pulso en las sienes convertida en un zumbido acelerado. Caí hasta derrumbarme en el barro, temblando de miedo, de impresión, de incredulidad.

Viva y a salvo.

Sin Sombra me abraza más y yo le devuelvo el gesto. La punzada de culpa me atraviesa con más profundidad el pecho. No sabe nada, nadie puede saber nada. No lo entendería, ni siquiera yo lo hago. Sin Sombra roza su mejilla con la mía y me da un beso en el pelo.

—Estaremos bien. No te preocupes.

—Lo sé —respondo y le sonrío.

Aunque sea una sonrisa tensa, como la cuerda del arco con el que pudo matarme. Como la línea de su cuello cuando decidió no hacerlo.

Capítulo 1

RÍO RECITA ROMANCES DE NUESTROS ANCESTROS CON ESA VOZ QUE SUENA COMO UN ARRULLO GRAVE. Hubiera entrado en trance si no fuera por Guerrero, que salta entre Sin Sombra y yo de forma tan torpe que nos empuja a ambas.

—¡Cuidado! —Sin Sombra sujeta como puede el bol, aunque el estofado se derrama por su muslo.

—¡Serás bruto!

—¡Perdón! —Mi hermano es la viva imagen de nuestro padre. Yo me parezco más a mi madre, pero tenemos los mismos ojos de color ámbar. Sus cejas se arquean y vuelve a disculparse—. Creía que había hueco.

—Asegúrate mejor la próxima vez —gruñe Sin Sombra, que intenta limpiarse la mancha de comida de su pierna.

No puedo evitar sonreír al ver a Guerrero, más grande de lo que le corresponde a su edad, bajar la cabeza con gesto avergonzado. Sigue siendo un cachorro impulsivo en un cuerpo que cada vez se le queda más grande. Tiene tanta fuerza que no es capaz de controlarse, y sus movimientos se le escapan.

Ladea la cabeza hacia Sin Sombra, que arruga la nariz pero le sonrío a pesar de todo. Conozco ese brillo de curiosidad en los ojos de mi hermano y me temo que lo que va a seguir no es nada bueno:

—Dicen que vais a ir a por esos humanos.

—Los mayores decimos muchas cosas todo el tiempo, pero a los cachorros solo les tienen que interesar los cuentos —responde ella.

—Bueno, dentro de poco cumpliré los doce años. ¿Sabes que mi padre fue a su primera batalla con esa edad?

—Sí. Y desde entonces tiene una cicatriz que le cruza la cara —intervengo, rodeándole con el brazo desde atrás para empujarle—. No le quedó otro remedio.

—Pero se convirtió en un héroe.

Sin Sombra y yo intercambiamos una mirada de alerta. Me aparto de Guerrero para poder quedarme frente a él, a una distancia que nos permita mirarnos y que vea mi expresión seria. El gesto de Sin Sombra es aún más rígido que el mío. Impone más, a pesar de que en forma humana

es más menuda que yo. Ayuda que sus iris llameen con un rojo sangriento, que tenga el rango de guerrera y que, en la noche, su piel tan blanca como su pelo la haga parecer un espíritu en busca de venganza.

—Tener que jugarse la vida porque no había otra opción no le convirtió en un héroe — responde, con una voz que suena igual que cuando afilamos acero—. Pudo acabar con él. No ha llegado tu momento.

—Puedo ayudar. Soy fuerte. Estoy listo —protesta mi hermano con el ceño fruncido.

—Aún no ha llegado el momento de estar al frente. —Mi voz suena más suave.

—¿Y qué sabes tú de esto?

Se da cuenta del daño que me hacen sus palabras una vez que las ha lanzado. Lo veo en la forma en la que se abren de par en par sus ojos. Él mismo se sorprende antes de que le dé tiempo a arrepentirse. Lo sé, también, por la forma en la que se remueve, como si buscara una forma de evitar que lo escuchara, y por cómo se ponen sus mejillas tan rojas como los iris de Sin Sombra.

Y lo sé porque conozco el corazón de mi hermano. Y sé que es joven, bruto e impulsivo, pero que no guarda ningún tipo de maldad. Por eso mantengo la voz suave.

—Lo sé porque nacer bajo la luna nueva me hizo más débil, pero no estúpida. Y porque soy tu hermana mayor.

—No quería decir eso, Sau... Perdóname.

—Perdonado.

Me abraza. Aunque haya crecido, aún no es demasiado mayor para eso. Apoyo mi mejilla en su pelo caoba y se lo revuelvo con la mano libre. Sin Sombra se levanta con la excusa de rellenarse el cuenco para dejarnos a solas en este momento.

—No importa que no seas fuerte. Siempre me tendrás a mí para protegerte.

—Soy la mayor —repito, pero esta vez me río—. No oses quitarme mi puesto.

Le tiro del pelo suave y se revuelve, lanzando bocados al aire y conteniéndose para no hacerme daño en uno de sus movimientos. Se le escapa la risa entre carcajadas y, cuando le dejo que se incorpore de nuevo, tiene el pelo manchado de arena y una expresión más tranquila.

Se apoya en mí, aunque para hacerlo tenga que encogerse de una forma cómica, y escuchamos juntos la siguiente leyenda que entona Río. Y aunque todo esté tranquilo no me logro sacudir ese pinchazo de preocupación. Porque mi hermano no tiene maldad, ni sabe ocultar la verdad como mamá y como yo, pero su sangre es como un arroyo bravo, imprevisible e impaciente. Y a veces tiene tantas ganas de crecer antes de tiempo como su cuerpo.

Ayudo a recoger y a apagar la hoguera mientras los guerreros de nuestro clan se reúnen con los ancianos, a distancia suficiente para poder debatir qué es lo que van a hacer sin que podamos escucharles. No se trata de secretismo, no hay por qué asustar a los cachorros. Los humanos que se unieron a nuestra tribu guardan la comida, preparan las tiendas o pelean con los niños más energéticos que quieren seguir despiertos. Por suerte, esta noche no me toca lidiar con Guerrero,

que aún se siente mal por lo que me ha dicho.

Piel de Plata, el otro único licántropo que comparte mi luna de nacimiento, me ayuda a organizar a los cachorros para dejar cada cosa en su sitio. Es alto, tan delgado en forma humana como lupina, tiene una nariz larga, rasgos secos y unos ojos hundidos y benévolo. Siempre se ha mostrado especialmente amable conmigo, por una razón más que evidente. También se llevaba bien con mi madre. ¿Quién no lo hacía?

No sé si alguna vez se puede dejar de echar de menos a alguien a quien has querido tanto.

Guerrero duerme en la tienda cuando nuestro padre regresa. Incluso en forma humana, su manera de moverse es la de un líder. El pelo, rebelde y de un color rojo oscuro, parece una corona de ascuas. Los ojos amarillentos parecen destellar en la oscuridad. Las líneas de expresión se le marcan en la piel como si cada una de ellas fuera la cicatriz de una batalla ganada. Su expresión siempre es solemne, aunque mi madre le hacía reír con carcajadas amplias que me recordaban al sonido de los pájaros al alzar el vuelo. Ya casi nunca se ríe.

Le espero sentada en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas y él enarca una ceja ancha con una pregunta muda.

—Que no pueda acompañaros no quiere decir que no pueda saber qué es lo que pasa. —Mi voz suena a reproche y frunzo los labios, pero no me echo atrás—. ¿Es grave?

—Nada que tenga que preocuparnos.

—Acabamos de establecernos aquí —digo con cierto pesar. Aunque esté en nuestra naturaleza viajar, es agradable tener un lugar al que llamar casa sin que vengan humanos continuamente a darnos caza—. Este sitio es bonito. Tiene todo cuanto necesitamos.

—Nos quedaremos aquí. No vamos a dejar que nos echen de nuevo.

—O que nos cacen.

—No tienes por qué tener miedo, Sauce —responde con voz algo más suave, como si quisiera tranquilizar a un niño pequeño.

—No lo tengo. Pero me preocupa. Y también me preocupa Guerrero. —Mi padre arquea las cejas de nuevo, para indicarme que me explique—. Tiene tantas ganas de unirse a vuestro grupo que me temo que haga cualquier tontería.

—No le dejes. Tienes que vigilar a tu hermano.

—Claro —asiento—. Los humanos del bosque... ¿vais a atacarlos?

—Estamos organizando una defensa. Les dejaremos tranquilos siempre que no se acerquen demasiado a nuestro asentamiento.

Frunzo el ceño y recuerdo sus risas, sus bromas, esa interacción tan relajada que me recordaba a la de nuestro propio pueblo. No parecían tan distintos. Ojalá no quisieran matarnos. Y no puedo evitar recordar al chico de ojos oscuros. Mael, así le llamaron sus compañeros. No son sus rasgos lo que se me ha grabado a fuego, es su expresión, tan contenida y tan profunda. Sus labios formaban una línea tensa y me pregunto qué palabras contenían. Cómo suena su voz. Muevo los dedos sobre las cicatrices viejas de mis rodillas.

Me gustaría confesarle a mi padre lo que pasó, lo que ese desconocido hizo por mí. Me gustaría pedirle que, si llega el momento, le dejen marchar como él hizo conmigo. Supongo que se puede estar en deuda con un enemigo.

Pero no soy capaz de contarlo sin delatarme.

Mi padre se cruza de brazos y gira la cabeza para mirar al bosque con tanta concentración que, si no supiera que lo hace para evitar mirarme, pensaría que espera ver a un ejército humano aparecer en cualquier momento.

Hace mucho tiempo que no pasamos un rato a solas. El último que recuerdo es en la tumba de mamá, antes de tener que abandonar ese lugar por los hombres que no dejaban de atacarnos. Los dos nos sentíamos tan culpables de abandonarla allí, bajo los sauces, que no pudimos decir palabra. Creo que no hemos vuelto a hablar de verdad desde entonces. A veces pienso que, cuando ella murió, también perdí a mi padre. Pero supongo que no es cierto, que hace mucho más tiempo de eso. Nunca podrá estar orgulloso de mí, nunca seré la licántropa fuerte que esperaba. Le defraudé desde el momento que vine al mundo y por mucho que me esfuerce no soy capaz de arreglar eso. Estiro las piernas y entrelazo los dedos, con la cabeza baja.

—Ojalá, algún día, puedas estar orgulloso de mí —suspiro.

Frunce el ceño. Retuerzo mis dedos. No había ninguna necesidad de volver la noche más incómoda. Me limpio la tierra de los tobillos para centrarme en algo y que sea más fácil ignorar cómo busca, sin éxito, una forma de consolarme. No puede decir que lo está sin que sus palabras suenen a mentira. Así que me levanto y le lanzo una sonrisa forzada antes de entrar en la tienda.

—Que descanses bien, padre.

Hay un «te quiero» que vacila sobre la lengua, pero me giro y lo sujeto contra el paladar. Quiero decirlo un día que no tenga un sabor amargo. Un día que el recuerdo de mi madre se sienta como un abrazo y no como una cicatriz abierta.

Capítulo 2

DOY UNA VUELTA MÁS EN EL JERGÓN ANTES DE DAR LA BATALLA POR PERDIDA E INCORPORARME CON UN SUSPIRO. He tenido un sueño confuso. Volvía a estar en el valle, y espiaba a los humanos, pero Mael no estaba con ellos. En el sueño, la preocupación por él era peor que la picadura de una serpiente. Si algo le había pasado, si mi tribu le había hecho daño, era culpa mía por no poder evitarlo. Me giré, sobresaltada, para encontrarle detrás de mí. Los labios cerrados, los ojos negros, el arco en las manos esta vez apuntaba a mi corazón.

No le dije que se detuviera.

—Háblame —pedí.

Desperté con un sobresalto cuando la flecha atravesó el aire y mi carne.

Arrastro los dedos sobre los párpados antes de enterrarlos en el pelo, como si así pudiera deshacerme del cansancio. No logré volver a conciliar un sueño tranquilo y apenas he descansado unas horas en toda la noche. ¿Por qué me dolía más su silencio que la herida? ¿Por qué, en el sueño, tenía tantas ganas de verle?

Dejo escapar un suspiro y me incorporo. No tengo que darle más importancia. Hay ancianos que dicen que, estando dormidos, los deseos se liberan y se materializan en nuestra mente, pero no creo que haya que darle más importancia de la que tiene. Los sueños son un reino de caos, nada más que eso. Y si estoy inquieta es porque tengo motivos reales para estarlo.

El grupo de los guerreros se ha ido pronto, en cuanto los primeros rayos de sol iluminaron el horizonte. Me desvelé cuando mi padre dejó la tienda. Se quedó un rato quieto en la entrada. No sé si organizaba sus planes o se despedía de nosotros, por si algo saliese mal. O si le pedía al espíritu de mi madre que nos cuidase mientras él se encargaba de alejar al enemigo.

No he vivido una época de paz duradera, ni una calma larga de las que hablan los ancianos, de esas que dicen que se termina haciendo tan tediosa como una tarde pesada de verano. Mi hermano se mueve en sueños, y me acerco a él para arroparle mejor con esa manta de pieles que se le empieza a quedar pequeña, como toda su ropa. Guerrero murmura en sueños algo ininteligible. Es curioso que me parezca soportable pasar la vida entera huyendo cada vez que los humanos se empeñan en darnos caza, pero me crispe de rabia al pensar que mi hermano tampoco va a conocer la paz. Me preocupa su impaciencia, su energía y la inconsciencia tan típica de los cachorros que empiezan a dejar de serlo.

Los pájaros trinan desde el bosque y le paso la mano por los hombros:

—Eh, dormilón. Hay que preparar el pan y afilar las armas. ¿O quieres escaquearte de nuevo?

Gime y se revuelve sin lograr despegar los párpados. Su cara es aún infantil en ese cuerpo que crece a trompicones y empieza a dejar de serlo. Me río entre dientes y le acaricio el pelo, apiadándome de él y dejando que duerma un rato más. No hay prisa. De momento no nos vamos a ir a ninguna parte.

Paso Nevado está ya en marcha cuando salgo. La anciana tiene un aura de solemnidad que va más allá de sus rasgos o su expresión, o de sus propias acciones. Incluso mientras aviva las ascuas agachada sobre unas rodillas cansadas por el peso de los años hay algo majestuoso en ella. Fue alfa de la manada, antes que mi padre, y ahora es una de las voces más veneradas de la tribu. No es que haga falta tener una lista de méritos para que me muestre respetuosa con uno de nuestros ancianos. Alza el rostro y fuerza la vista para verme a través de las manchas blanquecinas que llenan de niebla sus ojos.

—Acércame el agua, Sauce, niña. Vamos a poner esta tribu en marcha.

Se nos va uniendo el resto. Se respira inquietud en la tribu. Las ausencias son tan visibles que el hueco que los guerreros han dejado deja un ambiente crispado. Seguramente no pase nada, por lo que nos han ido contando están preparando una emboscada si los humanos se aventuraran a entrar en nuestro territorio. Ni siquiera van a acercarse para ir a su encuentro. Aun así, los nervios se retuercen, parecen culebras en mi tripa.

Los que quedamos son humanos en una gran mayoría. Compañeros de los licántropos que, como mi madre, se unieron a la tribu al encontrar un alma gemela, o algunos que encontraron su propio motivo para convertirse en uno más de la manada: vagabundos, huérfanos, contadores de historias... También los ancianos, y los cachorros, y, por supuesto, Piel de Plata y yo misma, que no podemos igualarles en la batalla. En ausencia del alfa, seguimos las órdenes de Paso Nevado. Logra que todos estemos ocupados y con la mente tan concentrada que, a ratos, conseguimos librarnos de la inquietud. Echo en falta a Sin Sombra y la forma que tenemos de entendernos con palabras y con silencios. No es mi única amiga, pero no hay otra persona que me conozca tanto. Ni siquiera Guerrero.

Frunzo el ceño. ¿Dónde está mi hermano? El sol está alto y veo a sus dos amigos empujándose entre risas hasta que Ivhan, el padre de uno de ellos, les regaña y les pide que vuelvan a sus quehaceres. Un mal presentimiento se extiende desde mi espalda como un soplo de invierno. Dejo de apilar la madera seca y me estiro para recorrer el campamento con la mirada. No está con los niños, ni ayudando a los adolescentes a secar la carne. No le veo limpiando los utensilios de cocina ni tomándose un respiro al sol. El hormigueo de las palmas de mis manos se va convirtiendo en los mordiscos y picaduras de diminutas arañas que me trepan por los brazos. ¿Dónde está Guerrero? ¿Se ha podido quedar dormido? Echo a andar hasta nuestra tienda pero los nervios me traicionan y termino corriendo. Irrumpo dentro como una ráfaga de viento.

—¿Guerrero?

Su lecho está deshecho. La estancia, vacía. Era lo que me esperaba y, sin embargo, unas manos invisibles me aprietan el estómago. Quiero gritar. Doy un manotazo para empujar la tela de la entrada y salir de nuevo, buscándole con la mirada por todo el campamento.

No está en ninguna parte.

Si pudiera, le abofetearía con todas mis fuerza.

—¿Sauce?

Ni siquiera presto atención a quien haya dicho mi nombre. Me deshago de la túnica y corro antes de convertirme en lobo. Un lobo pequeño, pero furioso y más veloz que los cachorros que quedan en el pueblo. Aspiro entre zancadas. Estoy tan nerviosa que me cuesta encontrar el olor de mi hermano sobre el del barro, la savia de las ramas rotas y los animales que nos evitan para no convertirse en presas. Lanzo un aullido de rabia, casi de desesperación, y entonces capto su rastro.

Ha pasado cerca.

Freno en seco. Mis patas derrapan sobre la arena y me clavo ramitas afiladas como uñas de un arbusto, pero no me importa. Puedo encontrarlo. Me lanzo de nuevo a la carrera, con el corazón tan desbocado que siento que se me escaparía por la boca si no cerrase los dientes.

«Te tengo».

Deseo con tantas fuerzas no llegar demasiado tarde que duele. Corro todo lo rápido que puedo. Ignoro el pinchazo bajo los pulmones, que parece de hierro incandescente y, cuando sigo forzando mis piernas, de puro fuego. Mis patas se detienen en contra de mi voluntad y me tomo un instante para escupir con rabia el aire y lanzarme a la carrera de nuevo. El aroma de Guerrero cobra fuerza, pero también distingo otro que dispara el pánico: el del sudor de los humanos y el óxido de sus armas de hierro.

El bosque está callado y quieto. Es un silencio pesado que rasgo con mis pisadas y mis jadeos. Siento como si los árboles contuvieran el aliento. Distingo a Guerrero, agazapado en su forma lupina, olisqueando los restos del campamento humano. Antes de que el alivio se extienda por todo mi cuerpo como una descarga, me doy cuenta de que ese silencio está lleno de miradas escondidas, y que el olor de los humanos se esconde bajo el de un mejunje de plantas. Guerrero, tan impaciente, tan confiado, ha caído de lleno en la trampa.

Lanzo un aullido que rasga la calma. Mi hermano levanta la cabeza. Tiene aspecto confundido y, para cuando quiere reaccionar, es tarde. Una red de metal y plata cae sobre él. Sus alaridos de dolor me rompen el alma por dentro.

Los humanos salen de sus escondites. El aullido que no ha salvado a mi hermano ha delatado mi presencia y me apuntan con sus armas y sus miradas. Mi hermano agoniza, se retuerce y se convierte en humano para hacer soportable las quemaduras de plata. Debería escapar, alertar al resto, pedir ayuda, pero sé que, si lo hago, cuando regresemos mi hermano puede estar lejos.

O muerto.

Agacho la cabeza con un gemido para apartar ese pensamiento. La mujer de pelo de fuego se ha

puesto al frente y me reta con la mirada. Soy consciente de las flechas preparadas para atravesarme. Soy un blanco tan fácil que sé que caeré muerta antes de sentir el dolor. Guerrero llora, asustado, como cuando era pequeño y una pesadilla le alteraba el sueño. Pero esta vez no puedo despertarle y asegurarle que todo está bien, que le voy a abrazar hasta que se vuelva a quedar dormido.

—Me transformo en humana.

La desesperación no cambia cuando mi cuerpo lo hace. Me quedo con las rodillas y las palmas de las manos en el suelo, la mirada clavada en mi hermano, que aprieta los dientes con quemaduras que se dibujan por todo su cuerpo.

—¡Sauce!

Aprieto los dientes y bajo la cabeza. Lo que me arde en las mejillas es la humillación que siento, acelerada por el zumbido furioso del corazón en las sienes. Los hombres lobo somos un pueblo orgulloso. Incluso Piel de Plata y yo hemos heredado el orgullo que late en nuestras leyendas. Una parte de mí quiere pelear y, si es preciso, morir plantando batalla. Pero los gritos que mi hermano intenta acallar me remueven desde dentro. Así que mantengo quieto mi cuerpo y lo obligo a mantener una posición sumisa.

—Dejadle ir. Solo es un niño. Lo que le vayáis a hacer, hacédmelo a mí.

—¡No! ¡Sauce!

Guerrero intenta transformarse de nuevo. La plata abre en su piel quemaduras nuevas y gritos que alejan bandadas de pájaros. Clavo las uñas en la arena para obligarme a quedarme quieta. Guerrero se queda tumbado y lucha por respirar y por mantenerse consciente.

—¡Por favor! ¡Liberadle! Va a morir, ¡por favor!

Arrastro la súplica entre los dientes. Mis brazos tiemblan de tensión. Guerrero ya no tiene fuerzas para intentar romper la red, ni para intentar transformarse. Se ovilla en el suelo y se cubre la cabeza entre los brazos para alejar la plata de su cara. Al verle tan roto siento como si me astillaran todos los huesos del cuerpo.

—Hacedlo.

La voz es grave y tiene un toque frío, calmado o denso. Estoy acostumbrada a escuchar hablar a mi padre, y sé que así es como suena la voz de un líder. El joven del arco, el de los ojos oscuros, se ha girado a los que están más cerca de mi hermano, que se miran indecisos. Mael no alza el tono, no cambia la posición para parecer más intimidante. No le hace falta.

—Solo necesitamos a uno de ellos. La chica será suficiente.

—Puede ser un truco —refunfuña la mujer del pelo rojo.

—No lo es —murmuro apresuradamente—. De verdad que no. He venido sola. Dejad que se vaya... No le hagáis más daño.

Guerrero intenta contener un sollozo en el que el dolor se mezcla con la humillación. No tiene fuerzas para hablar. Su piel está roja y quemada, y su cuerpo tiembla.

—Atadla a ella primero. Con plata —exige la chica pelirroja.

Mael frunce el ceño pero no lo impide. Un hombre de espaldas anchas y barba espesa se acerca con cuidado. Saben lo que hacen, lo peligrosos que podemos llegar a ser los lobos. Y me alegro de que aún no sepan que yo soy una de las excepciones. A lo mejor no querrían cambiarme, así que aprieto los labios y me prometo que, cuando lo sepan, mi hermano estará lejos.

Ofrezco las manos con un gesto sumiso y la mirada fija en el cuerpo de mi hermano. La plata quema mis muñecas cuando ajusta los grilletos, pero aprieto los dientes y no protesto. Me ponen otra correa al cuello, que se parece a las que usan para sus perros. Vuelvo a notar ese calor que se parece a la rabia, y sube desde el pecho hasta las mejillas, pero me controlo. Todo esto es por Guerrero.

—Dejad que se vaya —suplico una vez más.

Mael y la mujer pelirroja se miran y es ella quien termina apartando la vista con un asentimiento.

Quiero llorar de alivio cuando le apartan la red de hierro. Mi hermano intenta levantarse, pero las piernas le fallan y jadea desde el suelo. Extiende un brazo hacia mí.

—No, Sauce...

Quiero acercarme y abrazarle, pero me dan un tirón de advertencia y el cuello escuece. Solo quiero calmarle, despedirme de él. ¿Ni siquiera van a dejarme hacerlo?

Muerdo un gruñido. La plata de sus armas tiene un brillo impaciente y me obligo a quedarme quieta. Está bien. Estará bien. Guerrero intenta ponerse en pie de nuevo, así que sacudo la cabeza y le advierto con la mirada que se quede quieto. Vuelven a tirar de mí. Cuando nos alejan, Guerrero rompe a llorar. Lo hace como si volviera a ser ese niño pequeño, asustado por un monstruo imaginario. Como si solo ahora comprendiera del todo lo que está pasando. Que cayó en una trampa, y que yo me he ofrecido para cambiarnos el puesto.

—Lo siento. ¡Lo siento!

Su voz se pierde cuando nos alejamos por el bosque. Me clavo con fuerza las uñas en las palmas de las manos, para controlar las lágrimas. No sé qué es lo que va a ser de mí, pero el llanto de mi hermano me duele más que la plata.

Que no me dejen despedirme me abre una herida profunda y oscura en el centro del pecho.

Capítulo 3

CAMINAMOS SIN HACER NINGUNA PAUSA. No dejamos de avanzar, ni siquiera cuando la noche cae sobre nosotros y los hombres arrastran los pies y se frotan la cara para intentar apartar el sueño. Incluso a mí me pesan las piernas. Aunque los ojos se me intenten escapar y buscar a Mael, mantengo la mirada fija en el frente y la espalda recta.

No puede ayudarme esta vez, aunque quisiera hacerlo.

Me han dado una capa para que me cubra, y la sujeto con ambas manos para tenerla cerrada. Pero sé que a los humanos les incomoda la desnudez. La forma en la que evitan mirarme con movimientos nerviosos y ojos huidizos me arrancaría una carcajada si no siguiera con las ganas de llorar atascadas en la garganta. Ha sido el mismo gigante con rostro oculto por la barba que ajustó mis grilletes el que me ha tendido su capa con un movimiento torpe.

—Necesitamos una pausa —murmura una chica con el pelo recogido en diminutas trenzas rubias—. Kandra, no vamos a aguantar mucho más.

—Los lobos pueden viajar muy rápido —responde la mujer pelirroja.

—Como sigamos así vais a tener que cargar conmigo —protesta la primera.

No me quejo. No reacciono. Sigo caminando con la mirada clavada en el camino que serpentea entre los árboles como si estuviera mucho más lejos y no les observara con cuidado, porque soy muy consciente de que mi vida y la seguridad de mi tribu están en sus manos. Atrapo los nombres como si fueran piedras preciosas que atesoro con el mayor de los cuidados. Ya conocía el de Mael, pero ahora sé también que la mujer pelirroja se llama Kandra. El hombre enorme que me ha dado su capa responde al nombre de Brent, y el chico de ojos soñadores y pelo revuelto que se adelanta para asegurarse de que estamos en el camino correcto es Galvan. La chica de trenzas rubias que parece a punto de caerse de agotamiento es Alanna. Cuando nos alejamos de mi hermano se acercó a mí con el cuerpo tenso y mirada cautelosa para esparcirme un líquido espeso y verde por el cuello y las muñecas. Era una mezcla de hierbas que olía tan fuerte que me hizo arrugar la nariz y estornudar. Lo suficientemente intenso para camuflar su aroma... y el mío.

A cada paso tengo menos esperanzas de que mi pueblo aparezca para rescatarme.

Establecer la jerarquía es más complicado. Mael es quien tiene voz y gestos de líder, y a quien el resto observa cuando hay momentos de indecisión. Se mantiene algo distante, aunque su mirada le traiciona y revela su preocupación por Alanna cuando se acercó mucho a mí o cuando, como

ahora, arrastra los pies al borde del agotamiento.

La voz de Mael, por la que tanta curiosidad sentía, es grave y baja. Tiene la misma oscuridad que sus ojos, y es imposible no prestarle atención cuando habla. Sin embargo, quien tiene la última palabra es Kandra. Es evidente que el resto la respeta. Hay muchas manadas con dos alfas, pero ellos dos no parecen pareja. Tampoco rivales. A veces están en un desacuerdo tan evidente que incluso es tangible, pero uno de los dos cede.

Mi madre no me habló lo suficiente de los humanos para poder entender al grupo ni lo que quieren hacer conmigo. Hay un silencio cómplice con respecto a mi futuro que no he querido romper. No sé si estoy lista para saberlo.

Desde que me capturaron, Mael evita mirarme. Sus ojos oscuros recorren cada uno de los rostros del grupo que forma la expedición menos el mío. Me siento invisible, insignificante. Sé que en estas circunstancias es lo último que debería preocuparme, pero lo hace. Avanza hasta ponerse junto a Kandra y los dos hablan en voz tan baja que apenas es un susurro. Estoy segura de que yo soy la única que puede captar algunas frases: «necesitan un descanso». «No podemos dejar que nos alcancen». «Un respiro. Eso ayudará a que luego avancemos más rápido». Están en desacuerdo pero no hay tensión entre ellos. Sus frases no son amenazantes y sus gestos no auguran rabia contenida, ni siquiera deseos de hacerse con el liderazgo. La chica rubia se detiene unos instantes y se apoya en el tronco de un árbol para limpiarse el sudor.

—¿Te encuentras bien, Alanna?

—No puedo seguir el ritmo —gime.

No es la única. Galvan también parece agotado e incluso Brent arrastra las botas en vez de dar las zancadas con las que se movía al principio. Finalmente, Kandra también se detiene.

—Pararemos unos minutos. No podemos hacer fuego, ni descansar mucho tiempo. Los lobos son rápidos y, aunque hayamos usado pociones de hierbas para camuflar nuestro olor, pueden encontrarnos.

Ojalá estuviera tan convencida como ellos de que pueden hacerlo. No sé cuánto tiempo habrá tardado mi hermano en poder ponerse en pie y hacer el camino de vuelta con todo el cuerpo maltrecho. A lo mejor sigue solo, perdido en el bosque, y ese pensamiento me encoge el estómago.

Los hombres se sientan, y yo espero quieta, como si el cansancio no me afectara. Como si estuviera muy lejos. Mael y Kandra se han alejado del resto y hablan con voz tranquila, pero cuando ella me menciona él se tensa.

—Servirá. Aunque sea tan frágil. Cuando la vi en forma de lobo esperaba que fuera una niña pequeña.

—Era una loba adulta —responde él. Ladeo la cabeza para escucharle mejor. Su voz es seria, y las mejillas me cosquillean. ¿Por qué me alivia que no se burle de mí?

—Sí, pero es distinta. No es tan fuerte como el resto. Incluso el chaval tenía más resistencia que ella. En fin, pertenece al clan, de eso estamos seguros. Así que nos servirá.

—Ya sabes lo que opino de eso.

—Sabes quién eres, Mael. Tienes que estar a la altura de tu posición. Todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan.

—Es distinto. Esto...

Se gira hacia mí y sus palabras se congelan. Su rostro cobra rigidez y cierra los labios con decisión. Estaba tan pendiente de sus palabras que no he tenido cuidado de disimular y me ha pillado mirándoles descaradamente.

Es la segunda vez que nuestros ojos se encuentran. La primera, tenía un arco en las manos y me dio la espalda para dejarme escapar. Esta vez, estoy indefensa y las cadenas me impiden hacerlo, aunque él volviera a darme la oportunidad. ¿Y por qué iba a hacerlo? Somos enemigos y es evidente que buscaban capturarnos. ¿Por qué me dejó entonces marchar aquella vez? No logro descifrar la intensidad oscura de sus ojos, como tampoco lo conseguí hacer la otra vez. No entiendo a los humanos, pero Mael parece un misterio incuso para los de su propia especie.

Kandra se gira y, al verme, la conversación entre ambos muere definitivamente. También el descanso. La mujer se pone en pie y escucho a Alanna gemir en voz baja entre dientes.

—Sé que estáis cansados, pero estamos cerca y no podemos confiarnos ahora. Un último esfuerzo y podremos celebrar esta victoria en las tabernas. —Con una sonrisa traviesa a pesar del cansancio, arquea los ojos hacia Mael—. Invita nuestro futuro señor.

Su confianza logra calar la piel del grupo pese al abrazo cada vez más frío de la noche. Se ponen en pie y emprenden de nuevo la marcha. Caminamos entre las sombras. La expedición quema sus últimas fuerzas con una mezcla de esperanza y desesperación que me hace pensar que estamos cerca. Pienso en dejarme caer al suelo y aferrarme a las raíces de los árboles. A patear y morder, aunque sea en forma humana. Puedo resistirme y arañar unos segundos. Hasta que me den un golpe para dejarme inconsciente. O decidan que es más fácil acabar conmigo, pienso, acariciando con la mirada el filo de sus armas. Es lo que haría Sin Sombra. Pelear hasta morir.

Pero yo no soy ella. No puedo ganar si lucho como ella lo haría. Nunca he logrado destacar en un combate, pero tengo otros dones. Mi madre tampoco era fuerte, y es la persona de la que más aprendí. «Si eres lista, Sauce, puedes convertir incluso tus defectos en virtudes». Así que camino con gestos mansos, observo y tomo nota de cada gesto, de cada palabra. Trato de trazar planes en los que usar toda esta información para sobrevivir. Me han visto en forma lupina, saben que no soy tan fuerte como esperaban. A lo mejor, si logro que me subestimen, puedo encontrar una forma de escapar.

Dejar que crean que soy débil y vulnerable es algo en lo que tengo mucha experiencia.

Pienso que Alanna va a caer cuando los árboles empiezan a distanciarse. Posiblemente lo hiciera si no fuera porque su voluntad tira de ella y hace que siga arrastrando sus botas por el sendero de tierra. Brent se acerca para ayudarla, pero el gigante no está mucho mejor que ella. Yo misma me encuentro deseando que Kandra nos deje hacer otra pausa, pero la capitana sigue caminando y, al

bordear una colina, nos encontramos con un pueblo durmiente.

Trago saliva, pero intento mantener el miedo donde nadie pueda verlo. Nunca he estado tan lejos de mi tribu y nunca he deseado estarlo. Hay algunas casas desperdigadas sobre la pradera y, tras ellas, una imponente muralla de piedra que abraza el pueblo como los brazos de una madre que protege a sus cachorros. El castillo se levanta con gesto soberbio, casi desafiante, y su silueta se recorta contra la oscuridad del cielo.

La realidad me golpea con tanta fuerza que me quedo sin aliento y mis pies se clavan en el suelo. Esta mañana estaba ayudando a preparar el desayuno a Paso Nevado y, aunque la inquietud flotaba en el ambiente, la vida seguía su curso: la rutina era sólida y el mundo me sostenía sin amenazar con resquebrajarse bajo mi peso. No hemos llegado al día siguiente y unos humanos me llevan encadenada a su fortaleza, y no tengo forma de saber qué van a hacer conmigo. Ni siquiera si puedo contar los días que me quedan por vivir, ni sé si despertaré mañana.

Me empujan. La plata clava sus dientes en el cuello y me obligan a ponerme de nuevo en marcha. Obedezco, pero cierro los ojos y acallo un grito. Me permito derrumbarme unos momentos en silencio, antes de clavar con rabia las uñas en las palmas de las manos y respirar hondo para enfrentarme de nuevo a esta pesadilla. Cuando abro los ojos, descubro a Mael mirándome. Aunque gire al instante la cabeza, esta vez sí que distingo la emoción que oscurecía el mar de sombras de sus ojos. Después de todo, la culpa no entiende de idiomas ni de razas.

Capítulo 4

LA PRIMERA LUZ DEL ALBA SE DERRAMA SIN FUERZA POR EL ÚNICO VENTANUCO DE MI PRISIÓN. No esperaba dormir nada, así que no me sorprende el cansancio que me pesa en los músculos, que se mezcla con la tensión de la que no consigo librarme por mucho que me obligue a estar quieta, acurrucada en una esquina.

Me hubiera gustado ver cómo es el castillo para hacerme algún tipo de plano mental. Para alimentar la esperanza pensando que tengo alguna manera de escapar de aquí. Pero estaba oscuro cuando entramos por una de las puertas laterales, y solo bajamos las escaleras que llevaban a la mazmorra en la que me han encerrado. Al menos, una vez dentro, me permitieron liberarme de los grilletes y las cadenas de plata que han dejado marcas en mi cuello. Esperé a que cerrasen la puerta antes de convertirme en lobo, como muestra de que no tenía intenciones de intentar escapar.

Porque sabía que no tenía posibilidad de hacerlo.

Tengo el cuerpo entumecido. Estiro un poco el cuello, para acercar mi hocico hacia el haz de luz sin tratar de alcanzarlo realmente. Odio tener miedo. Sin Sombra no lo tendría. Claro que ella tampoco se habría dejado capturar. No sé si es cobarde aferrarme a la vida en vez de haberme enfrentado a ellos y a sus armas una vez que estábamos lejos de mi hermano. Me remuevo al pensar en mi padre, en lo decepcionado que le haré sentir cuando descubra que me han atrapado. Seguramente ya lo sepa. Me encojo un poco más, como si así pudiera protegerme de la vergüenza.

Mi madre me entendería mejor. Quiero aferrarme a ella, al recuerdo de sus dedos cálidos dibujando caminos en mi melena. Ella tendría un gesto de consuelo, una palabra amable, un abrazo que lograría hacerme sentir mejor.

«No solo los guerreros ganan guerras».

Intentaré lograr que, esté donde esté, sienta que no se equivocaba.

Me mantengo inmóvil cuando escucho pasos que se acercan. Distingo el aroma de Alanna. Se ha desprendido del de la mezcla de hierbas y su cuerpo emana un olor suave, delicado, que se mezcla con el del jabón y las prendas limpias que lleva puestas. Parece cansada, sus movimientos son lentos, aunque no torpes. Al contrario que yo, ha podido echarse a dormir algunas horas.

No levanto la cabeza, pero tengo las orejas alzadas y alerta mientras sigo sus movimientos. Lleva un cuenco con agua fresca y una hogaza de pan en la otra mano. Se acerca y duda,

quedándose quieta al otro lado de las rejas. Lo bastante separada para que no pueda alcanzarla si me lanzase de repente hacia ella.

No pienso hacerlo. Giro la cabeza hacia el otro lado con un desinterés que roza el desdén y cuento los latidos que pasan hasta que ella inspira de nuevo y se acerca despacio para empujar el pan y el agua dentro de mi celda. No hago el más mínimo movimiento, aun así se aleja al instante y se yergue. Noto cómo su mirada me recorre. Alanna no me subestima, aunque mi tamaño sea mucho más menudo de lo que es habitual en mi especie. Me hace pensar en que no conoce mucho a los de mi raza. O quizá haya sobrevivido a algún enfrentamiento y ha visto lo suficiente para no subestimarme, ni siquiera a mí.

—No será muy malo si colaboras —dice, tras aclararse la garganta.

Su voz podría sonar a disculpa. O puede que sea su forma de convencerse de que hacen lo correcto. No creo que les cueste mucho, nosotros siempre hemos sido el monstruo que acecha en el bosque: el lobo feroz de sus cuentos. La criatura malvada a la que sus héroes se enfrentan y matan.

Parece que quiere añadir algo más pero suelta el aire y se da la vuelta para marcharse con pasos apresurados. Cierro los ojos sin girarme hacia el pan o el agua. El sol extiende los dedos e intenta rozarme la piel.

Si me concentro lo suficiente, puedo imaginar que son los dedos de mi madre, que vuelvo a ser pequeña y que es ella quien me mece y me promete que todo va a salir bien y que soy tan valiosa como el resto. Mi madre era tan buena mintiendo que incluso logro creer en esa voz fantasmal tan parecida a la suya que, ahora que la necesito más que nunca, me acompaña.

La mañana inunda la celda de luz y calor, pero no me muevo. Ni siquiera logro dormir, por mucho que lo intente. Mis músculos protestan, y solo me estiro cuando los calambres que los recorren se vuelven insoportables. ¿Cómo estarán todos en mi tribu? ¿Me darán por muerta? ¿Prepararán mi rescate? Ojalá no lo hagan. No soportaría ser la causa de la muerte de ninguno de mis compañeros. Puede que para eso me quieran, para atraerlos y esperarlos en esta trampa de dientes de plata. Mi padre es astuto, los ancianos entienden mucho mejor que yo lo que está pasando. Quiero creer que no dejarán que se lancen a por mí en una misión suicida.

Cuando vuelven a sonar pasos distingo el olor de Kandra y el de dos hombres que no conozco. La capitana tiene un aroma a hierro mezclado con el de su propia piel, como si las armas ya formaran parte de su esencia.

—Buenos días, Sauce. Es ese tu nombre, ¿verdad?

No me gusta que lo pronuncie. Me hace sentir que me conoce, que estoy en una desventaja aún mayor. Guerrero habló en nuestra lengua pero mi nombre debió de quedar lo suficientemente claro para que ella pudiera entenderlo.

—Sé que puedes entendernos. Me gustaría hablar contigo y agradecería que no nos hagas perder mucho tiempo.

Su voz no es amable, las palabras están tan afiladas como las armas que penden de su cinto. Sé distinguir un ofrecimiento de una amenaza. Mantengo los párpados cerrados y el cuerpo quieto. Respiro despacio.

No voy a dejar que me gane el miedo.

—No me gusta que jueguen con mi paciencia, loba. Me da igual si vives o mueres, lo que quiero es que me respondas a unas preguntas bastante sencillas. Luego te dejaré en paz, no tengo ningún interés en ti. Creo que es un trato bastante generoso para una prisionera.

Tomo aire. Lo suelto. Los humanos no tienen un oído tan desarrollado como el nuestro, así que no tiene por qué escuchar cómo se me ha acelerado el corazón. No tiene por qué oler mi miedo. Kandra tamborilea con sus dedos sobre la funda de su daga. Parece otra chica totalmente distinta de aquella que se reía en el río, junto a sus hombres. Parecía tan alegre y tan cercana que me hizo pensar en una tribu como la nuestra.

—No tenemos demasiado tiempo, pero por suerte para ti hay otros asuntos más urgentes que necesitan mi atención. Volveremos mañana, Sauce, y deja que te dé un consejo: soy una mujer que consigue lo que quiere, pero a la que no le sobra la paciencia. Yo hablaría antes de que tenga que arrancarte las palabras.

Sus pasos resuenan con fiereza cuando se aleja. Los hombres que la acompañaban tardan un tiempo en seguirla, y logro controlarme hasta estar realmente sola antes de ponerme a temblar. Ahogo los gañidos de llanto y de miedo. No hace falta ser lupino para tener la fuerza de un alfa, Kandra tiene la voz de los líderes y estoy segura de que va a cumplir su promesa para conseguir lo que necesita. Y quiere que hable.

No tengo que ser muy lista para saber lo que quieren conseguir: información para atacar a mi pueblo. Ojalá me hubiera resistido hasta que me mataran. No puedo traicionar a mi tribu, a mi familia... Se me escapa un gemido y me ovillo hasta hacerme más pequeña.

Las horas se arrastran como la luz de mi celda que, poco a poco, cede terreno a la oscuridad, dejándome entre sombras. Vuelven a traerme agua y comida, esta vez carne seca. Es Galvan, el chico que abrió el camino en el bosque, quien se acerca. Muestra menos miedo que Alanna, pero tampoco se acerca demasiado. Observa la hogaza de pan sin tocar, como el bol de agua. Si va a decir algo se contiene a tiempo y se marcha con pasos ligeros que apenas rasgan el silencio.

Logro dormir cuando cae la noche. Es un sueño ligero y a trompicones, por puro agotamiento. Los recuerdos recientes se mezclan con la sensación de angustia, los olores de mi familia con el del mundo de los humanos, la frialdad de la celda cala el sueño y cuando unos pasos me despiertan me siento aún más cansada que antes.

Tardo solo unos instantes en ubicarme. Salgo del sueño pero no de la pesadilla, y quiero lanzar

al aire un aullido de angustia que contengo entre los pulmones. Me giro hacia el visitante y me encuentro con esos ojos tan oscuros que, en la noche, parecen océanos de sombra y secretos. El pulso se me acelera y hace que me despeje. Mael va desarmado. Tiene las manos grandes y la mirada cansada. Las ojeras parecen pétalos violetas bajo el abismo negro de su mirada. Él tampoco ha podido descansar este día.

No habla. Ni siquiera sé si tiene intención de hacerlo. Tal vez debería preocuparme, no sé cuáles son sus intenciones. Me dejó ir la primera vez, pero pertenece al grupo que me ha encerrado, el que preparó una trampa para mi hermano. Es mi enemigo, y me lo recordaré cuantas veces hagan falta.

—Lo siento.

Dos palabras bastan para derribar todas las defensas que intentaba levantar. Me estremecen más que las amenazas de Kandra. También me hacen sentir mucho más vulnerable. A lo mejor no son solo sus palabras, es también ese tono de voz: profundo, un poco ronco y descarnadamente sincero. Antes de que comprenda lo que hago, mi cuerpo se adelanta a mis pensamientos y el pelo desaparece para mostrar curvas suaves de piel fina y tostada por el sol. Sus cejas se arquean y aparta la vista, incómodo. ¿Le desagrada mi forma humana? El pensamiento me hace fruncir el ceño antes de recordar lo importante que es para los humanos cubrirse con ropa. Cojo la capa de Brent y me envuelvo con ella antes de carraspear para llamar su atención. Esta vez, al mirarme, sus ojos no se apartan nerviosos, aunque aún queda algo de color en esas mejillas tan pálidas.

Hay un silencio interrogante. Espera que diga algo, si no, ¿para qué me he transformado? No lo sé. ¿Por qué lo he hecho? Ni siquiera puedo darme una respuesta. Su sinceridad me ha desarmado, pero sigue siendo mi captor. No puedo dejarme llevar por ese estúpido impulso de querer confiar en él.

«No solo los guerreros ganan guerras».

Pero, a lo mejor, puedo lograr que él quiera confiar en mí. Que lo termine haciendo. Si he podido mentir a mi propio clan, ¿por qué no a los humanos? Trago saliva.

—Gracias.

La oscuridad de sus ojos se ilumina cuando una sonrisa triste, culpable, se extiende por sus labios.

—¿Por encerrarte aquí?

—Por la disculpa —aclaro.

Mael baja la vista, incómodo. Se siente mal por todo lo que está ocurriendo. Y, aunque suene terrible, yo tengo que aprovecharlo.

—¿Me harán mucho daño? —Mi voz suena aguda, algo infantil, con ecos de llanto y me aclaro la garganta como si estuviera avergonzada. Mael frunce el ceño sin atreverse a mirarme.

—Quieren saber todo lo que les puedas decir.

—No puedo traicionar a mi tribu. Eso lo entiendes, ¿verdad? Tú tampoco traicionarías a los tuyos. Aunque te cueste la vida.

La última frase es mucho más calculada de lo que parece. Un golpe en un punto sensible, una declaración de intenciones lanzada con rabia a esa parte de él que ya se siente culpable. Y acierto de lleno, lo veo en su expresión, en las cejas que se arquean y la boca que se tensa.

—No tiene por qué acabar así... ¿Sauce? ¿Es ese tu nombre? —Asiento. Aunque lo sabe tan bien como el resto aprecio que me lo pregunte, es como si me pidiera permiso para entrar en mi tienda—. Queremos defendernos, seguro que podemos encontrar una forma de hacerlo sin que tenga que correr la sangre.

Dejo que mi expresión refleje la falta de confianza en sus palabras que siento. La mejor forma de mentir, de manipular, es ser lo más sincera posible. Él suelta el aire y se remueve.

—Estaré presente.

Hay una diferencia entre esa frase y la que quiere decir: «te protegeré». Son distintas, pero no puede decir la segunda sin traicionar a los suyos, aunque la intención sea la misma. Lo entiendo y, de momento, es suficiente.

Por eso dibujo una sonrisa tímida y agradecida que logro que él me devuelva.

Capítulo 5

MAEL SE QUEDA UN RATO MÁS, AUNQUE NO PARECE QUE TENGA NADA MÁS QUE DECIR. No me resulta molesto: su presencia es tranquilizadora. Me acurruco bajo la manta de Brent y alzo la vista hacia la ventana. Tengo que aprovechar esta oportunidad para hacer que sienta más simpatía por mí.

—La próxima noche la luna estará en cuarto creciente —digo en tono casual, como si hablara más para mí que para que me escuchase.

—Lo sé. Evitamos acercarnos a vuestra tribu en luna llena. Estáis más agresivos.

—Es la luna del guerrero —respondo con un encogimiento de hombros—. Las supersticiones se mezclan con la magia. La luna nos afecta, como a las mareas o a las cosechas. Cada fase tiene una luz distinta y un efecto diferente.

No creo que entienda el tono amargo de mi voz, pero parece sentir cierta empatía. Jugueteo con mis dedos. ¿Qué importa si lo hace por las razones equivocadas? Se inclina un poco más. Calculo que podría arañarle si me lanzara contra los barrotes, y una parte de mí quiere hacerlo, pero desecho el pensamiento expirando despacio.

No necesito más enemigos, solo una forma de escapar.

—¿Puedes notar sus cambios? ¿Aunque no la veas?

—Todos lo hacemos —asiento, y me aparto un mechón de pelo castaño para colocarlo detrás de la oreja—. La luna nos susurra por dentro de los huesos.

—¿Y qué dice ahora?

—Que hay esperanza. —Sacudo la cabeza para quitar importancia a mis propias palabras, como si no las creyera de verdad. Porque no las creo—. Cuando la luna crece, nos da su energía. Cada día nos sentimos capaces de llegar más lejos. Pero cuando aún muestra poco, los nervios no son molestos, ni nos sentimos tan irascibles. Es agradable. Los ancianos de mi tribu dicen que todos los cambios bajo esta luna traen cosas buenas.

—¿Y tú no lo crees?

—La luna es la reina de la magia y de las mentiras —respondo, y encojo los dedos de los pies.

—Haré lo posible para que quien se equivoque seas tú, y no ella —murmura con decisión tras una pausa y me hace sonreír como si de verdad quisiera creerlo. Porque quería.

Se marcha poco después. Sé que mi objetivo es engañarle, hacer que sienta simpatía por mí,

que quiera realmente protegerme y ganarme su confianza hasta lograr escapar de verdad. No soy tan estúpida para olvidar que es el enemigo, aunque tenga ojos profundos y una voz grave que transmite calma. Escucharle es como refugiarse junto al fuego en una caverna mientras la mayor de la tormenta se desata sobre el bosque. No voy a dejar que esas distracciones me alejen un solo paso de mi objetivo, pero no hay nada malo en disfrutar de algo agradable, ¿verdad?

En algún momento el agotamiento me vence y el tiempo se me escurre. Dejo que mis pensamientos floten entre el sueño y la vigilia, entre el ahogo y la esperanza. Hasta que escucho unos pasos ligeros que se acercan, y reconozco ese olor que mezcla el aroma dulce de la piel, el miedo que emana, el jabón y el lino. Alanna vuelve con las primeras luces del sol.

Esta vez me giro hacia ella cuando aparece. Mordisqueé sin ganas algo de la comida y me terminé el agua de los cuencos. Aunque prefiera pasar sed que aceptar sus limosnas, he decidido intentar parecer colaboradora.

La chica arquea una de sus cejas finas y rubias con desconfianza. Preferiría que la siguiese ignorando. Me quedo en la esquina contraria, decidida a parecer pequeña e inofensiva. No quiero asustarla, especialmente a ella, que parece tener algún tipo de relación más cercana con Mael. Alanna lleva en las manos dos cuencos nuevos sobre una prenda de algodón blanco. No me quita los ojos de encima y habla intentando que el miedo no le haga vibrar la voz:

—Es un vestido. Kandra dice que es buena idea que te lo pongas. Necesitamos que hables con nosotros.

«Vamos a obligarte a permanecer en forma humana» es otra forma de decirlo. Empujo el hocico bajo la tela de la cama para meterme dentro y cambiar sin que mi desnudez pueda molestarla. Cuando me ajusto la capa y me pongo en pie me parece que Alanna se siente más tranquila. Su aliento no huele tanto a miedo. Se acerca un poco más que ayer para empujar entre las rejas el bulto que carga en las manos. Me quedo inmóvil mientras lo hace, de la manera en la que mi padre me enseñó a cazar pájaros. Dejas la trampa al lado y te mantienes quieto, sin moverte, mientras los animalillos se confían hasta estar demasiado cerca para poder escapar cuando saltas sobre ellos.

Así que solo me inclino hacia lo que me ha pasado cuando ella se aleja. Su respiración no se altera. Su pulso sigue como al principio, más alterado de lo normal sin que llegue a acelerarse por el pánico. Alanna está en alerta. Cojo el vestido y le sonrío.

—Gracias.

Su gesto automático es devolverme la sonrisa, pero sus labios están demasiado tensos. Finjo no darme cuenta y me pongo el vestido: amplio y ligero, como una túnica. Sería cómodo si no me quedara tan justo del cuello, donde la piel aún se resiente por las quemaduras de la plata. Lo estiro para que caiga más allá de las rodillas. Alanna abre la boca y la cierra, sin llegar a decir nada. Pongo mi expresión más inofensiva mientras arqueo las cejas.

—¿Ocurre algo?

—Te lo has puesto al revés. Lo que llevas de frente es por la espalda.

—Oh...

Vuelvo a meter los brazos y a girar la tela sobre mi cuerpo. El pulso de Alanna se calma, poco a poco. Su corazón es un pájaro pequeñito que empieza a relajarse sobre la rama, creyéndose al fin libre de peligros.

—¿Es la primera vez que te pones uno?

—Tenemos ropa en la tribu, pero es más simple —farfullo, fingiendo estar avergonzada y le lanzo otra sonrisa que, esta vez, sí que me devuelve.

—Pensaba que a lo mejor ibais siempre desnudos.

—En invierno no. Es incómodo que te caiga nieve sobre la piel.

Su sonrisa se amplía: divertida y casi relajada. Hasta que un ruido arriba hace que cada uno de esos cambios pequeños que tanto me han costado conseguir desaparezcan y vuelva a tensar la expresión a la vez que se aleja de mí. Pero esta vez no parece temerme a mí, sino a que la encuentren haciendo algo que no debería.

—¿Está lista?

—Sí —responde rápido, agudo, casi a la defensiva.

Hay más pasos que se acercan y estiro la espalda. Controlo el impulso de transformarme en lobo y espero, mansa, con las manos vacías entrelazadas bajo mi pecho y la espalda contra la pared de piedra.

Reconozco el olor a Kandra y se me encoge el estómago antes de que llegue a verla. No es desagradable, pero es contundente. Tan decidido como sus pasos y tan inflexible como el acero de sus armas, que hacen ruido cuando ella camina acortando la distancia. Se ha recogido el pelo en una coleta alta. Parece una llama que se derrama por sus hombros. Tiene los labios rojos, lo que hace que su expresión sea aún más dura. No viene sola, y solo reconozco a Brent entre los tres soldados que la acompañan, pero está claro que es ella quien lidera la marcha.

—Vaya, reconozco que me esperaba que siguieras en forma animal. Me alegro de que no hagas esto más difícil de lo necesario. Ninguno disfrutaríamos de hacerte daño.

Hay una sinceridad despiadada en sus palabras. Kandra no necesita llenar el aire de amenazas vacías, le sobra con hacer una declaración de intenciones. Tiene clara su misión y cómo conseguirla.

—¿Para qué me queréis? —me atrevo a preguntar, con mi voz más dócil.

Si Brent estuviera al mando, tendría alguna posibilidad de hacer que sintiera lástima por mí. Lo veo en sus ojos y en la forma en la que cambia de pierna en la que apoya el peso como si lo que quisiera fuera liberarse de otra carga mucho más incómoda. Pero Kandra es mucho más inflexible y su expresión varía lo mismo que si estuviera cincelada en una estatua de hierro.

—Información. —Arroja una correa pesada al suelo—. Póntela en el cuello antes de salir. Podemos ponértela a la fuerza, pero será bastante más doloroso.

Tengo que seguir el juego aunque las manos me tiemblen y la plata me queme en los dedos. Es soportable, aunque sea doloroso, y obedezco sin tomarme demasiado tiempo para no darles motivos para pensar que me estoy rebelando.

Cuando me ajusto el collar abren la puerta. Inspiro. No me hace falta fingir que las piernas me tiemblan al acompañarles por el pasillo. No intercambiamos una sola palabra, así que cada paso resuena con más fuerza en el estrecho pasillo de piedra. Me siento pequeña al estar dentro de un edificio tan grande. Al menos soy yo quien se tiene que enfrentar a esto, no mi hermano. Ese pensamiento es como una llama cálida que baila cerca de mis dedos e impide que el frío termine de congelarme. El frío o el miedo.

—Aquí —ordena uno de los hombres para indicarme que entre a otra sala. No me gusta la silla de madera que ocupa el centro, ni el olor a sangre seca que impregna la madera vieja, ni las argollas abiertas de los reposabrazos, como fauces hambrientas, impacientes por cerrarse en torno a mis muñecas.

—Siéntate ahí —ordena Kandra.

—Por favor...

—He dicho que te sientes ahí.

Creo que voy a derrumbarme antes de llegar. Unas manos invisibles clavan sus dedos en la carne de mi garganta. Desvío la vista a la ventana enrejada, con desesperación, aunque sepa que no tengo forma de escapar de aquí. La ventana da a un patio interior, lleno de flores que rodean a un sauce de un verde vibrante, lleno de vida. Es absurdo que una casualidad así me consuele, pero lo hace.

Y entonces le siento llegar.

—¿Qué hacéis con ella?

—Mael, este no es tu sitio.

No me giro porque no estoy segura de ser capaz de mirarle y controlar las lágrimas de alivio. Tampoco llego a sentarme en la silla. Hay tanta tensión en la sala que no soy capaz de moverme. Ni yo, ni el resto de soldados, que no saben cómo reaccionar. Por esto es mejor que solo haya un alfa en una manada, pero estoy demasiado agradecida de que Mael haya llegado para que me importe.

—Es mi castillo, o va a serlo. Claro que es mi sitio.

—Pero no tu función. Tenemos que conseguir que nos diga todo lo que necesitamos saber de su tribu.

—Yo me encargaré de eso —responde con voz grave y tranquila.

—Mael, tú...

—¿Yo qué, Kandra? ¿No me crees capaz?

La frase está tan afilada como sus armas. Por primera vez la relación entre ambos toma un matiz hostil, no simplemente de desencuentro. Pero la capitana cuadra los hombros y se pone firme.

—No iba a decir eso.

—Es lo que has dicho otras veces.

—Conseguir esta información es responsabilidad del ejército —añade en un tono más controlado—. Y, por lo tanto, mía.

—Pero es mi padre quien da las órdenes, el máximo responsable. Y ahora que él no puede ocuparse, soy yo. Y quiero encargarme personalmente de hacerlo.

No logro seguir del todo la conversación. Madre me habló de la complicada jerarquía de los hombres, pero no presté tanta atención como debería. No sabía que alguna vez me enfrentaría a una situación como esta.

Ellos sí que ven claras las reglas que a mí se me escapan y, de nuevo, es Kandra la que termina fingiendo. Con un asentimiento tan seco que roza el rencor se inclina y se gira hacia la puerta.

—Como ordenéis, mi señor. Estaré disponible si necesitáis de mis servicios. Como siempre lo he estado.

Se aleja con paso firme. La indignación se hace eco de sus pisadas. Cuando se ha ido, Mael mira a sus hombres y habla con voz más calmada.

—Podéis iros.

—Pero... señor.

—No es peligrosa. Con el collar y sin armas no supone más riesgo que cualquier otra doncella.

—Estaremos cerca —murmura uno de ellos, y Mael consiente con un gesto.

Se marchan sin dejar de mirarnos con preocupación. Por eso mantengo las manos juntas, la vista en el suelo y los hombros bajos. Solo cuando escucho que cierran la puerta me atrevo a alzar la mirada para dejarme caer en el abismo oscuro de sus ojos.

Él suspira y parece que es quien va a suplicarme, quien está encerrado en este castillo con cadenas de plata.

—Lo siento.

Y tengo que mantenerme firme para no dejar que me derrumbe dos veces con las mismas palabras.

Capítulo 6

MAEL TIENE UNA FORMA DE DESARMARME TAN CONTUNDENTE QUE INCLUSO ME CUESTA REACCIONAR. Le bastan un par de palabras y esa sinceridad grave y visceral que sacude el mundo. Dice que lo siente, y sé que es totalmente cierto aunque no esté aún segura de a qué se refiere. Él parece escuchar esa pregunta que no pronuncio y sacude la cabeza.

—No te estoy salvando. No puedo hacer nada por ti. Solo he ganado algo de tiempo. Conseguir información sobre tu tribu es prioritario y... —La forma en la que evita mirar la silla de la tortura es tan reveladora como si me dijera, palabra a palabra, todo lo que pueden hacerme—. Y al final harán lo que haga falta por conseguirlo.

Juego con mis dedos. No tiene por qué ayudarme, pero vuelve a hacerlo. Como la primera vez que me vio, en el bosque, y decidió no disparar. Puede que comparta la causa, pero no los modos, y si me gano su confianza a lo mejor podría llegar a convencerle de que cometiese «un error» que me dejase libre. De momento, como él dice, solo ha ganado tiempo. Pero sé que en toda batalla el tiempo se puede convertir en una victoria si se planea con cuidado una estrategia.

Y, de momento, la mía es hacer que confíe en mí.

—Gracias.

Pestañea y arquea las cejas como si fuera lo último que esperase oír. Imagino que de una forma parecida a como he reaccionado yo con su disculpa. La idea de que nos sintamos de manera similar me hace esbozar una sonrisa.

—No puedo sacarte de aquí —repite, con voz más lenta, por si acaso no he entendido su mensaje.

—Lo sé, pero has evitado que me sienten ahí por lo menos esta mañana. Que me... hagan daño. —No tengo que fingir el estremecimiento, es tan real como el miedo—. Aunque sea solo por ahora. No tenías por qué hacerlo.

Se encoge de hombros, sin saber cómo tomarse el agradecimiento. Mis palabras parecen una capa que le queda demasiado grande y le hace removerse, incómodo, bajo su peso. Parece menos solemne. Más vulnerable. Pero al instante toma aliento y recupera el aplomo.

—No hace falta que me agradezcas nada. No se trata de ti, no me gusta esta forma de conseguir lo que quieren.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Saber más sobre vosotros.

—Eso ya lo sé, pero ¿para qué? ¿Para atacarnos cuando seamos vulnerables? ¿Para enjaular a los míos aquí, en el castillo, o es mejor matarlos en el propio bosque para no tener que cargar con ellos?

Me muerdo el labio inferior para contenerme. No quería que mi voz sonase acusadora, y menos con él, pero la rabia de los lobos se ha agitado con más fuerza de la que esperaba. Noto mi cuerpo vibrar y, si no fuera por la cadena, no estoy segura de haber sido capaz de contener el cambio. Cierro los ojos e inspiro lentamente para obligarme a controlarme.

Soy más lista que esto. Enfadarme con el único que está dispuesto a ayudarme es un movimiento estúpido.

—Queremos protegernos.

—No os hemos atacado. —Otra vez el tono de voz me traiciona. Dolido, seco. Mantengo los ojos cerrados y me llevo los dedos a las sienes para contener la rabia dentro de mis pensamientos.

—Vosotros no. Aún no —responde con un tono cada vez más inflexible, a la defensiva—. Pero conocemos bien el poder de los licántropos. Por desgracia, demasiado bien. No sois la primera tribu que se asienta en nuestros bosques.

—Los bosques no tienen dueño. —Aprieto los dientes, ¿por qué no logro controlar el enfado? Así no voy a conseguir nada.

—Puede que en tu mundo no lo tengan, para nosotros sí. Nos dan caza, leña, recursos que necesitamos para nuestro pueblo.

—Hay recursos de sobra para varios pueblos. —Esta vez sí que consigo que mi voz suene algo más suave, más conciliadora, y él me responde destensando los hombros.

—La última vez que una tribu de licántropos se asentó en nuestro bosque, nos atacaron sin previo aviso y acabaron con varias familias. No podemos permitir eso.

—No somos iguales —insisto y me acerco a él.

Es tan alto que mi frente no llega a su barbilla, y lo parece aún más cuando estoy tan cerca. Mael no retrocede. Tiene que bajar la cabeza para mirarme. Parece más imponente a cada centímetro que recorto, pero también más vulnerable. Más real.

—No puedo volver a poner a mi pueblo en riesgo.

Reconozco ese tono inamovible. Lo he escuchado en la voz de mi padre. Sé que enfrentarme a él solo conseguirá alejarnos más, así que uso una voz tranquila y conciliadora.

—Podemos encontrar una forma de ayudarnos, si de verdad es lo que quieres. Algo que no ponga en peligro a los míos.

—¿Crees que es posible?

Asiento. Si no lo es conseguiré que lo sea. Me giro para darle la espalda y camino hacia la ventana mientras trato de poner en orden mis pensamientos. Es más sencillo si no estoy frente a él, tan cerca que el olor de su piel me distrae. Hace un día precioso al otro lado de las rejas. Con un sol tan brillante que duele no poder sentirlo sobre la piel. Pero también me transmite esperanza,

tengo que ser capaz de encontrar la forma de que los dos salgamos ganando. Al menos, el tiempo suficiente para encontrar una manera de escapar.

—Hay cosas que puedo contarte —decido tras darle un par de vueltas. Mael me mira, paciente—. Creo que os serán útiles.

—¿Por ejemplo? —pregunta con un interés cauto—. ¿Qué estás dispuesta a decir que nos ayude a ambos?

—Mi tribu no os atacará si les hacéis saber que sigo viva, y que estáis dispuestos a acabar conmigo si lo hacen.

—No quiero que dudes del cariño de tu familia, pero ¿puedes asegurárnoslo?

—No dudo de lo mucho que les importo —respondo con las mejillas encendidas—. Pero, si entiendes más de orgullo que de amor, no te preocupes. Soy la hija de Garras Rojas, nuestro líder.

—No he dicho... —Antes de disculparse, mi última frase hace que se quede callado y me mire incrédulo.

Todas las debilidades con las que he convivido desde siempre se me echan encima y pesan más que nunca. Veo su duda, y la comprendo: soy una muchacha baja, y aunque sea ágil mis músculos no tienen fuerza. Y me ha visto convertida en lobo: un animal pequeño y enclenque al lado de mi hermano, que no dejaba de ser un cachorro. Puedo leer lo que no dice: que mi padre debe de estar avergonzado de mí. Parpadeo con furia y me giro para perder la vista por la ventana.

Ni siquiera en un sitio nuevo, rodeada de gente de otra raza, dejo de ser un error para los míos. El eslabón débil y defectuoso de la cadena.

Mael carraspea, pero no me giro. Suena incómodo cuando vuelve a hablar.

—No sé si he dado la impresión de que no te creo. No era lo que pretendía.

—No. Ha dado la impresión de que te sorprende que una criatura tan débil pueda ser la hija de un líder temible.

No estoy enfadada, sino triste. Un cansancio frío que me ha acompañado toda una vida y me ha calado hasta los huesos. Mael se aclara de nuevo la garganta:

—Soy el menos indicado para juzgar algo así.

—Ya —resoplo.

—Mi padre es el conde. Este castillo y estas tierras le pertenecen. Es un líder duro, pero justo, que se ha ganado el respeto de su gente. Yo soy su único hijo. Y ya ves cuánto confían en mí o me respetan.

—Lo hacen —le contradigo con el ceño fruncido.

Mael me responde con una sonrisa de medio lado que arranca un brillo triste de sus ojos. Tiene unos labios bonitos, masculinos pero de apariencia suave. Parecen agradables aunque la sonrisa sea triste. Ojalá se pudiera borrar esa tristeza con un gesto tan simple como arrastrar por ellos el pulgar.

—Me he esforzado cada día en entrenar como el resto de soldados. En ser fuerte, en aprender las estrategias para mantener a salvo a nuestra gente. En ser duro, cuando es necesario, pero no es

tan sencillo. Puedes dar una orden, pero si la voz te tiembla al hacerlo, quienes te rodean se dan cuenta. Mi gente me considera muy blando, y tienen motivos para hacerlo.

Si las palabras se me resisten no es porque no le entienda, es por la profundidad con la que lo hago. Nuestra historia se parece tanto que podría ser la misma, con distinto protagonista en un mundo distinto, pero una misma historia. Aunque Mael no es consciente de que él también es un líder, aunque no se sienta así. Sus hombres le respetan aunque lo hagan de una forma distinta, y no se dé cuenta.

—Te escuchan. Y tu opinión es importante, incluso para Kandra.

—No tiene más remedio. Estoy por encima de ellos, por posición social. —Ladeo la cabeza, y él extiende un poco más esa sonrisa que no tiene ninguna alegría—. Supongo que tu manada es muy diferente de la mía. Que no tengan más remedio que seguir mis órdenes no quiere decir que crean que sea digno de darlas.

No estoy de acuerdo, pero no insisto más. Lo importante no es consolarle, es encontrar una forma de que los dos podamos mantener esta situación un poco más de tiempo. Es lo único que necesito para ir tirando poco a poco de la cadena, para darla de sí y poder escaparme cuando llegue el momento.

La primavera me llama con tantas fuerzas que se me hace difícil concentrarme en el siguiente paso y mantener el control.

—Podemos ayudarnos —insisto—. Di que has conseguido que te dé esa información contra mi voluntad.

—No van a creer que te la he sacado gracias a la violencia o el miedo. Me conocen demasiado, Sauce.

No esperaba escucharle pronunciar mi nombre. Hace que suene distinto, vibrante, como si cada letra burbujeara en mis oídos al pronunciarla. Me gustaría hacer que lo repitiese. Pestañeo, ¿en qué estoy pensando? Sacudo la cabeza para obligarme a concentrarme en el presente.

—Pues di que lo has conseguido con mentiras. Que no soy demasiado inteligente. Ya me consideran poca cosa, ¿verdad? —Quiere negarlo, pero no lo hace. Bajo la vista a mis dedos que se entrelazan. Sé que no debería avergonzarme, pero noto calor en las mejillas y ese deseo, sólido y antiguo, de que me vean como alguien valioso me vuelve a golpear—. No te preocupes, estoy acostumbrada.

—Puede que lo piensen, pero yo soy el único de aquí que conoce algo de ti, Sauce. —Ese burbujeo, como chispas de luz entre las sílabas de mi nombre... Alzo la vista. Me gustaría que lo dijera más veces—. Y empiezo a darme cuenta de que eres mucho más lista de lo que podía sospechar.

Capítulo 7

Cuarto creciente

LA CELDA SE QUEDA CADA VEZ MÁS ESTRECHA. El tiempo, en cambio, se alarga y para cuando llega Galvan con la cena siento que han pasado varios días aquí. Le sonrío: he decidido mostrarme sumisa y agradable con quien pueda. Mael es mi mayor apuesta, pero si puedo conseguir más aliados tengo que intentar hacerlo.

El chico me devuelve una sonrisa vacilante y huidiza. Parece más joven que el resto, y me pregunto si es más pequeño que yo. Deja la comida en el suelo y se rasca el pelo mientras clava sus ojos en mí. No estoy segura de si su expresión es de burla o de respeto.

—Gracias —digo.

—Eh, sí... no es nada —farfulla en respuesta.

Vacila de nuevo, pero yo tampoco encuentro nada que decirle para retenerle. Antes de marcharse, se despide con un gesto de la mano que imito.

Me ha traído un estofado que aún está tibio, aunque no hay ninguna cuchara con la que poder tomármelo. No sé si es porque piensan que no sé comer con cuchara o porque tienen miedo de que la convierta en un arma. Me resigno y atrapo primero con los dedos los trozos de carne demasiados cocinados para mi gusto y los mastico con ganas. Incluso aunque estén tan cocinados que casi han perdido el sabor, tengo más hambre de la que creía y el estómago me gruñe. Me los termino antes de comer el resto del plato. Los licántropos podemos comer verduras como las que hay en el caldo, pero eso no quiere decir que nos guste su sabor. Aunque somos omnívoros, podemos vivir solo a base de carne, al contrario que los humanos que nos acompañan. Lo que se me hace muy raro es no poder cazar aquello que consumo.

Intento dormir, aunque tardo en hacerlo, y me despierto cada poco tiempo por ruidos reales o imaginarios. El suelo se me hace incómodo y no encuentro una sola postura en la que logre descansar. Pienso en la luna, que muestra medio rostro en un cielo al que no puedo mirar. Y también pienso en mi hermano, en mi padre, en Sin Sombra y en el resto de la tribu.

Y deseo con todas mis fuerzas que estén todos bien y poder mantenerles a salvo.

Me despierto con los pasos de Alanna. He aprendido a reconocer el sonido ligero de sus botas, como si siempre caminase de puntillas, y el aroma tan ligero y limpio de su piel. Está inquieta,

pero el pánico que le producía acercarse a mí al principio se ha convertido en un temor ligero, apenas perceptible.

Casi me sonrío al pasar la comida bajo las rejas. Las raciones que me están dando son adecuadas para un humano, pero los licántropos comemos más. Al ver que se trata de fruta y un trozo de pan noto que mi cara refleja más de lo que me gustaría.

—¿No te gustan los melocotones?

—Sí. Bueno... están bien. No quiero sonar desagradecida. Es que somos más carnívoros.

—¿Te sientan mal?

—Puedo comerlos. No me alimentan mucho. Es como para vosotros comer flores, u hojas de los árboles. No creo que puedan llenarte.

Alanna ladea la cabeza en algo que se parece a un asentimiento, pero no dice nada, así que no insisto. Después de todo, solo soy una prisionera.

No pasa mucho más en el resto del día. No sé si es la inactividad o la soledad lo que se me hace más insoportable. Cuento las rejas, las piedras de la pared e incluso trepo hasta aferrarme a las rejas del ventanuco solo para poder escuchar los pájaros que cantan fuera: alegres y libres, y hacer que me dé un poco de aire fresco en las mejillas.

Termino por comerme los melocotones despacio. No logro matar el hambre ni el aburrimiento, incluso intento dormir a mediodía, pero soy incapaz de hacerlo. La tarde se alarga, insoportablemente despacio, y creo que estoy a punto de desesperarme cuando escucho por fin unos nuevos pasos que se acercan. Reconozco a Galvan antes de verle. También capto en el aire un aroma a carne asada que hace que el estómago me gruñe de pura impaciencia.

Intento mantener la compostura y mirarle con una sonrisa sin fijar la vista solo en la comida, salivando como un perro hambriento. No soy capaz de concentrarme demasiado y contengo mis pasos lo mejor que puedo para no abalanzarme a por el plato de carne con arroz que me pasa por debajo de las rejas.

—Que aproveche.

¿Hay burla en su voz o solo está divertido? No sé ni lo que respondo ni en qué momento se aleja. Cojo uno de los trozos de carne. Es pollo, la carne es de un animal viejo y está mucho más cocinado de lo que me gusta, pero incluso cierro los ojos al masticarlo. No recuerdo nunca haber comido con tantas ganas.

Por mucho que me esfuerce en racionar el alimento, lo termino antes de lo que querría. No estoy llena, pero al menos es suficiente para aplacar el hambre y lleno el hueco en el estómago con el arroz que queda en el cuenco. Es difícil mantenerme aseada en un espacio tan pequeño y con los recursos justos, pero humedezco un extremo de la capa de Brent en el agua para limpiarme con ella la cara y las manos. Espero poder devolverle en algún momento su prenda, o que alguien se la dé si consigo escaparme.

«Cuando consiga escaparme» me corrijo mentalmente. Voy a salir de aquí y volver con mi tribu. Al menos, estoy haciendo algún avance y si de verdad quiero conseguirlo tengo que mantener viva la esperanza.

Me siento y trato de relajar los músculos. No tengo sueño, pero al menos tampoco el hambre me agujonea las tripas. Me inquieta no saber cómo va a reaccionar mi tribu. Si pudiera hacerles saber que estoy bien, que no quiero que se arriesguen en un rescate porque yo sola encontraré la forma de salir... ¿No es lo que los humanos también quieren? Ojalá pudiera tener también alguna noticia de qué es lo que van a hacer conmigo. Que no me hayan intentado torturar de nuevo es bueno, pero no tengo ninguna certeza de que no ocurra mañana.

Siento un escalofrío al recordar el daño que hace la plata. Las heridas se incendian, como si nos atravesaran con fuego la carne y los huesos. ¿Y si no soy capaz de contener la verdad si me hacen el daño suficiente?

Sigo despierta, entre aburrida y desesperada, cuando le escucho llegar. Y tengo tanto miedo de estar imaginándomelo que me quedo muy quieta, por si esos pasos que reconozco son solo imaginarios. Prefiero dejarme engañar a seguir sentada frente a la soledad en esta celda tan pequeña.

Pero el sonido de sus botas contra el suelo se hace más real y logro distinguir su olor antes de verle. Mael no huele a metal como Kandra, ni tiene un olor dulce y ligero como Alanna. Su aroma me recuerda a la madera de un nogal, o a las piedras de la caverna en la que nos refugiamos hace unas cuantas primaveras. A oscuridad, también a refugio.

—Buenas noches —me saluda. Y me giro para dedicarle una sonrisa bastante sincera.

Es más fácil mentir cuando no estás segura de cuál es la verdad.

Hay preocupación al mirarme, y me conmueve más de lo que me gustaría reconocer. Me muevo para quedar sentada en el suelo frente a él. Tiene menos ojeras que ayer, pero aún se le notan, igual que la indecisión y la culpa. Respondo con voz suave:

—Buenas noches. Me alegro de verte.

Se encoge de hombros como si no supiera qué hacer con mis palabras. Se me escapa una risa entre dientes: así es como me siento yo con su sinceridad en las disculpas. Mael sonríe de medio lado y parece más joven. Sus ojos tienen un brillo divertido y cálido. Las rejas parecen menos importantes.

—Parece que tu plan está funcionando.

—Lo que dije es cierto —respondo, poniéndome seria.

—También piensan que he sido yo quien ha hecho que te confíes. —Se encoje de hombros, tan serio que es difícil darse cuenta de que se siente avergonzado—. No me siento especialmente orgulloso de hacerles creer que te he engañado. No te hace parecer muy inteligente.

—No me importa lo que piensen.

—Si sirve de algo, yo sé que eres más lista de lo que pareces.

Noto el calor subir a mis mejillas. Por las palabras a las que no sé cómo responder, pero también por la forma en la que sus pupilas se clavan en mí. Su mirada tiene tanta intensidad que siento cómo es capaz de tocarme. Me alegra parecerle lista. ¡No debería alegrarme! Quiero que él también me subestime, que confíe en mí para poder engañarle. ¿Por qué me parece algo tan rastrero ahora? Arrastro mis dedos por los senderos entre las piedras del suelo, incapaz de deshacerme del nudo de la garganta o de encontrar palabras que quiera decir.

—Mañana vendré a convencerte para que escribas un mensaje para tu tribu. Algo que les mantenga alejados. —Vuelve a tensar una sonrisa ladeada—. A ver si lo consigo.

—Algo me dice que sí —intento bromear con una voz tan torpe que solo consigo que frunza el ceño.

—¿Estás bien? Claro que no estás bien, lo siento. Esto... es horrible para ti. Me gustaría hacer algo para ayudarte, si me das tiempo...

—Quédate conmigo —le interrumpo. Mael permanece con los labios entreabiertos por la sorpresa y el calor de mis mejillas aumenta—. Quiero decir... solo un rato. Si no te importa. Llevo sola todo el día y esta celda es tan agobiante... Aunque tendrás que descansar, y tendrás cosas que hacer. Olvídalo. Ya haces bastante. No quiero obligarte.

—No me obligas —responde con voz calmada cuando ya no me atrevo a seguir balbuceando.

Se sienta frente a mí, con un gesto tan elegante que parece que lo haga en un trono en vez de en el suelo de piedra de una mazmorra. Pestañeo despacio antes de atreverme a sonreír. Él también lo hace: una luna tímida en su rostro, tan suave que me gustaría extender la mano y acariciarla. El silencio entre nosotros dura cinco latidos acelerados y dos exhalaciones lentas, lo que tardo en ordenar el caos que reina dentro de mis costillas.

—¿Alguna vez has escuchado la leyenda de la dama que se enamoró de un espíritu de agua? —pregunto.

Ladea la cabeza, invitándome a hablar, y mi voz va cobrando vida cuando narro uno de los cuentos favoritos de mi infancia.

Capítulo 8

LA MADRUGADA NOS ENCUENTRA HABLANDO. En realidad, soy yo quien lo hace. Mael me mira en silencio. Me pregunto si cuando espiaba a su grupo en el bosque, en mis ojos burbujeaba la curiosidad de una forma parecida a como lo hace en los suyos. El cansancio empieza a pesarnos, pero yo no quiero terminar de hablar y él tampoco hace ningún intento de despedirse en ninguna de las pausas. Así que soy yo quien, a mi pesar, dejo de enlazar leyendas con cuentos e historias de mis antepasados. Suelto el aire y sonrío. Mis dedos han seguido dibujando formas invisibles en el suelo de piedra. Como si me imitara, Mael también ha apoyado los suyos en el suelo. Tiene manos grandes y las venas se marcan en la piel fina y blanca de los antebrazos. En la oscuridad, parece tan pálido como Sin Sombra, pero su piel contrasta aún más por sus ojos y el cabello negro, que insiste en caerse en mechones por delante de su rostro.

—Es tarde. Te estoy entreteniendo demasiado —digo, a modo de disculpa.

—Merece la pena.

—¿Tenemos más historias de las que esperabas? —pregunto y alzo la barbilla con cierto orgullo—. Somos algo más que un grupo de bestias sanguinarias.

En vez de responder, se ríe en tono bajo. Sus carcajadas son frescas como el agua de un arroyo y tardo unos instantes en darme cuenta de que escucharle me hace sonreír.

—Deberíamos descansar un poco —sugiero—. Además, alguien puede echarte de menos.

—No creo que nadie vaya a mi cama con la esperanza de encontrarme —responde, divertido. Por algún motivo hace que note de nuevo un picor en las mejillas. Mael se pone en pie y yo también lo hago, aunque mis movimientos no tienen su elegancia. Frunce el ceño al examinar mi celda.

—¿Puedo hacer que te traigan algo? Tienes que estar muy incómoda ahí dentro.

—Es... estoy bien. Brent me dejó su capa y me tumbo sobre ella para dormir. Espero que no la eche en falta.

Mael se quita la suya y la dobla antes de que pueda protestar para apoyarla en las rejas.

—Mañana me aseguraré de que puedas pasar la noche en mejores condiciones.

—¡No es necesario!

—Que descanses. —Inclina su cabeza a modo de despedida, sin escucharme.

Me pongo en pie y me acerco a los barrotes para ver cómo se aleja. Se gira hacia mí y, si no

hubiera sido tan absurdo, me hubiera escondido para que no me pillara mirándole. Esa vez no tenía un arco en las manos, solo una sonrisa.

—Nos vemos mañana.

Tres palabras bastaban para hacer la noche más cálida.

Esta mañana es Galvan quien se acerca con el desayuno. El sueño me pega los párpados y reacciono justo a tiempo para esconder la capa de Mael bajo la de Brent. He dormido sobre ella y me froto la mejilla notando las arrugas que la tela me ha dejado en la piel. El olor a Mael aún se queda conmigo y no me molesta en absoluto.

Galvan tiene cara de sueño, una sonrisa vaga y un poco de carne seca y un cuenco de leche en la bandeja.

—Alanna dijo que la fruta no os alimenta mucho.

—No. No demasiado —reconozco con una voz aún más adormilada que la suya.

—Espero que la leche te vaya mejor. Es de cabra, mi madre es pastora. Toda mi familia, menos yo. Que me metiera en el ejército se lo han tomado un poco como una deshonra —suspira—. Perdona. Supongo que no importa mucho.

—Parece que en todos los mundos es más fácil para un hijo hacer que su padre se avergüence que se enorgullezca. —Intento consolarle.

Creo que lo consigo, al menos un poco. Estira una sonrisa y se frota los ojos.

—Desayuna bien. Te espera un día difícil.

No suena a amenaza. Es una advertencia en tono casi amable, a la que no sé cómo responder. Puedo ver bondad en el mundo de los hombres. A pesar de estar encerrada y de ser su prisionera, no son crueles conmigo. O no lo son cuando muestran mi parte humana, sonrío y uso sus palabras. Recuerdo el momento en el que les vi por primera vez, cuando les espí en su campamento junto al río. Eran tan cercanos como si fueran una tribu aliada, no nuestros enemigos.

«Pero lo son. No puedes confiarte», me susurra la parte más fría de mí, esa que no deja que el encierro le afecte demasiado, «y cuando escapes, o cuando lo intentes, lo verán como una traición. Mael no va a ser una excepción. Son enemigos».

Me gustaría acallar la voz, pero no puedo hacerlo. Tiene toda la razón. Puede que me esté empezando a creer mi propia mentira, que piense que me agrada pasar la noche en vela hablando con Mael, como si no fuera un esfuerzo para ganarme su confianza. Pero lo es. No puedo perder el norte tan pronto.

Me consuelo pensando que al menos he evitado la tortura y tampoco he revelado nada que ponga en peligro a mi pueblo. Bebo despacio y al hacerlo recuerdo cuando lo hacía durante mi infancia. No somos ganaderos y, si conseguimos leche, la reservamos para los humanos o los cachorros. Tiene un sabor fuerte y reconfortante, y me concentro solo en eso, sin dejar grietas entre mis pensamientos por las que se puedan escurrir unas dudas tan oscuras como los ojos de

Mael.

Las energías de las horas de sueño me sobran, me recorren las tripas como descargas eléctricas y me pongo en pie para dar vueltas en círculos contenidos en este espacio tan pequeño. Necesito el bosque, sentir el aire en la cara y la tierra bajo los pies. También necesito asearme con algo más que la esquina de una capa usada y la poca agua que me puedo quitar de la que me dan para beber. En primavera, lanzarse a un lago de agua clara es mucho más agradable que en invierno. Sé que los humanos aún lo pasan mal, su cuerpo no aguanta tan bien como el nuestro las temperaturas frías. Sin Sombra y yo solemos acercarnos cuando ella vuelve de entrenar o explorar con los guerreros. Aún quedan horas de sol y nuestro lago suele estar vacío, a excepción de los peces esquivos del fondo o de algún ciervo que se aleja a toda prisa en cuanto llegamos. Suelo lanzarme en forma de lobo contra la superficie del agua y cambiar de forma para impulsarme hacia abajo hasta tocar el fondo y que el aire me queme en los pulmones. Si cierro los ojos casi puedo sentir el frescor del agua, el roce de las algas y la risa de Sin Sombra salpicada por sus chapoteos. No sé cuánto daría por estar allí, sin preocupaciones ni ataduras.

Y me descubro pensando en contárselo a Mael si vuelve esta noche. Como si no fuera la idea más estúpida del mundo describirle un lugar donde te relajas a uno de tus enemigos. Suelto un gemido y sacudo la cabeza. El encierro me está afectando más de lo que creo.

Tengo tiempo para desesperarme antes de que vuelva a escuchar que alguien se acerca. Según detecto el ruido olfateo el aire, aunque mis sentidos estén menos agudizados en forma humana y solo pueda reconocer a Kandra que, por supuesto, es la primera que abre la marcha. Hay dos hombres desconocidos y el corazón me da un vuelco que quiero creer que es de esperanza al ver a Mael tras ellos. Kandra está tensa, aunque quiera disfrazar sus nervios de seriedad. La situación no le gusta aunque no suponga el menor riesgo para ellos.

—De modo que tu padre es el líder de tu tribu —comienza, y le lanzo una mirada herida a Mael como si no esperase que hubiera compartido una información secreta. Eso tranquiliza un poco a la capitana, aunque sigue lejos de parecer contenta—. Aunque no lo creas, lo ha hecho por ayudarte. Todos queremos lo mismo.

—Si todos quisiéramos lo mismo me dejaríais marchar —respondo, esforzándome en que mi voz suene triste y no desafiante.

—Seamos realistas, chica, si te dejo escapar no tengo nada para asegurarme de que los tuyos ataquen de nuevo a mi pueblo.

—Nosotros nunca...

—No me interrumpas —ordena en tono inflexible, y me trago mis palabras—. Pero supongo que a ti también te interesa seguir con vida. Y que nadie muera en un enfrentamiento evitable.

Si mi cara reflejase lo que siento sería difícil de explicar esa larga sonrisa de triunfo que se extendería por mis labios. Pero fingir siempre se me ha dado bien y me mantengo quieta en un

silencio asustado, como si buscara la trampa y no hubiera sido yo la que hubiera tenido esta idea.

—¿No te lo parece? —insiste Kandra. Espero un poco más antes de asentir con la vista baja—. Eso pensaba. Nos gustaría que le mandases un mensaje a tu familia. Uno en el que les digas que estás bien, y que lo estarás mientras se mantengan lejos, pero que no dudaremos en hacerte daño si tocan un solo pelo a uno de nuestros aldeanos. —Apoya la mano en la empuñadura de su arma y el gesto queda lo bastante claro para hacerme tragar saliva—. No me importa desperdigar trozos de carne por el bosque, si se arriesgan a intentarlo.

—¿Cómo le haréis llegar el mensaje?

—¿Tu tribu sabe leer? —Asiento en respuesta, con las mejillas rojas y el ceño fruncido. Es agotador que nos trate como estúpidos o salvajes—. Lo harás por carta entonces. Nos encargaremos de que la encuentren.

—Toma. —Uno de los soldados me pasa varios papeles y un carboncillo. Miro a mi alrededor y no me queda más remedio que agacharme para apoyar el papel en el suelo y poder escribir la carta.

—Diles que seguirás escribiendo cada semana, para asegurarles que sigues viva. Y que lo seguirás estando mientras cumplan el pacto.

Aprieto con fuerza los labios. Me gustaría decirle que un pacto es algo que se decide entre dos personas o dos bandos, que lo que estamos haciendo es una cosa diferente, más parecida a amenazar que a un trato en limpio. Pero no digo nada mientras elijo con cuidado las palabras para mi padre.

Se lo paso entre las rejas y ella coge la carta de un tirón. Sus ojos saltan sobre mis líneas irregulares y la parte en dos haciendo que se me quede la boca abierta de sorpresa e indignación.

—Suena demasiado suave, como si te estuviéramos entreteniendo.

—No quería asustarles.

—Necesito que sepan que, si se pasan de listos, no dudaré en cortarte una mano y lanzársela. O la cabeza, si llegara el caso. Escríbela de nuevo.

Tengo que respirar varias veces con la mirada fija en el papel y el carboncillo que sujeto entre las manos, apretado con demasiada fuerza. Tanta que me deja los nudillos blancos y que tengo que controlarme para no romperlo. Escribo de nuevo. Una carta más seca, en la que transmito las amenazas de la capitana sin dejar de intentar que sea lo suficientemente personal para que quede claro que soy yo quien les pide, les suplica, que no ataquen.

«Tranquiliza a Guerrero», garabateo al final, «que no se le ocurra pensar que le culpo. Le quiero demasiado para eso».

Vuelvo a pasarles el papel. Kandra la lee en voz alta, varias veces, y entre todos comentan cada una de las frases que he escrito para mi familia. Me siento insultada. Los hombros de Mael también se han tensado y juraría que su rostro se ha ensombrecido.

—Bien. Diles a los hombres que se preparen. La dejaremos de alguna forma que llame la atención. Al lado de una fogata de leña verde, que levante un humo suficiente para atraerles. A los

lobos no les gusta el fuego.

Lo que no nos gusta es ver arder el bosque, pero no tengo ganas ni motivos para corregirla. Me cruzo de brazos, con la espalda apoyada contra la pared de la esquina más alejada de la celda. Kandra no me presta más atención antes de marcharse, pero Mael me lanza una última mirada con algo que se parece a la nostalgia o la tristeza.

Capítulo 9

ESPERABA QUE FUERA ALANNA QUIEN VINIERA CON LA CENA, YA QUE ESTA MAÑANA EN VEZ DE ELLA FUE GALVAN EL QUE ME TRAJÓ EL DESAYUNO. Pero vuelve a ser el chico de rizos desordenados quien aparece con carne asada y fría y pan tostado. Y, aunque sea una tontería, me resulta más violento hablar con él sobre algo que quería decirle a la chica.

—La carne está algo dura. Son sobras de ayer —dice con un encogimiento de hombros. No parece una disculpa.

—Gracias. ¡Espera un momento! —le pido cuando él ya se aleja—. No sé si puedo pedirte algo.

No me anima a hablar. Arquea una ceja y espera a que continúe. Ojalá hubiera venido Alanna, estoy segura de que esto sería mucho más fácil con ella.

—Llevo aquí ya unos días y... no sé si podríais darme algo para asearme.

Su sorpresa me molesta. No debería sorprenderme que espere que los licántropos tengamos costumbres de animales, pero también tenemos forma y mente humana, e inteligencia para aprender su idioma además de hablar el nuestro. La luna está creciendo, y hace que la rabia se extienda con más fuerza, como una quemazón que sube desde los pulmones. Si hubiera nacido bajo cualquier otra luna, sería difícil controlarme para no lanzarme contra las rejas y tratar de hacerle daño. Pero soy hija de la luna nueva y soy más dueña de mis impulsos que la mayoría de mis compañeros.

Aunque me ofendan igual que a ellos.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. No depende de mí.

—¿A lo mejor podrías comentarlo? —sugiero, intentando que mi voz suene dulce en vez de irritada—. Si se lo comentas a tus superiores...

—No te veo tan sucia, para ser mitad bestia.

Cierro los labios con fuerza. Inspiro despacio. Convierto el enfado en aliento que dejo escapar, muy poco a poco, entre mis labios. Galvan tiene una expresión divertida. Cruel. Me mira, esperando que responda algo: que me enfade o me derrumbe. Como no consigue arrancarme ninguna reacción se aleja con una risa contenida.

Quiero golpear los barrotes y lanzar un grito de rabia. En vez de eso, paseo de un lado a otro de la celda. Debería esforzarme en pensar que es algo bueno, estoy consiguiendo que me subestimen.

No tiene miedo de lo que puede hacerme, y me considera lo bastante tonta o lo bastante bárbara para provocarme. Se siente tan superior que es fácil que cometa un fallo. Sí, es positivo, pero eso no implica que sea fácil asimilar los insultos y el desprecio.

No quiero comer. Me da asco aceptar nada suyo, pero las horas pasan, y el estómago protesta. Me cuesta conciliar el sueño. Además, quiero estar despierta por si Mael regresa a visitarme. Él también es un enemigo, pero al menos me trata con respeto. Si un desprecio así viniera de su parte estoy convencida de que me dolería mucho más. La noche se alarga y las horas pasan vacías, insoportablemente lentas. Nadie viene a verme.

Echo de menos a mi tribu más que nunca.

Termino por rendirme y abandonar la esperanza de que aparezca. Me acomodo sobre la capa de Brent y me echo por encima la de Mael. Aún tiene su aroma atrapado entre la tela. Me pregunto dónde está y qué estará haciendo. Si no ha podido venir o no ha querido hacerlo. Mis pensamientos se agitan como peces escurridizos que nadan en un río revuelto, y tardo muchas horas en ser capaz de conciliar el sueño.

Estoy muy despierta cuando llega el alba. Me estiro sin salir de las mantas improvisadas. Hace un frío agradable, y la penumbra me invita a seguir durmiendo, pero no soy capaz de hacerlo. El hastío, el dolor que me mordisquea el cuerpo por las incomodidad de dormir varias noches en el suelo, la falta de movimiento... No puedo dormir aunque arrastre sueño, ni relajarme pese a que mis músculos están cansados solo por la tensión. Me pregunto si hoy pasará algo o será solo otro día perdido entre rejas, y cuántos más me quedan. Si se alargan mucho no estoy segura de ser capaz de conservar la cordura.

El rato que pasa hasta que me traen el desayuno se me hace interminable, pero es Alanna quien lo trae y eso me anima un poco. Ella aún mantiene una distancia precavida pero su amabilidad tiene más que ver con la empatía que con el miedo. Deja un cuenco de caldo con trozos de carne en el suelo y me mira como si quisiera decir algo pero al final no encontrase valor para hacerlo. Pero no pierdo la oportunidad de hablar con ella antes de que se vaya.

—Gracias.

—No hay de qué. Es mi trabajo.

—Aun así. —Cojo el cuenco con un movimiento lento, que nada de lo que haga pueda asustarla—. Además, desde que te lo dije siempre me traen carne en las comidas.

—No queremos que mueras —murmura, quitándose importancia.

—Claro. Supongo que lo otro es mucho pedir. Después de todo soy vuestra prisionera.

—¿Lo otro? —pregunta, ladeando ligeramente la cabeza. Veo en sus ojos lo que ya sospechaba: no tiene ni idea de lo que estoy hablando. Galvan no les transmitió el mensaje.

—Llevo unos días aquí y... empiezo a estar sucia.

—¡Oh! —Abre mucho los ojos y luego baja la cabeza, avergonzada—. No se me había

ocurrido. No suelo encargarme de los prisioneros.

—No sé como lo hacéis es solo que, bueno, agradecería mucho si pudiera asearme.

—Lo entiendo. —Su sonrisa parece una disculpa—. Lo comentaré.

—Muchas gracias.

Se aleja, pero antes de subir por las escaleras se detiene y me vuelve a ladear la cabeza para mirarme. Sus diminutas trenzas rubias se mueven como serpientes.

—¿Se lo comentaste a Galvan?

—Sí. A lo mejor... ¿lo olvidó?

—A lo mejor —responde, pero la forma de fruncir sus labios me deja claro que no cree que se trate de eso. Duda unos instantes. Tiene una forma de moverse que me recuerda a la de un pájaro que da saltitos, con las alas listas para volar si una amenaza le sorprende—. Tenemos motivos para temeros.

Quiero decir que no tenemos nada que ver con la tribu de hombres lobos que les atacó, pero me contengo a tiempo. Tendría que explicarle que Mael me lo ha contado, y es algo que prefiero mantener en secreto.

—Somos peligrosos, pero no más que vosotros. Llevo toda la vida viajando mientras mi tribu busca un lugar donde poder estar tranquilos. No queremos nada más.

—Ojalá digas la verdad.

El día se me hace tan largo y tedioso como el anterior. La cena es frugal y la vuelve a traer Galvan. Esta vez no me molesto en intentar hablar con él y aun así, hay burla en sus ojos al mirarme.

Quiero consolarme pensando que si no he recibido noticias de los soldados es porque mi plan ha funcionado y mantiene a mi tribu lejos y a salvo. Mi padre es un hombre orgulloso y estoy segura de que detestará la idea de estar cediendo ante mis secuestradores, pero también es responsable. Acercarse provocaría un derramamiento de sangre inútil.

También me pregunto por qué Mael no vino ayer por la noche. A lo mejor estaba descansando, o puede que haya otros asuntos que le mantengan ocupado. Pero ¿y si él me usaba como yo a él? ¿Y si finge amabilidad y ahora que ha conseguido proteger a su pueblo ya no me necesita?

Solo a la tarde consigo distraerme cuando Alanna regresa con dos soldadas más. Son todas chicas, y llevan una tina grande de agua y un par de toallas. Se me escapa una sonrisa de agradecimiento. Alanna no me la devuelve aunque no parece hostil, solo tensa.

—Vamos a abrir la jaula para empujar esto. No quiero que hagas ninguna estupidez.

—Vamos armadas con plata —asegura una de las chicas que no conozco, con el pelo oscuro y músculos que se marcan bajo la piel color caramelo.

Alzo las manos en un gesto tranquilo y me alejo de la puerta para demostrar que solo quiero colaborar.

Alanna empuja la tina dentro de mi jaula. La chica morena se encarga de vigilar con el arma en la mano y la otra, alta y de cejas tan finas que parecen invisibles, pone las toallas frente a la puerta y una pastilla de jabón encima. Me quedo inmóvil hasta que cierran la puerta, solo entonces bajo despacio las manos.

—Volveremos a recoger esto mañana temprano, al traerte el desayuno.

—Gracias —repito.

Ella esboza una sonrisa pequeña y asiente antes de marcharse siguiendo a sus compañeras. Hay humanos con buen corazón, incluso entre aquellos que se enfrentan contra nosotros.

Me acerco al agua y meto dentro una mano. Me sorprende que esté caliente. No es que lo necesite, pero imaginarme a Alanna calentando el agua para hacerme el baño algo más agradable hace que la aprecie aún más. Me quito el vestido para entrar en el balde con un suspiro que no sé si es de alivio o de placer. Es estrecho y apenas quepo, pero es un cambio en la monotonía del encierro y estoy muy agradecida. Me coloco con las rodillas tan juntas que casi me rozan la barbilla y extendiendo la mano hacia el jabón. Lo humedezco, con cuidado para que no se me escurra, y lo paso por decisión sobre la piel, especialmente en las zonas donde se acumula el sudor. Me limpio de arriba abajo, cambiando de posición en un recipiente tan pequeño que, de no ser tan menuda, no hubiera tenido forma de meterme. Me mojo también la cabeza y froto el cuero cabelludo con fuerza. No sé cuándo tendré la oportunidad de volver a lavarme así que intento aprovechar todo lo que puedo.

Después de aclararme el pelo me lo peino con los dedos, aún sin salir del agua. Estoy tan concentrada que cuando escucho los pasos no me da tiempo a cubrirme y Mael se detiene, sorprendido.

El color sube a su cara y sus mejillas son tan pálidas que el rojo queda aún más llamativo. Se da la vuelta, nervioso, pero impido que se marche.

—¡Espera un momento! Ya estaba terminando.

—No quería molestarte en un momento tan privado —farfulla. En su voz se mezcla el nerviosismo con sus modales.

—Agradezco tu visita —respondo, poniéndome en pie. El agua resbala por mi piel. Mael se tensa, pero no se gira, y cojo una de las toallas. Me froto con rapidez con ella y la dejo en el suelo para secarme los pies mientras me envuelvo con la otra—. Ya puedes mirarme.

Cuando se gira, aún quedan restos de color en sus mejillas, y su sonrisa es algo nerviosa, como si temiera verme enfadada o herida.

—Lo lamento.

—No pasa nada. No podías saberlo—. Y no me importa en absoluto, pero sé que para los humanos es distinto, así que no le presiono—. Me alegro de verte.

—¿Aunque sea así?

Me río entre dientes para quitarle importancia. Mael se acerca un poco, aunque pone más distancia que de costumbre, como si temiera que la cercanía se volviera inapropiada.

—En realidad lo lamento más por ti que por mí. Parecías asustado —bromeo. Estoy más aliviada de que haya vuelto de lo que me gustaría reconocer.

—¿Asustado? En absoluto. —Carraspea y baja la mirada al suelo—. Guerrero es muy afortunado.

—¿Guerrero? —pregunto, desubicada.

—Sí, ¿no fue así como le llamaste en tu carta?

—Pero, ¿por qué es afortunado?

—No seas humilde. Eres una chica muy hermosa.

El calor sube a mi cara al mismo tiempo que se me escapan las carcajadas. Mael baja la mirada, avergonzado, y yo sacudo la cabeza.

—Guerrero es mi hermano pequeño. Lo conocisteis, el chico que cayó en la trampa. A él no le puede importar menos mi aspecto.

—Pensé que era...

—¿Mi pareja?

Mael parece incómodo, pero también aliviado. No sé cuál de los dos siente más vergüenza ahora. Asiente con una sonrisa mitad divertida mitad azorada. Es una expresión extraña en el rostro de un guerrero tan serio. Hace que sienta burbujas en el estómago.

—Sí. Lo di por hecho.

—No tengo. —No tengo necesidad de decirlo, pero quiero hacerlo. Y las burbujas de mis entrañas se avivan cuando él desvía la mirada con una sonrisa aún más amplia.

No hablamos de nada serio, a excepción de cuando me dice que dejaron mi nota para mi tribu y no ha habido ataques por parte de los lupinos. Me tranquiliza saberlo con certeza.

—No os harán daño si pueden evitarlo. No os lo hubiéramos hecho de todas formas.

—No podemos estar seguros —responde, algo tenso, y decido no insistir más de momento.

En vez de eso le hablo de Guerrero, de cuando nació y se convirtió en el hijo que mi padre tanto esperaba.

—Debería haber sido yo, si hubiera nacido en cualquier otra noche. Venir al mundo cuando no hay ninguna luna es una ofensa hacia nuestra única diosa. Es una maldición por algo que no elegimos.

—¿Eres menos a los ojos de los tuyos?

—No me tratan mal —murmuro, incómoda—. No como si fuera culpable. Pero sí como si fuera débil, alguien a quien proteger, que no soy capaz de valerme del todo por mí misma.

—Y sin embargo eres más fuerte que cualquiera de mis hombres. —Me anima que no haya compasión en su voz, al contrario, suena a admiración camuflada—. En cambio yo no puedo echarle a la luna la culpa de no ser capaz de convertirme en quien mi padre esperaba. No tengo el corazón de un guerrero ni la mano dura de un líder.

—Sí que lo tienes —le contradigo, y apoyo mi mano en las rejas—. Solo que tu corazón es demasiado grande para llenarlo de una sola cosa.

Los ojos le brillan, como el cielo en una noche llena de estrellas. Estira su brazo y apoya su mano sobre la mía. Es grande, cálida, y las luces de su mirada se descargan por mi sangre como un torrente de estrellas fugaces. Por un momento, solo un momento, todo está bien. Y no hay nada más importante ni más fuerte en todo el universo que nosotros juntos, detenidos para siempre en este instante.

Capítulo 10

HAY MÁS AJETREO EN EL CASTILLO. Lo noto en los olores nuevos: una mezcla de especias y de perfumes pesados que se impregnan en la tela de los cortesanos. También en las voces que zigzaguean por las paredes de piedra. Y en los cientos de pasos que suenan por encima de mí. Me pondría en tensión, pero el ambiente no es amenazante. El nerviosismo, que cada vez se hace más fuerte, tiene la electricidad de la anticipación, no del miedo. No escucho el chirriar de las armas que se afilan, ni huelo las lágrimas de las despedidas, ni siento el ambiente seco de las órdenes con las que se preparan las guerras.

También noto el caos dentro de mis costillas.

No solo tiene que ver con una luna que, a cada noche, se hace más redonda y fuerte. También noto un cambio igual de mágico, igual de inexplicable, dentro de mis propias entrañas. Me hace sentir a la vez ligera y vulnerable. Esperanzada y estúpida.

Cuando Mael se marchó, me acurruqué en la capa que aún guardaba su olor y apoyé mi mejilla en la mano que él me había cogido. Vacía mi mente de cualquier cosa menos del sonido de su voz al pronunciar mi nombre. No quiero pensar en quién engaña a quién, ni en que estoy ganándome su confianza para luego traicionarle. Ni si en, a lo mejor, soy tan estúpida de creer mis propias mentiras.

Creo que Alanna notó algo. Puede que estas sensaciones sean tan fuertes que se me escapen del cuerpo. La guerrera rubia ladeó su cabeza después de sacar la tina de agua, ya fría. Con una sonrisa tímida comentó que me había sentado muy bien el baño, y no estoy segura de si su risa era de complicidad o nerviosismo.

Otro día pasa y no tengo nada más que hacer que esperar, encerrada con mis recuerdos. Los de las mañanas en las que mi tribu se preparaba para un nuevo día, que parecen tan lejanos que podrían pertenecer a otra vida, y cada uno de los que he compartido a solas con Mael. Están tan recientes que aún puedo notar su mirada sobre mi piel, el eco de su risa o la calidez de su mano sobre la mía.

Es Galvan quien me trae la cena, más temprano que otras veces. Si nota que tengo la piel limpia, no dice nada. Tiene esa sonrisita traviesa que no termina de gustarme, se parece a la forma en la que los adolescentes se burlan de los cachorros, con el convencimiento de que son

superiores en todo. Aun así inclino la cabeza para coger el plato de carne estofada.

—Gracias.

—Están liando una buena por ti. ¿No lo sabes?

Le miro interrogante y él ensancha esa sonrisa. Disfruta de ocultarme información y apuesto a que estaría encantado si yo le insistiera y le diera la oportunidad de hacerse de rogar. Precisamente por eso no lo hago. Como si no fuera lo bastante inteligente para entender su insinuación o no tuviera valor para preguntarle. Sé que puede decidir marcharse sin decirme nada y estoy dispuesta a correr el riesgo. Ya le preguntaré a Mael o Alanna.

Pero Galvan quiere disfrutar de ser él quien me ilustre y, cuando me agacho para coger la comida y darle más importancia que a él, vuelve a hablar.

—Mael insiste en que podrías ser una buena mascota —se ríe—. Yo nunca hubiera apostado a que un licántropo pudiera domesticarse, pero parece muy convencido de que te tiene comiendo de la palma de su mano.

Sus palabras se derraman por mi espalda como una lluvia fría y afilada. Me escucho gruñir antes de poder cerrar con fuerza los labios y atrapar los sonidos dentro de la garganta. «Es parte del plan, es parte del plan, Mael no lo piensa realmente», me repito, pero la duda zigzaguea entre mis huesos abriendo grietas en mis cimientos. ¿Y si es lo que piensa de verdad? ¿Y si juega a engañarme, como yo hago con él?

Galvan se aleja un paso y pierde color antes de convencerse de que los barrotes le mantienen a salvo y recomponer el rostro. Deja escapar una risa punzante que se clava en mi piel.

—De todas formas puede que tenga razón. Nunca había oído hablar de licántropas tan débiles. He visto perros más grandes que tú que obedecen sin dudar a su amo. A lo mejor el carácter se puede doblegar con más facilidad si no tienes fuerzas para resistirte.

El cuenco se parte en dos con un chasquido y la comida me mancha los pies al derramarse por el suelo. Galvan deja de reírse cuando le arrojo una de las mitades que estalla contra su cara. El olor a sangre espolea mi rabia y me lanzo contra los barrotes. Mi cuerpo quiere cambiar con tantas ganas que me duele contenerme. Cada uno de mis huesos llamea, y el olor de su sangre, de su miedo, me espolea.

Galvan se ha quedado quieto y rígido. Le he partido la ceja y la sangre abre un camino escarlata en mitad de su cara cada vez más pálida. No. No puedo perder el control así. Aunque me considere estúpida, frágil, dócil... aunque se ría de mí, eso es mejor a que me subestime. Los dedos me tiemblan, pero los obligo a seguir en forma humana y me agarro con ellos a las rejas con los ojos cerrados y la espalda encorvada. Con un incendio bajo la piel y una tormenta en la garganta.

Logro controlarme. Mi respiración mezcla decisión y estallidos de rabia. Me repito una y otra vez que es el plan, que Mael no lo piensa de verdad. Que no debería importarme lo que piense. Sigo siendo humana cuando abro los ojos. Galvan se ha ido y dejo escapar otro gruñido bajo, controlado, que sirve para liberar tensión de los músculos. Me alejo de los barrotes, de la comida

que ensucia el suelo, de las ganas de lanzar un aullido que recorra cada rincón de este castillo. Paseo de un lado a otro, con movimientos bruscos. Las paredes parecen estrecharse, y el aire volverse espeso y cálido. No me importa el hambre, prefiero no volver a comer a que me comparen con un perro. «Pero es justo lo que quieres conseguir, Sauce. ¡No importa tu orgullo!». Puede que esa voz tenga razón pero estoy demasiado enfadada, demasiado herida, para querer escucharla.

Noto el vuelo de una luna cada vez más grande cuando surca su camino en el cielo. Parece que quisiera llenarlo entero. Su poder tira de mi magia, de mis emociones y de mi rabia. Me siento en una esquina y oculto la cara entre mis manos, en un absurdo intento de escapar del eco de los latidos de mi corazón.

Cuando escucho sus pasos no alzo la mirada. Los pasos de Mael resuenan con fuerza y su respiración está alterada, pero no tanto como la mía. Su pulso no tiene el zumbido regular al que estoy acostumbrada. Se detiene frente a los barrotes. No se sienta, no me habla, no llama mi atención como otras veces. Así que suelto el aire que arde en mis pulmones antes de alzar la cabeza.

Su seriedad me golpea. Parece un juez cruel, y la idea de que se sienta en superioridad para condenar mis actos hace que clave las uñas en mis brazos para controlarme de nuevo. Aprieto los labios. Me niego a ser yo la primera que hable. No necesito justificarme como si hubiera hecho algo malo. Él tampoco lo hace y la tensión se vuelve cada vez más insoportable. Hasta que es él quien sacude la cabeza.

—¿Qué has hecho?

Aprieto aún más los labios para no responder con un gruñido. Solo cuando sé que puedo controlarme elijo unas palabras que se me escapan con más fiereza de lo que esperaba.

—¿No esperabais que un animal tonto y domesticado pueda revolverse y morder?

—Yo nunca he dicho que seas un animal —responde, juntando tanto sus cejas negras que parece que intenten tocarse. Parece más fuerte cuando está enfadado. Más fiero. Alzo la barbilla sin dejar que me intimide.

—Pues es la idea que tienen tus hombres. Que soy poco más que un perro salvaje que come de tu mano.

—Intento sacarte de aquí, Sauce. ¿Crees que sería mejor intentarlo diciendo que eres una fiera indomable?

Resoplo. Ya lo sabía, ya lo he pensado aunque no fuera suficiente para controlarme. No le quiero dar la razón. No quiero. Pero sí que quiero creerle.

—¿Piensas que soy una persona estúpida?

—Nunca lo he pensado. Ni siquiera cuando intentas convencer al resto de que ni siquiera eres inteligente. ¿Por qué iba a hacerte caso con lo de contactar a tu tribu, si no me pareciera una buena idea?

Bajo la cabeza. Ahora sí que me siento idiota. Galvan me ha hecho sentir vulnerable, y la idea

de que Mael se estuviera riendo de mí me parecía insoportable. Le escucho suspirar y acercarse más a los barros.

—Sauce...

Su voz me hace cosquillas bajo la piel. Extiende su brazo hacia mí, con la mano abierta y una disculpa en el mar negro de sus ojos. Alzo la mano y nuestros dedos se entrelazan. Su piel es cálida, una lluvia tibia que apaga el fuego de la rabia. Tira de mí y me levanto para quedar tan cerca que podríamos abrazarnos si no nos separaran las rejas. Introduce también la otra mano y me acaricia la mejilla de forma tan suave que tengo que cerrar los ojos y recordarles a mis piernas que me sostengan.

—Quiero que salgas de esta celda. Sí, debería haberte dicho cómo intentaba hacerlo. Pensé que estarías de acuerdo. He estado presumiendo de cómo te he engañado, y cómo me he ganado tu confianza. Pero lo único que quiero es darte algo más de libertad. Que puedas recorrer el castillo a mi lado, sentarte en una mesa para comer, enseñarte los jardines.

—Yo...

—Sí, he tenido que tratarte como si fueras un animal al que he domesticado. Lo siento. Debería habértelo dicho.

—Está bien. No te disculpes por intentar ayudarme. —Le sonrío, avergonzada—. Galvan lo ha dicho con tanta convicción que me ha hecho pensar que era real. Que me veías así: como una criatura tonta que confiaba en ti. Y me da miedo que juegues conmigo, porque es verdad. Confío en ti.

—Pero no eres ninguna criatura tonta. —Su pulgar sigue la línea de mi mandíbula y siento un estremecimiento que se descarga por mi columna vertebral—. No podría engañarte.

«Pero yo a ti sí», pienso. Me siento tan culpable que abro los ojos y doy un paso atrás. Mael deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo, avergonzado. La confusión me revuelve el estómago. Está todo bien y estoy fingiendo. ¡Este era el plan! ¿Por qué siento tanta culpa que me clava sus garras en el estómago? Fuerzo una sonrisa.

—Lo siento.

—No lo hagas —respondo—. Soy yo quien tiene que disculparse. ¿Le he hecho daño a Galvan?

—Solo en el orgullo. —Sonríe de lado, con cautela.

—Espero no haber estropeado todo lo que has hecho por mí.

—Lo arreglaré. Tendré que decir que me eres leal a mí, pero no eres una criaturita inofensiva. De verdad que lamento tener que hablar de ti como si te estuviera engañando.

—Lo haces por ayudarme —repito—. Lo sé. Me he dejado llevar por la rabia. Sé que no es excusa, pero la luna llena se acerca y también lo noto. Y el encierro... Y el miedo a que de verdad me veas así. —Me rasco los brazos como si así pudiera aplacar las dudas.

—No lo hago. Ni te imaginas cuánto te admiro, Sauce.

El fuego que sube por el cuello no tiene nada que ver con la rabia. Tampoco es enfado el calor en los pulmones que no me deja respirar. Esto es mentira, es todo mentira. Solo le estoy

engañando para poder escapar, y de momento funciona. No me importa de verdad lo que piense, lo que sienta por mí. ¿O sí que lo hace? Suelto el aliento, despacio, y me lanzo de nuevo al océano de sombras que contiene en su mirada.

—Gracias, Mael.

—Espero que pronto pueda librarte de esta jaula.

La sinceridad de su voz me conmueve, me apena, hace que la culpa se me clave entre las costillas y al mismo tiempo me da impulso para acercarme a él. Me pongo de puntillas y me inclino sobre las rejas para besarle en la mejilla. Es tan alto que apenas llego al hueso de su mandíbula. Su piel es cálida y la incipiente barba me cosquillea en los labios. Puedo ver su sorpresa al alejarme. La sonrisa que se derrama por sus labios me hace pensar en un amanecer, un nuevo día, una estúpida esperanza.

Quiero hacerle sonreír así más veces, cada noche, cada día. Quiero hacerle feliz y al mismo tiempo sé que soy quien le va a partir en dos el alma.

Capítulo 11

MAEL ME EXPLICÓ QUE EL MOVIMIENTO NUEVO QUE NOTO EN EL CASTILLO SE DEBE A QUE ESTÁN PREPARANDO UNA FIESTA. Cuando le pregunté el motivo desvió la mirada, algo incómodo, y me temí que fuera algo malo hasta que respondió con un encogimiento de hombros, como para quitarle importancia:

—Cumpló veintiún años. Con esta edad ya nos consideramos adultos del todo.

—¿Tengo que felicitarte?

—Solo si consigo sacarte de aquí.

Mi madre ya me había explicado que era esa la edad con la que los hombres consideraban que alcanzaban la mayoría de edad. Varias de las otras tribus con las que nos hemos cruzado no tienen un número tan señalado. Algunos opinan que demuestras que eres adulto cuando luchas en tu primera batalla, o cuando realizas alguna proeza como alcanzar la cima de la montaña o sobrevivir un mes en el desierto de piedra. Hay quienes eligen su propio nombre o los que danzan toda una noche hasta que el sol les encuentra.

Mi tribu hace una ceremonia cada primavera. En la pasada, los que habíamos alcanzado los diecinueve años nos sentamos frente a las llamas mientras los ancianos hablaban de los momentos que no quieren que nada, ni siquiera el tiempo, arrebatara de la memoria de nuestra tribu. Recuerdo el calor de las llamas en mi espalda, y las miradas cargadas de emoción que intercambiaba con Sin Sombra, sentada a mi lado. Su pelo largo y blanco brillaba con el reflejo del fuego y sus ojos rojos tenían una decisión fiera. La echo tanto de menos... Antes de que el alba rasgara el firmamento, juramos proteger a nuestra tribu, y que nuestro corazón se quedaría allá donde los nuestros fueran, incluso si nosotros elegíamos alejarnos. Los ancianos nos dieron su bendición y echamos a correr al bosque, tan rápido como nuestros cuerpos nos permitían, para lanzarnos al agua fría del río antes de que las primeras luces nos tocaran la piel. Cuando lo hicieron, el ritual había terminado y nos habíamos hecho adultos. Nunca me atreví a decirle a nadie, ni siquiera a Sin Sombra, que no me sentía distinta. A lo mejor no había funcionado, y era otra cosa más en la que me quedaba detrás de mi grupo.

Es muy distinto entre humanos. Y más el hijo de un conde. Me llega el olor de alimentos que no conozco, el ruido de risas e instrumentos que afinan por las mañanas, voces nuevas, pasos agitados, la energía casi eléctrica que flota en el ambiente y me pone la piel de gallina.

Incluso el día de encierro pasa más rápido con todos los estímulos nuevos, y lamento cuando la noche empieza a devorar el día y las voces callan mientras todo el castillo vuelve, lentamente, a la calma.

Me he entretenido limpiando la celda lo mejor que he podido y, a pesar de los pocos medios, con todas las horas que he tenido por delante he podido hacer algo decente. Me pregunto si volverá Galvan esta noche y ensayo una disculpa. No quiero sonar como un cachorro arrepentido, pero quiero intentar arreglarlo con él. No necesito más enemigos. Pero cuando escucho los pasos que se acercan, la espalda se me tensa hasta que los propios hombros se me quedan rígidos. La cadencia severa de los pasos, el olor a hierro, la seguridad con la que impregna cada movimiento... No es Galvan, ni mucho menos Alanna.

Espero la llegada de Kandra con un nudo de nervios que se retuerce en el estómago.

La capitana me mira con severidad. No me levanto, ni hablo, ni hago el mínimo movimiento. Dejo que su mirada me recorra como si buscara algo en mi expresión o mi postura que le permitiese juzgarme. Me intento mantener inexpresiva. Trago la saliva que se me acumula en la boca y, al hacerlo, pienso que es un ruido insoportable. Kandra suelta el aire, despacio.

—Mael está empeñado en que no te rebelarás contra él.

No respondo. Defender esa idea no sería creíble. Negarla sería estúpido. Mis dedos recorren las líneas de unión entre las baldosas y sé que parezco ausente aunque cada uno de mis sentidos esté pendiente de ella y de la conversación, y el corazón me golpee con fuerza dentro del pecho.

—Nos han llegado historias de otros que intentaron tener licántropos a su servicio —continúa—. Ninguna acaba bien. Hay algo indómito en los de tu raza. Aunque tú seas una loba defectuosa.

Esa palabra me golpea con más fuerza que un puñetazo en el estómago. Me deja sin aire y pestañeo con violencia. Mis dedos se mueven con más rapidez entre los senderos diminutos del suelo. Si pudiera escaparme, echaría a correr hasta dejar atrás mis sentimientos. Los que parecen buenos pero tienen un filo peligroso. Los que son malos y se empapan en nostalgia. Quiero correr hasta quedarme vacía y no sentir nada, pero Kandra sigue examinándome y solo cuando leo la sorpresa de su expresión me doy cuenta de que tengo las pestañas húmedas y me limpio una lágrima con el dorso de la mano.

La mejor mentira es una verdad. Y no sería capaz de fingir este dolor, así que voy a aprovecharlo.

—Soy licántropa. En mis venas fluye la sangre de un líder fuerte, y estoy segura de que mi hermano será otro. Mi tribu me quiere. Me protege. Pero siempre he sabido que no tengo sitio entre ellos.

—¿Y crees que aquí vas a encontrarlo?

Me sorprende la suavidad de su voz. No hay acusación, no hay burla. No quiere hacerme daño, Kandra habla sin más intención que averiguar la verdad y eso es precisamente por lo que tengo que tener cuidado.

—No lo sé. Me gustaría... estar segura de eso. Me gustaría tener un puesto. Pero si soy sincera

no estoy segura de que haya en el mundo un lugar al que pueda pertenecer.

—Comprenderás que no puedo arriesgar la seguridad de mi señor a una corazonada suya y a una duda de tu parte. —Su voz es suave, pero inflexible—. Por mucho que él esté convencido de que no le harías daño.

—Nunca le haré daño —interrumpo con un convencimiento tan apasionado que incluso a mí me sorprende. Kandra arquea las cejas.

—¿Y por qué estás tan segura de eso?

Mis mejillas se ponen rojas. El corazón se me acelera y noto sudor cálido en las palmas de las manos. Podría decir una mentira que me ayudase a convencerla. O una de esas verdades absurdas que no entiendo, como que de verdad disfruto de nuestros momentos a solas, que me gusta demasiado su voz y la calidez de sus manos. Que tiene una inteligencia dulce en las sombras líquidas de sus ojos y que lo que quiero es pasar más tiempo con él, conocerle entero, escucharle decir mi nombre una y mil veces. Pero no soy capaz de ordenar el caos de sentimientos así que me muerdo los labios.

Para mi sorpresa, Kandra sonrío.

—Entiendo.

—¿El qué?

—Entiendo por qué no vas a hacerle daño.

—No he dicho...

—No hace falta que lo digas en voz alta. Se te nota. —Su tono es casi divertido. La sangre se me acumula tanto en la cara que el calor se extiende por mis sienes y me baja por el cuello—. No creo que mientas, Sauce, pero sé que los sentimientos cambian. Si cediera, y no estoy diciendo que lo vaya a hacer, lo haría porque me parece que tu fondo es bueno, que no quieres hacer daño a nadie. Pero, aun así, nunca dejaremos de vigilarte. Más te vale ser consciente de que, en todo momento, tendré ojos que vigilen tus movimientos.

Asiento, deseando que el calor de mi piel me abandone. Kandra espera a que diga algo más, pero cuando es evidente que no me quedan palabras se marcha para alejarse. Solo cuando estoy a solas dejo escapar el aire que bulle en mis pulmones como si un tornado en miniatura se hubiera desatado en ellos.

Apoyo las manos en el suelo, con fuerza, Porque cuando las mentiras y las verdades se confunden necesito algo sólido, algo fuerte, a lo que aferrarme.

Galvan me trae la cena. Comer dos veces al día, y en menos cantidad de lo que me gustaría, hace que sienta el estómago vacío y empiece a fantasear con todo lo que me gustaría comer en cuanto pueda escapar de aquí. Carne tierna de ciervo, ligeramente asada por el fuego de la hoguera, pero aún roja por dentro, cuando la atraviese con los colmillos y me deje el regusto a sangre en la boca. Aún queda mucho para poder disfrutar de nuevo de algo así. De momento tengo que

conformarme con las costillas, con más hueso que alimento, sobre el arroz quemado que trae el chico rubio.

Esbozo una sonrisa de disculpa, pero es inútil si Galvan no me mira. Tiene el gesto rígido. Una costra cubre parte de su ceja izquierda y me pregunto si le quedará cicatriz. Al menos, no parece que le haya hecho ningún daño en el ojo pero prefiero no decir nada para evitar que se enfade. Sólo murmuro un «lo siento» con el que no espero respuesta, y tampoco la obtengo.

Galvan deja la comida en el suelo y se marcha sin mirarme, con gestos secos y la espalda recta. Demuestra su enfado, pero también puedo oler su miedo, aunque no diga nada para no provocarle aún más.

Espero a Mael despierta varias horas, que se me hacen aún más largas de lo que son. El encierro me pesa, y las palabras de Kandra siguen flotando en la jaula, se han transformado en un eco que solo yo puedo escuchar, y me susurra desde cada esquina. «No hace falta que lo digas en voz alta», ha dicho, «se te nota». Frunzo el ceño. ¿Soy tan buena mintiendo que he logrado parecer enamorada de Mael? ¿O he sido tan estúpida como para creerme mi propia mentira? Siempre he pensado que, aunque no sea una licántropa fuerte, soy lo bastante astuta para estar a la altura de la manada. Y sin embargo aquí estoy, preguntándome qué hay de verdad en mis sentimientos hacia el humano que me ha encerrado en esta jaula.

Echo de menos a mi madre con tanta fuerza que tengo que cerrar los ojos y contener la respiración para no ponerme a llorar. Estoy segura de que ella hubiera sabido aconsejarme. Siempre encontraba la forma de consolarme, de hacerme sentir valiosa incluso cuando era obvio que no alcanzaba lo que los demás cachorros de la manada conseguían sin esforzarse. A veces incluso deseaba ser humana como ella: sería más débil que los licántropos, pero no sería el eslabón más frágil de la manada.

Me acurruco en la capa de Mael, sin abrir los ojos, inspirando despacio el aroma que aún está atrapado en la tela. No quiero pensar en lo que siento, ni en qué es lo que pasa por su cabeza o por su corazón, pero sé que dudo menos del suyo que del mío propio. No quiero pensar en que estoy traicionándole, aunque sé que es cierto.

No quiero pensar, así que no lo hago y lleno mi cabeza de recuerdos de sol, libertad y abrazos cálidos de mi madre, aunque entre ellos se cuele la sensación de su mano sobre la mía, y el cosquilleo de las miles de estrellas que tintineaban en mis entrañas cuando él me sonreía.

Capítulo 12

NO SÉ SI ES EL AGOTAMIENTO O EL HAMBRE LO QUE ME ARRASTRA A UN SUEÑO INQUIETO Y PROFUNDO. Vuelvo al bosque, y al claro donde mi tribu acampa, pero cuando llego soy invisible y nadie se da cuenta de mi presencia. Intento agarrarles, hablarles, incluso grito, pero no sirve de nada. Solo soy un fantasma que no pertenece a la tribu, y me doy cuenta de que a lo mejor nunca lo he hecho.

Me despierto con mal cuerpo y dolor en cada músculo por el peso de las noches durmiendo sobre el suelo de piedra. Sería mejor si me transformase, pero sé que no les gusta mi forma de lobo. No deja de ser una forma de guerra, aunque sepan demasiado bien que no soy una gran guerrera. Cambio de postura pero me quedo tumbada, sin ganas de pasear de un lado a otro y empezar a desesperarme tan temprano. Cada nuevo día, y a cada momento, mi humor cambia y me resulta impredecible saber cómo me voy a sentir. Pero por las mañanas suelo arrastrar este hastío que se convierte en agobio si no lo sé controlar, así que respiro despacio como si el aire pudiera hacerme sentir un poco, solo un poco más libre. Huele a primavera, a tierra húmeda de rocío y briznas frescas de hierba. Al polen de las flores que se abren con valentía y a las plumas de los pájaros que llegan de tierras lejanas para descansar aquí en verano. El bosque respira y palpita, y siento que me llama en un idioma demasiado antiguo y poderoso para poder atraparlo en palabras.

Escucho pasos a la hora en la que suelen traerme el desayuno, pero no solo distingo el olor de Alanna. También vienen Kandra, Mael y alguien cuyo aroma no reconozco. Me incorporo para quedar sentada y entrelazo mis dedos para que se queden quietos. No hay comida, solo traen las armas y un pequeño cofre de madera que el hombre desconocido lleva entre las manos.

Es un anciano y, aunque sea de los enemigos, mi primer impulso es bajar la cabeza con respeto. Tiene el pelo gris y ralo, y en su cara el tiempo ha trazado un mapa de líneas que cuentan la historia de una vida. Su nariz es grande y ancha, y tiene los ojos entrecerrados como si le costase enfocar la mirada.

—Ponte en pie —ordena Kandra.

Obedezco sin dejar ver que recibir órdenes pueda molestarme. Kandra desenvaina su espada corta y hace un gesto a Alanna, que abre la jaula con la daga en la mano. Aunque el arma le tiemble, empiezo a conocer a la guardia rubia y sé que no dudaría en hacer lo correcto. O lo que cree que es correcto. Intento estar tranquila, no pasa nada, no importa porque no tengo ninguna

intención de atacarles. Suelto el aire despacio y dejo las manos abiertas frente a los muslos.

Las dos soldados entran en la celda. Kandra apoya el filo de su espada sobre mis clavículas, y siento el calor de la plata.

—No te muevas ni hagas nada estúpido.

Asiento despacio, en respuesta. El señor mayor también entra en la celda. No parece impresionado, imagino que en su larga vida ha estado en situaciones mucho más extrañas. Abre el cofrecito y saca una cadena lo bastante bien trabajada para ser elegante a pesar de que los eslabones son gruesos y fuertes. Se acerca a mí y con un chasquear de la lengua me aparta el pelo del cuello para poder ponérmela. Siseo al notar la quemazón de la plata contra la suave piel del cuello.

—Me temo que va a ser incómoda aunque no te la apriete demasiado al ajustarla. La idea es que no puedas librarte de ella, después de todo, y que no te deje transformarte —me informa con una voz grave y cascada—. Una cárcel portátil, si quieres verlo así.

—¿Podré salir de aquí? —pregunto con precaución, y busco la mirada de Mael. Me parece ver la sombra de una sonrisa en sus labios y una sensación extraña aletea entre mis tripas.

—Esa es la idea. Se supone que por eso me han tenido trabajando hasta altas horas de la noche —gruñe el anciano.

—Lo que no quiere decir que no te vayamos a tener vigilada —advierte Kandra.

—Claro. Lo entiendo. —El hombre me hace ladear la cabeza con un gesto algo brusco y saca del delantal unas tenazas para trabajar en la plata.

—Si intentas alejarte, si te atreves a acercarte a un arma... Basta con que hagas un movimiento demasiado brusco para que sea lo último que hagas.

Asiento. Intento mantener la seriedad y controlar las ganas de sonreír o mirar con impaciencia hacia la puerta.

—No vamos a permitirnos riesgos.

—No tengo intención de haceros dudar.

Esboza media sonrisa. Con un último chasquido del metal, el anciano termina de ajustar el collar a mi cuello y da un tirón que me hace apretar los dientes antes de mirar a la capitana con una sonrisa.

—Está listo.

—¿Estás seguro de que no puede quitárselo?

—Llevo trabajando desde mucho antes de que aprendieras a caminar, y hace mucho que no cometo un error. Me tomo muy en serio mi trabajo y sé cuando algo está bien.

—De acuerdo —responde Kandra al tiempo que arquea una de sus cejas—. Responderá ante mí si esto falla.

—Lo sé, pero no tendré que hacerlo.

Recoge sus herramientas y lanza una última mirada experta a mi cuello antes de salir de la celda con pasos pequeños. Sonríe divertido a Mael al pasar a su lado.

—Espero que no te equivoques, chico. Puedo atar a un perro, pero no puedo enseñarle a que no muerda.

La rabia vibra en mis costillas y trepa, como bocanadas de humo, por la garganta, pero la mantengo bajo control, con los labios apretados y los brazos firmes. No pienso dejar que esto me afecte y acabar con la posibilidad de ser un poco más libre tan pronto. Al menos Mael no le ríe la gracia. Su rostro sigue tenso, inmune a su burla. Y la forma en la que me mira no es la misma de la que se aprecia a una mascota. Me hace querer sonreír y que sea más sencillo tragarme la rabia.

Kandra se aparta. Alanna también se hace a un lado, aunque ninguna de las dos enfunda sus armas. Miro a ambas con movimientos contenidos. «No soy una amenaza», parecen decir mis manos quietas, mis hombros bajos, mi mirada sumisa. «Os tomo en serio. No soy una amenaza».

—Y... ¿ahora? —murmuro al final.

Es Mael quien responde. La sonrisa que oculta en los labios reverbera en su voz grave y profunda.

—Ahora, me gustaría que me acompañases. Quiero enseñarte por dónde vas a moverte.

El aire me tiembla bajo el estómago. Ignoro que todas las miradas se fijan en nosotros. No, no en nosotros, en mí. Agacho la cabeza para hacerme pequeña, insignificante, indigna de toda atención. Mael camina con paso tranquilo y decidido y me fijo en su ritmo para concentrarme aunque tenga ganas de lanzarme al mundo nuevo que se abre delante de mí.

Después de pasar días confinada en la celda todo me parece brillante, ruidoso, lleno de vida. Nunca había estado en un asentamiento humano y hay muchas cosas que son nuevas para mí. Desde las paredes sólidas de cada edificio, a los vestidos, la aspereza del idioma y olores nuevos y desconocidos, más intrincados que aquellos a los que estoy acostumbrada. Huele a piel de pescado que se seca al sol, a amalgama y a piedra abierta con violencia para partirla en trozos más cómodos de usar. Huele también a cuero curtido, a lana, a trigo tostado y a algo tan dulce que no logro identificarlo. A cientos de personas distintas condensadas en un espacio pequeño. Los aromas me arrastran de un lado a otro y tengo que esforzarme en ignorarlos y seguir los pasos de Mael.

—Este es el patio de armas. Aquí entrenamos, y cuando yo venga a hacerlo deberás acompañarme, aunque no es necesario que tomes parte.

—No lo harás a no ser que se te indique —aclara Kandra con voz brusca.

Aprieto los dientes pero asiento. Estoy demasiado contenta por estar fuera de la celda para que logre irritarme de verdad, o para que me importe la irritación de la plata. Un par de mariposas juegan a perseguirse por el patio pero alzan el vuelo para elevarse hacia un resplandeciente cielo azul cuando nos acercamos. La luz del sol se derrama sobre mi piel como una cascada cálida y tengo que cerrar los ojos unos instantes para poder disfrutarlo. Hasta que Kandra me da un empujón y sigo avanzando sin resistirme. Entramos a otra de las partes del castillo: una habitación

tan grande que no me cabe en la cabeza cómo fueron capaces de levantar un edificio más alto que los árboles de nuestro bosque. Es amplia y está vacía a excepción de los bancos labrados incrustados en las paredes.

—La sala de baile —explica Alanna—. Mañana estará a rebosar con la fiesta de Mael.

—Seguramente te hagamos llevar cadenas —comenta Kandra, que no me quita la mirada de encima, como si buscara el mínimo gesto de queja o rebelión.

—El collar impide que se transforme.

—Habrá demasiada gente y quiero que estén tranquilos durante el baile. Tener un lobo amaestrado es un espectáculo que dará mucho que hablar, y estoy segura de que estarán encantados de verlo. Otra cosa es que los invitados pasen miedo. Es una fiesta, tienen derecho a relajarse y sentirse seguros.

Controlar mi expresión me supone un esfuerzo mayor del que pueden imaginar. Pronto habrá luna llena y noto que mi sangre se agita: la felicidad es más intensa, la rabia quema con más fuerza. Un lobo amaestrado. Eso en lo que soy, en lo que me he convertido. Y aceptarlo es la mejor de mis opciones. Y aunque mi impulso es revolverme y gritar, sigo pasando los ojos por la sala y me centro en las pinturas del techo como si nada me afectase. Como si no cerrara los puños con tanta fuerza que las uñas casi atraviesan la piel fina de las palmas de las manos.

Solo Mael se da cuenta. Está lo bastante cerca para que no se note que estira la mano para ponerla sobre la mía. El estómago se me encoge hasta desaparecer y dejar un hueco bajo la piel de mi vientre. De repente me parece haber olvidado hasta respirar y cuando logro soltar el aire, despacio, noto un cosquilleo en los pulmones. Aflojo la mano y estiro los dedos, de forma que casi se entrelazan con los suyos. Y deseo con todas mis fuerzas que estuviéramos solos Mael y yo y pudiera cogerle la mano hasta calmarme, sin que tuviera que apartarse tras un apretón suave para evitar que Alanna o Kandra nos vean y se hagan una idea equivocada. Bajo la cabeza y sonrío, sin poder agradecerse de otra manera. Kandra echa a andar y la sigo, obediente.

—Aquí es donde se celebra el banquete. El conde preside la mesa. —Señala con un gesto el extremo de la mesa más grande, al asiento labrado con mayor cuidado—. Mael se sienta a su derecha. Tú permanecerás en pie, detrás de él. No eres una invitada así que come antes, o cuando la fiesta termine, pero no durante el banquete. Si te mantenemos con vida es para que veles por la seguridad de Mael.

O como un trofeo, pero tiene la delicadeza de no decirlo en voz alta aunque todos lo sepamos.

El castillo es tan grande y tan intrincado que para cuando llegamos al quinto salón no estoy segura de ser capaz de volver a la celda ni de encontrar la entrada hasta el patio. Es mucha información, y mis sentidos hormigean por todos los estímulos nuevos. Aunque me esfuerce en estar atenta hay un momento en que las palabras se me escurren y no sé bien por qué subimos las escaleras ni qué nos queda por ver cuando entramos a un cuarto de techos altos y un balcón amplio que da al

bosque. Me alegra tanto ver el cielo abierto y las copas de los árboles que tardo en reparar en la cama que ocupa el centro del cuarto. Lo primero que pienso es que es más amplia que la tienda en la que duermo con mi familia. Tiene un dosel verde musgo, como las mantas que la cubren. Me obligo a volver al presente, ¿qué hacemos aquí? Esto es demasiado grande, demasiado lujoso para ser mi cuarto.

—¿Nos estabas escuchando? —Kandra suena irritada.

—Me he distraído.

—Estos son los aposentos de Mael.

Le miro con sorpresa y él contiene una carcajada. El calor me sube hasta las mejillas y aparto la mirada de la cama para desviarla a los baúles y al armario en la pared izquierda. Me pregunto si esto es lo que siente Mael al verme desnuda, esta mezcla de vergüenza y curiosidad al atravesar con la mirada una parte íntima del otro. Aquí duerme, aquí descansa, aquí se permite ser vulnerable. Me gustaría salir del cuarto para no ponerle violento, aunque él no parece incómodo.

Los humanos son criaturas extrañas.

—Mael insiste en que compartas su cuarto por las noches en vez de regresar a tu celda. —Kandra deja ver su irritación y yo intento controlar el calor en las mejillas. Solo las familias o los amantes comparten tienda. Sé que ellos tienen normas distintas, que aquí no significa nada, pero una cosa es saberlo y otra luchar contra las costumbres de toda una vida—. Te hemos preparado un rincón. Por supuesto, pasarás las noches encadenada.

La advertencia no va para mí, sino para Mael, que asiente con firmeza. Alanna me muestra un panel de tela que separa un rinconcito de este cuarto tan inmenso, en el que hay un catre en el suelo. Una cadena pende de una argolla en la pared. Como un perro que puede escaparse si no está atado.

Hay una tormenta de emociones que no soy capaz de entender y ruge y se pelea entre las costillas: un tornado confuso, un fuego que no es de rabia y una inseguridad que hace que me tiemblen las piernas. Junto las manos, asiento y me pregunto en qué momento mi vida se convirtió en una historia mucho más extraña que cualquiera de las que nunca haya escuchado.

Capítulo 13

INCLUSO CUANDO KANDRA SE MARCHA PUEDO SENTIR SUS OJOS FIJOS EN MI NUCA, EN MIS PASOS, EN CADA UNO DE MIS MOVIMIENTOS. Me mira a través de cada soldado, cada cortesano y cada una de las personas que moran en este castillo. Su presencia se extiende por todos ellos. Por todos, menos por Mael.

Caminamos en silencio, el uno al lado del otro. Aunque sienta que es como pisotear mi orgullo, me obligo a ir un poco detrás de él. No mucho para que no sea incómodo ni nos impida hablar, pero lo suficiente para que sea notable y todos los ojos que nos miran puedan ver esa muestra de respeto. Me gustaría cubrirme de esas miradas punzantes e invisibles. También me gustaría que él volviera a cogerme la mano como si así pudiera protegerme. Solo con pensarlo, noto un cosquilleo en la muñeca y la acaricio con el pulgar de la otra mano para calmarlo sin apagarlo del todo.

Caminamos sin rumbo por los jardines, y hemos mantenido un silencio expectante, aunque no es incómodo. Los mechones negros del pelo de Mael le cubren los ojos cuando inclina la cabeza hacia delante y parece sumirse en las sombras de sus pensamientos. Me gustaría apartárselos, y el cosquilleo de la muñeca se extiende hasta la palma de la mano y burbujea bajo la yema de mis dedos.

—Sé que esto te parece horrible pero mi intención era ayudarte. —Deja escapar al final—. Siento que tenga que ser de esta forma.

—Me ayudas —murmuro en respuesta y le dedico una sonrisa pequeña y tímida—. Yo siento que, para hacerlo, tengas que renunciar a tu intimidad.

—Y yo que seas nuestra prisionera y que no puedas regresar con los tuyos —añade con una mezcla extraña de arrepentimiento y buen humor—. Y, créeme, mejor dejar el juego ahora porque yo tengo muchas más cosas que tú por las que pedirte perdón y no puedes ganarme.

Dejo escapar una risa entre dientes. Es breve, porque sé que, como todo lo que haga, tiene testigos que luego hablarán y analizarán cada gesto. Qué extraño resulta reírse siendo prisionera. ¿Cómo puedo ser capaz de encontrar un motivo y tener ánimo de hacerlo en una situación así? ¿Tan pronto me he acostumbrado a las cadenas? A lo mejor Mael me ha domesticado de verdad, porque aunque no quiera reconocerlo, encuentro agradable caminar a su lado. Mucho más ahora que Kandra no está.

—Echaba tanto de menos poder andar... —suspiro—. No sabía que algún día iba a estar agradecida de no tener que girarme cada dos pasos para no chocarme con el muro de piedra.

—Cuando todo se calme, podemos pasear fuera, por el bosque. Kandra va a exigir que te lleve encadenada, y a lo mejor deberíamos hacerlo las primeras veces, pero más adelante...

—¿Confiarías en mí? —pregunto, ladeando la cabeza—. Este collar me impide transformarme, pero no usar las piernas para correr.

—Si te escapas... asumiré las consecuencias. No es como si fuera la primera vez que les decepciono.

Me hace daño escucharle porque conozco muy bien esa sensación. Mael ha sido bueno conmigo desde la primera vez que nos vimos, parece que hace años cuando me encontró espíandolos en el bosque y me dejó escapar. Esta vez tendrá consecuencias más graves. Me prometo intentar hacerlo cuando la responsabilidad no sea suya, aunque no sé si es una promesa que lograré cumplir.

«Sé paciente, Sauce», me digo a mi misma. «Tendrás la oportunidad de volver con los tuyos».

Y alejarme para siempre de él, pienso con una punzada amarga que hace que cruce los brazos delante del pecho. Mael lo confunde con frío, porque me mira y se gira para hacer que volvamos.

—Las noches aún son frescas. Es tarde, mañana será un día largo y llevas muchas noches durmiendo mal. Vayamos adentro. Espero que puedas descansar mejor que hasta ahora.

Nos encaminamos a su cuarto y trago saliva, nerviosa, al pensar que de nuevo atravieso su intimidad. Al cruzarnos con un criado Mael pide que nos lleven la cena a su cuarto. No vuelve a hablar conmigo hasta que cruzamos la puerta de su dormitorio y la cierra tras él.

—Cuando nos traigan la comida van a aprovechar para vigilarte. Creo que es mejor que estés atada y se queden más tranquilos. Cuando se vayan te dejaré de nuevo estar libre.

—¿Piensas tenerme suelta durante la noche? —Mi voz parece divertida, aunque en realidad esté nerviosa—. ¿No temes que te ataque mientras duermes?

—No —responde con esa sinceridad que siempre logra desarmarme. Y no se me ocurre nada que decir, así que me mordisqueo el labio mientras camino hacia mi catre.

Me siento en él y dejo que Mael se acerque. Me aparta el pelo del cuello para enganchar la cadena en el collar de hierro. Noto una electricidad en la piel que no tiene nada que ver con la quemazón de la plata. Él se toma su tiempo y tiene cuidado para no hacerme daño.

Solo me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento cuando se aleja. Agarro la manta con ambas manos para obligarme a mantenerlas quietas, aunque un terremoto recorra mi columna vertebral. Mael también exhala, con los hombros tensos, y da un par de pasos firmes hasta el balcón para abrirlo y dejar vagar la mirada por las copas de los árboles. Está de espaldas a mí, y las luces de un día moribundo recortan su silueta con el color de la lava. Lo recorro con la mirada y no puedo evitar preguntarme cuáles son esos pensamientos tan pesados que se remueven en su mente. Me gustaría tanto poder espíarlos...

Un golpe en la puerta hace que ambos nos sobresaltemos.

—Adelante —ordena él.

Una doncella de piel tan pálida que parece de papel entra y carga una bandeja con tanta comida que empiezo a salivar. La chica intenta no mirarme, pero sus ojos la traicionan y puedo leer en ellos el miedo. Desde la puerta, un par de guardias fingen no estar espionando. Mael tenía razón y yo bajo la cabeza, como si estuviera tranquila y quieta, resignada a pasar la noche encadenada.

La doncella apoya la bandeja en el escritorio antes de empujar una pequeña mesa frente al balcón y colocar la silla. Mael parece ausente, casi aburrido, y si no le conociera pensaría que en realidad se siente así.

—Este cuenco es para ella —murmura la criada y sus ojos me buscan de nuevo, involuntariamente, y hacen que se estremezca.

El olor de su miedo es sutil, agrio. Es el de una presa que se prepara para escapar. Cierro los ojos porque lo que desata es el hambre, y el aroma de la mesa servida no me ayuda a controlarme.

—Estaré atenta para recogerlo en cuanto acabéis.

—Os lo agradezco.

Mael es educado, pero algo seco, y la chica no se entretiene más y se marcha con movimientos apresurados. Nos miramos mientras sus pasos se alejan, y contenemos nuestras palabras hasta que escuchamos otros que los siguen, más lentos y pesados, los de los guardias que tampoco se marcharán muy lejos.

Pero basta con que lo hagan lo suficiente para que podamos movernos sin que nos estén escuchando.

Mael se acerca para liberarme y me doy cuenta de que sonrío. Es una sonrisa tan sincera como estúpida. Sigo siendo prisionera. ¿Me he convertido en un animal que lame la mano que le mantiene preso? No. Aparto con decisión esas ideas de mi cabeza. Mael me está ayudando, y yo he logrado que confíe en mí. Pronto podré escapar.

¿Por qué ese pensamiento tiene un regusto amargo?

—¿Estás bien?

—Mejor que en mucho tiempo —respondo, lo que no es mentira del todo.

—Toma asiento. —Hace un gesto que señala a la silla frente a la mesa—. Olvida lo del estúpido cuenco que te han puesto. Me sirven comida que sobraría para alimentar a tres personas. Come cuanto quieras.

—Solo hay una silla.

—Para la invitada —responde con una sonrisa ladeada.

—Soy tu prisionera.

—Eso suena horrible. —Su voz es ronca, tiene algo tan hipnótico como sus ojos, como la luna casi llena que se alza en el cielo y hace que el corazón me palpite con demasiada fuerza. Mael está cerca, lo bastante para que le baste con alzar la mano para apartarme los mechones de pelo de la frente, el mismo gesto con el que yo había fantaseado durante el paseo.

Tan cerca que puedo oler su perfume, su aliento, el olor de sus cabellos oscuros y el de su alma. Y cuando baja la cabeza con una sonrisa contenida y apoya su mano en mi espalda para

empujarme con suavidad hasta la mesa siento que los huesos de mis piernas se vuelven blandos y tengo miedo de que me fallen y caer de bruces.

—No me parece justo —protesto, y mis pies tropiezan con la alfombra, pero Mael está a mi lado para sujetarme y el estómago me da un vuelco—. ¿Y si comemos juntos, sobre la alfombra?

—¿Comer en el suelo? No suena muy digno.

—A veces se me olvida que eres un humano de castillo.

—¿Eso debería tomármelo como un insulto? —Mael arquea las cejas y la risa se me escapa entre los dientes.

Siento nerviosismo en la piel y humor en nuestras palabras. La tensión entre nosotros no tiene nada que ver con la que se palpa en el ambiente antes de una batalla, o en la mirada con la que se desafían dos líderes. Nuestras miradas se encuentran con el sonido fresco del agua de dos arroyos que se chocan, chapotean y se adaptan el uno al otro para seguir el mismo curso. Mael y yo no podemos ser más distintos pero nuestro cauce, nuestras experiencias, son similares. Me hace sentir que es todo nuevo y todo conocido, que el mundo entero se da la vuelta aunque, al mismo tiempo, le conozco de una forma parecida a la que me conozco a mí misma.

Mael coge la bandeja para colocarla sobre la alfombra y me siento en uno de los extremos con las piernas cruzadas y una sonrisa divertida que se refleja en sus labios cuando me imita. Parece más joven cuando está alegre y relajado. Un chico de la edad que en realidad tiene. Sus rasgos se hacen más amables y su mirada más curiosa, casi inocente. Me gusta esta nueva faceta suya y me pregunto cuántas más tendrá, cuántas caras tiene una misma persona y si llegaré a conocer todas las suyas. Si esconde alguna faceta que no me guste. De momento, parece complicado.

Cojo el cuenco en el que han dejado mi comida y él pone los ojos en blanco antes de arrebatármelo.

—Por favor, Sauce, basta.

—¿Y cómo vas a explicar que no he comido esto?

—Lo tiraremos a alguna parte. Llevas casi dos semanas malviviendo en una celda. Lo mínimo que puedo ofrecerte es esto.

—No llevas muy bien convertirte en un líder duro. —Quería hacer una broma, pero mis palabras torpes se chocan con sus inseguridades y me mira, herido. Sacudo la cabeza sintiéndome idiota—. No quería decirlo como algo malo.

—Es normal que todos duden de mí.

—Creo que ser un líder justo es mucho mejor que uno autoritario.

—Para conseguirlo tendría que empezar por ser un líder de verdad.

—Ya lo eres —digo con convicción.

El sonrío sin creérselo y se encoge de hombros antes de pasarme uno de los platos.

—La comida se enfría, pequeña bárbara. Una cosa es comer en el suelo como salvajes y otra comer cuando ya está fría. ¿O también es costumbre en tu tribu?

Logra hacerme reír de nuevo. Qué fácil es hacerlo cuando estamos solos. Hasta que esa voz que

me ha mantenido viva, la Sauce lista, la que sabe mentir, me recuerda que todo esto es temporal. Que lograré escaparme. Que traicionaré su confianza.

Que no puedo creerme las palabras con las que engaño al enemigo.

Mael vuelve a atarme cuando la doncella regresa para llevarse la bandeja de comida. Hemos escondido lo que se suponía que era mi alimento en una palangana de la que nos desharemos en cuando podamos, sin levantar sospechas. Cuando la chica se marcha, no tarda en venir a desatarse con una disculpa entre dientes a la que respondo sacudiendo la cabeza, cansada de repetir que no tiene por qué hacerlo.

—Espero que duermas bien.

—¿Segura que quieres hacerlo aquí? Ni siquiera estoy seguro de que se pueda llamar cama a esto.

—¿Prefieres que lo haga en el suelo? —pregunto, divertida.

—Puedes usar mi cama. Es grande, y más acogedora.

—Y tuya.

—¿Qué tipo de caballero soy si tengo a una dama durmiendo en un jergón mientras yo me estiro en una cama tan lujosa?

Las palabras son medio en broma. El tono, amargo. Por eso me levanto y atravieso la distancia que nos separa para besar su mejilla. Esta vez no hay barrotes que nos separen, y la mano de Mael se apoya en mi espalda. Me pregunto si nota la explosión eléctrica que se desata justo allí donde sus dedos tocan mi piel, si también le vibran los huesos, si sus pensamientos se rasgan bajo una lluvia de estrellas.

—Descansa, caballero. Mañana te espera un día importante. Tu dama está muy agradecida por todo lo que estás haciendo por ella.

Capítulo 14

Luna llena

PENSABA QUE IBA A SER INCAPAZ DE CONCILIAR EL SUEÑO AL COMPARTIR EL CUARTO CON MAEL Y, SIN EMBARGO, NO RECUERDO HABER DORMIDO TAN BIEN EN MUCHO TIEMPO.. Me tumbé en el lecho y le escuché respirar, de forma constante aunque no tan profundamente como si estuviera dormido. Pensé en esperar a que lo hiciera para poder relajarme, pero me dejé llevar por el vaivén de su aliento y cuando abro mis ojos la luz irrumpe en el cuarto.

He descansado tan bien que quiero suspirar de alivio. Mi cuerpo se encuentra bien, repuesto y con energías. La luna, que pronto estará llena, también hace que mi sangre recorra con más fuerza las venas, con más impulso y más magia.

Mael aún duerme. Lo sé por su respiración profunda y por el zumbido lento de su corazón. Me llegan otros ruidos desde el castillo: criados en marcha, el sonido de las botas de los soldados contra el suelo y el de los encargados de la fiesta que ultiman los preparativos. Ninguno de esos sonidos me parece amenazante, así que me incorporo despacio y camino de puntillas para poder asomarme tras el biombo que nos separa y mirarle dormir.

Mael duerme boca abajo, y tiene el rostro girado hacia mí. Los mechones de pelo oscuros le ocultan parcialmente los rasgos. Tiene las pestañas largas y una expresión tan tranquila y apacible que me hace sonreír. ¿Él también habrá logrado descansar o se quedó despierto con la duda de que pudiera cambiar de opinión y atacarle? Quiero creer que no, que confía en mí. Al mismo tiempo, me gustaría que no lo hiciera. Me sentiré menos culpable al traicionarle.

Aún queda mucho para que se presente la oportunidad para hacerlo y decido apartar esos pensamientos de mi mente. Solo quiero disfrutar de la paz de este momento y fantasear con acercarme y notar la calidez de su piel. Siento un cosquilleo en la frente, allí donde él me rozó para apartarme los mechones de pelo que caían por mi cara. ¿Y si yo me acercase para hacer lo mismo?

Escucho unos pasos acercarse y me apresuro a volver a mi lecho antes de que llamen a la puerta. Mael se incorpora al instante.

—¿Quién va?

—Le traigo el desayuno, señor —anuncia una voz juvenil.

—Adelante.

El chico que entra con una bandeja para el desayuno no debe de ser mayor que Guerrero. Sus ojos me buscan y me atraviesan con una curiosidad morbosa, propia de la edad. Quiero gruñir y enseñarle los dientes, pero la cadena está suelta y prefiero no atraer ninguna atención hacia mí, así que me cubro mejor, como si intentara seguir soñando.

Se marcha rápido. Cuando lo hace, vuelvo a levantarme y me asomo con una sonrisa que se asoma tímidamente en mis labios.

—Buenos días...

Dejo morir la frase. Mael se frota los ojos sentado en la cama. La manta se ha deslizado para dejar a la vista un pecho de piel tan fina y blanca como arena de luna, en la que se marcan los músculos. He visto a muchos hombres desnudos, no hay ningún tipo de tabú con los cuerpos entre licántropos. Nos quitamos la ropa para transformarnos y estamos acostumbrados a vernos sin ella. Pero ver a Mael es distinto y hace que me cueste esfuerzo tragar saliva.

Me sonrío con restos de sueño entre los párpados y un brillo divertido en las pupilas, como si notara el caos de mis emociones, y esa idea hace que me ponga aún más nerviosa y no sepa qué hacer con la mirada, las manos y conmigo misma.

—Si me das unos instantes, lupina, me visto y podemos desayunar juntos. En el suelo, si es lo que más te apetece.

Asiento y vuelvo sobre mis pasos para darle toda la intimidad que el ridículo biombo nos concede. Le escucho moverse por el cuarto y me pregunto si tampoco llevaba pantalones ni mallas, y si la piel de sus piernas es tan blanca como la de su pecho. La sangre se me acumula en las mejillas y trato de recuperar el control con una respiración lenta, mientras hago lo posible por ignorar el roce que hace la ropa contra su piel.

—¿Tienes hambre?

—No demasiada —respondo, dudando acerca de asomarme de nuevo o no hacerlo—. ¿Has terminado?

—Ya estoy.

Hago todo lo que puedo por apartar de mi mente esa imagen de su piel suave y blanca al salir a su encuentro y centro la atención en la bandeja, que le ayudo a poner en el suelo. Es mucho más frugal que la cena de anoche y, de nuevo, Mael parece capaz de escuchar mis pensamientos:

—Normalmente los desayunos son más fuertes, pero con la fiesta están reservando lo mejor para el banquete de la cena. Aunque no puedas comer allí conseguiremos que pruebes algo.

—Hoy es tu gran día —recuerdo—. Felicidades.

—No me siento más sabio que ayer. Ni más maduro.

—Pero seguro que sí que notas la diferencia con el Mael de hace un año. O con el Mael niño que jugaba por este castillo. —Mi comentario le hace sonreír.

—Era un niño tímido. Pasaba mucho tiempo en el cuarto de mi madre.

—¿Estará en la fiesta?

—Hace muchos años que nos dejó. —Otra nueva coincidencia que me hace parpadear. Aunque hubiera deseado que fuéramos diferentes en algo así.

—La mía también, poco después de nacer mi hermano.

—Lo lamento. ¿Estabais muy unidas?

—Tanto que muchas veces siento que no se ha ido del todo —respondo.

—Eso es bonito.

Hago una cuenta rápida mientras comemos. Él ladea la cabeza.

—¿En qué piensas?

—Si hoy es luna llena y cumples veintiún años... Naciste bajo la luz de un cuarto menguante.

—¿Y eso es una mala señal?

—La única mala señal es venir al mundo en noches vacías de luna. —Sacudo la cabeza—. No, tu signo es uno bueno: el del juez. No sois los más grandes guerreros, pero los alfas que nacieron como tú suelen ser líderes sabios.

—Creo que te equivocas, Sauce.

—¿En qué? —pregunto, con el ceño fruncido.

—Nací bajo el sol del mediodía. Además, la luna no marca mi destino como a los de tu raza. Y tampoco creo que marque el tuyo.

Nada me gustaría más que dejar de escuchar las voces que una vida entera me han dicho lo contrario para centrarme en la suya, solo la suya, y creer cada una de esas palabras.

Es un día de fiesta y no hay entrenamientos. Muchos campesinos también descansan, aunque los cocineros y los sirvientes del castillo se esfuerzan el doble en preparar todo. Mael tiene pocos compromisos. Le acompaño con gesto sumiso, obediente, aunque las miradas burlonas se me claven en la espalda como saliva y sal en la carne de heridas abiertas. Cuando va a hablar con su padre, me quedo en guardia al otro lado de la puerta.

—Los años le pesan. Está delicado. Creo que aún le queda mucho por vivir pero las enfermedades le afectan con más fuerza que antes —me explica cuando sale tras un largo rato en sus aposentos—. Hará un esfuerzo por estar presente esta noche.

—Debe de quererte mucho.

—Se avergüenza de mí —responde, como si no tuviera la mayor importancia—. Es una cuestión de apariencias; aunque se encuentre mal de salud tiene que hacer acto de presencia en eventos como este, en los que distintos nobles, rivales y aliados, vienen a nuestras tierras.

Frunzo el ceño. Me gustaría decirle que se equivoca, que su padre debe de amarle. Yo soy una decepción mucho mayor para el mío, y lo hace. Pero siento que no es el lugar ni el momento de hablar, sin conocer, sobre algo que le hiere tanto.

—Los invitados empiezan a llegar. Tenemos que asearnos y estar listos para la fiesta.

Pienso en la tina de agua que me trajeron para lavarme la última vez y me pregunto si le

llevarán algo así a su dormitorio, y si yo estaré presente, al otro lado del biombo que no nos da una intimidad falsa. Me rasco el cuello, nerviosa, pero antes de que tenga que preguntar Mael sigue hablando.

—Te quedarás con Alanna. Ella puede ayudarte y cuando estés lista te llevará de vuelta conmigo.

—Entiendo.

Lo que me acelera el pecho ahora es la posibilidad de escapar ahora que no estoy con él. Sería perfecto. Puede que le culpen, pero el daño será menor. Ojalá la responsable no fuera Alanna, siento simpatía por ella. No ha sido cruel y siempre que ha sido posible se ha ofrecido a ayudarme.

Pero decido esperar a tener remordimientos para cuando lo haya conseguido. Vamos al encuentro de Alanna, que está sentada en los jardines, bajo la sombra de un naranjo. Mael le da órdenes claras y ella asiente antes de llamar a la chica alta que ya la ayudó la otra vez para que la acompañe. Mael no se despide. Supongo que es sabio intentar aparentar cierta frialdad conmigo cuando hay gente delante, pero que lo entienda no quiere decir que no me moleste. Se aleja sin más ceremonia, con esa forma de caminar decidida y elegante. Alanna indica con un gesto que las acompañe. Intento que no se den cuenta de que he mirado sus armas, para calcular las posibilidades de escapar sin que me alcancen. Es difícil, con el castillo lleno de soldados y armas de plata. Si no fuera por el estúpido collar que me quema en el cuello tendría alguna posibilidad mayor: soy un lobo pequeño, rápido y ágil. No me importa lanzarme desde una ventana, pero en esta forma no estoy segura de sobrevivir a la caída, si es que llegara a conseguirlo.

El vello de la nuca se me eriza cuando bajamos las escaleras hacia el sótano. ¿Estamos volviendo a las mazmorras? Sin embargo, los pasillos son distintos, y el calor empieza a agobiarme hasta que llegamos a un fuego enorme.

—Aquí cocinamos, y calentamos el agua para los baños. Ven, ayúdanos a acercar los cubos al fuego.

Obedezco. Hasta que el agua borbotea y tenemos que protegernos las manos con unos paños para alejar los cubos del fuego. Alanna está más relajada, y lleva uno de ellos. La chica alta mantiene el recelo y la alerta y nos sigue con las manos libres y nerviosas. Apuesto a que está preparada para empuñar el arma a la mínima señal de alarma.

No puedo escaparme ahora. Me atraparían y me devolverían a la celda, si es que deciden mantenerme viva.

Llegamos a una sala pequeña, con una tina más grande que la que llevaron a mi celda. Alanna me indica que mezcle el agua hirviendo con la fría, para que quede tibia y agradable para el baño. Me quito el vestido y les doy la espalda para introducirme en el agua. La chica alta y seria me pasa jabón y empiezo a frotarlo por la piel. Ella se queda de pie, con los brazos en jarras y la mano cerca de la empuñadura de su arma. Alanna se apoya en una pared más cercana, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada baja.

—Buena suerte esta noche.

Me giro hacia ella. La confusión es tan evidente en mi cara que una sonrisa pequeña se abre paso en sus labios pálidos.

—Lo dices como si fuera a enfrentarme a un peligro —murmuro.

—Y así es.

—Pensaba que, después de ser prisionera, asistir a un baile no iba a ser un asunto tan serio.

—Eso es porque no nos conoces lo suficiente. No tenemos un alfa al que seguir sin cuestionar.

—Pero tenéis un líder.

—Nuestro conde —asiente—. Y, por lo tanto su hijo. Luego está Kandra, y otros altos cargos del ejército. Pero el poder se tambalea. A veces es bueno que sea tan flexible. Otras veces se puede derrocar a alguien con rumores. Y vas a dar mucho que hablar.

—No quiero hacer daño a Mael.

—A mí tampoco me gustaría que lo hicieras. Tiene buen corazón, demasiado bueno para ocupar ese puesto. Y no soy la única que lo comenta. —Ha bajado tanto la voz que se ha convertido en un susurro y dudo si nuestra conversación le llega a la chica que custodia la puerta. A Alanna no parece importarle. Confía en ella y, por algún motivo, también en mí—. No sé cuál es vuestro pacto, si es que tenéis uno. Parece que la estrategia de Mael es mostrar que puede domesticar a un lupino para presumir de poder. Pero le conozco demasiado bien para que pueda creerme eso.

—Hablas como si fuerais grandes amigos.

—Lo fuimos. Me acogieron de niña cuando unos hombres lobo atacaron la aldea y mataron a mis padres.

No hay acusación en sus palabras, solo un dolor antiguo, con sabor a hierro y a sangre coagulada sobre una cicatriz que no termina de sanar.

—Lo lamento.

—No fuisteis vosotros. —Se encoge de hombros para apartar ese tema y volver a la conversación—. Mael y yo fuimos muy íntimos, y hace años que no le veo mirar a nadie como te mira a ti.

¿Hay cierta amargura en sus palabras o es solo miedo? Frunzo el ceño, sintiendo un enfado irracional pero no por eso menos fuerte.

—¿Fuisteis amantes?

Sus ojos se abren de par en par por la sorpresa. Sus labios se estiran y deja escapar una risa suave, algo nerviosa.

—Oh, no, Sauce, en absoluto. Antes de que sus obligaciones le apartaran de mí fuimos tan cercanos como mejores amigos, o hermanos. Nada distinto. —Su sonrisa se curva, mezclando la diversión y la timidez mientras sus mejillas se colorean—. A mí nunca me ha gustado ningún hombre.

Su confesión me relaja y hace que me avergüence de mí misma, pero ella no parece habérselo tomado mal. Al contrario, sus ojos se iluminan y su rostro parece más relajado.

—Mael me importa mucho. Si le haces daño nos lo harás a todos. Entiendo que estés en tu derecho, no puedo pedirle favores a alguien a quien mantengo encadenada —suspira—. Ojalá esto fuera más sencillo.

—No deseo hacerle daño —confieso en voz baja y ella asiente como si lo supiera.

—Puedo entenderle mejor ahora —susurra.

Coge la toalla y me tiende la mano. Salgo de la tina y me envuelvo con ella. La chica alta también parece más relajada. Me dan otro vestido, similar al anterior, y me ayudan a vestirme. Es sencillo y ligero, del color de la avena tostada. Paso la mano por la tela y me imagino que es arena fina, que estoy libre, que la cadena no muerde mi cuello.

Como siguiendo un impulso, Alanna se coloca detrás de mí y me trenza el pelo con dedos hábiles. Consigue no darme tirones y cierro los ojos al sentir el cosquilleo. Me hace una trenza sencilla que me aparta el pelo de la cara y sonrío, satisfecha, al valorar el resultado.

—Estás lista. Vamos con Mael. Intenta ignorar todo lo que escuches esta noche, te prometo que no todos los humanos somos igual se desagradables. Mañana será un día normal. —Inspira y fuerza una sonrisa al repetir—: Buena suerte.

Capítulo 15

LA LUZ DEL ATARDECER ILUMINA EL CASTILLO CON LOS OLORES DE LA SANGRE Y LA LAVA. Esperamos en pie, frente a la puerta de Mael. Detesto estar de pie y quieta, pero después de pasar días encerrada en una celda tan pequeña ni siquiera me parece tan malo. Y, cuando la puerta se abre, se me olvida hasta la más mínima molestia.

Mael viste un sayo verde musgo con bordados de plata. La tela parece tan suave que me cuesta contener mi mano para acariciarla. Lleva una capa ligera, del mismo negro que las alas de un cuervo. Hace que su piel parezca aún más blanca, pero no tiene el matiz rosado que la de Sin Sombra. Me recuerda al mármol en el que se cincelan las estatuas. En la oscuridad de sus ojos brillan todas las estrellas que contiene la noche.

—¿Estás bien?

—Sí —me apresuro a contestar intentando recobrar la compostura.

Alanna tiene una sonrisa casi invisible y hace una inclinación antes de irse.

—Feliz cumpleaños, Mael.

Mael también se inclina en respuesta. Su rostro se suaviza al mirarla y me pregunto si yo tengo la misma expresión cuando hablo con Guerrero. No tengo mucho tiempo para considerarlo antes de que Mael baje la cabeza con expresión avergonzada.

—Tengo que llevarte atada. Kandra ha insistido mucho.

—Lo sé. —Tenso los labios e inspiro para calmar todas las emociones que bullen en el estómago—. Y lo entiendo. Estoy lista.

Mael se mueve lento, como si la cadena pesara o la ofensa fuera para él, y no hacia mí. Ladeo la cabeza para que pueda llegar a mi cuello y evito pensar en lo que este gesto simboliza para mi gente: sometimiento o entrega. Las yemas de sus dedos apenas rozan mi piel para apartarme la trenza y todo mi cuerpo reacciona a su contacto. La plata quema, pero es su piel, su aliento, lo que de verdad me incendia. Contengo el aliento y él engancha la cadena. Su pulgar acaricia con suavidad la piel irritada bajo el collar.

—Lo siento.

—Deja de hacerlo.

No sé cuántas veces he repetido eso. Mael baja la frente como quien recibe una orden y juntos recorremos el pasillo hacia la sala del banquete. Hay voces y risas que salpican las paredes como

un torrente de agua fresca que chapotea e inunda la sala. Pero todos los sonidos se congelan cuando entramos. Mi mirada se arrastra por el suelo, fija en mis pies descalzos. El silencio palpita con fuerza en mis oídos y solo escucho nuestros corazones, acompasados, y la forma en la que Mael inspira para hacer acopio de valor.

Sé la imagen que ofrecemos: una criatura débil pero salvaje domesticada por el chico de ojos de noche y piel de luna. Puede que las dudas sobre sí reconcoman a Mael, pero su imagen es sólida: tan alto y severo, tan lleno de fuerza y misterio. Y la parte más estúpida de mí misma se alegra de que en este momento le ayude a conseguir el respeto de todos aquellos que dudan de su liderazgo.

Las conversaciones vuelven. Primero poco a poco, en murmullos que toman fuerza y se convierten en exclamaciones, comentarios y alabanzas. Tengo el oído muy agudo y al captar demasiadas palabras forman un zumbido ininteligible. Mael avanza hacia su sitio haciendo las inclinaciones de rigor y respondiendo a los cumplidos. Yo le sigo. El fuego de las antorchas de refleja en la cadena y las miradas se me clavan como los dientes afilados de las víboras. Toma asiento y me coloco detrás. Distingo el pelo rojo de Kandra, sentada frente a Mael. No sé si el gesto que me dedica es de aprobación o solo quiero creer que lo es, que, por una vez, no hay hostilidad en su mirada.

Sirven vino. Me pego más a la pared para no molestar, con la esperanza de que eso me oculte un poco más de las miradas. Una voz destaca entre la marea de frases que se mece en esta sala: es grave y cascada, pero se parece lo bastante a la de Mael para que dirija allí mi atención. Solo entonces me fijo en el conde, que preside la mesa. Tiene los ojos negros de su hijo, velados por la niebla y el paso de los años. Su piel es más morena y el tiempo la ha cubierto de arrugas y manchas, pero su gesto tiene la fuerza de un líder duro. Alguien que no duda en arriesgarse por su pueblo o liderar una guerra. Me recuerda a mi padre.

Me pregunto si, tras la dureza de sus gestos y sus palabras, esconderá un corazón tan noble como el del mío.

Aunque no dejan de mirarme, el ambiente se relaja. Las voces recuperan tu tono alegre, el propio de una fiesta, y se animan con la comida que humea cuando la traen en las bandejas y con el vino que riega las conversaciones. Hay un par de niños que me miran con ojos enormes, sin prestar atención ninguna al bullicio que les rodea. Me gustaría dedicarles una sonrisa, pero bajo el rostro y me mantengo quieta y dócil.

También hay un grupito de chicos que se encuentran en esos años en los que ya han dejado atrás la infancia pero tampoco son adultos. Sus miradas son más retorcidas y sus comentarios, más hirientes. Aprieto los labios cuando empiezan a arrojar trozos de pan a mis pies. Mi impasibilidad les anima a llegar más lejos y, entre risas, lanzan carne y trozos de fruta a mi vestido. Un gajo de naranja acierta en mi hombro y tengo que llevar las manos detrás de mi espalda para que no vean que me tiemblan y que aprieto mis puños con fuerza mientras trato de controlar la rabia.

—Esto es una cena, no estamos en un establo. —La voz de Kandra se impone y corta las risas.

Pestañeo con incredulidad sin alzar la cabeza—. Y un licántropo no es un juguete. Si no sois capaces de controlar vuestros modales os pido que os marchéis ahora mismo.

Escucho a los chicos farfullar una respuesta, intimidados por el tono de la capitana. Deben de ser sus padres las voces que les regañan. Suelto el aire despacio y trato de relajar los puños, pero noto mis dedos demasiado tensos. «Buena suerte», me ha dicho Alanna. Empiezo a entender por qué. Y ni siquiera hemos llegado al baile.

El banquete se me hace largo y pesado. Hace rato que han dejado de comer aunque los criados siguen rellenando las copas y la conversación se enciende y sube de volumen. A veces se quiebra en carcajadas, otras las palabras se agitan y terminan en un grito encendido. Como las llamas de la chimenea, se agitan, crepitan, se alzan y vuelven a la calma.

El conde es el primero que se levanta para ir al salón del baile. El resto de comensales espera a que Mael lo imite. Vuelve a coger mi cadena y lo sigo a una distancia respetuosa sin oponer ninguna resistencia. La sala de baile está decorada con guirnaldas de flores y estandartes. Los músicos esperan en un rincón y tan pronto como entramos, derraman una música suave mientras el resto de invitados toma sitio en la sala. Kandra se acerca a nosotros y hace una reverencia a Mael.

—Tienes que empezar el baile. Yo puedo quedarme con ella.

El suspiro que hace al darle mi cadena es casi imperceptible, pero yo puedo escucharlo. Me quedo al lado de Kandra y observo a Mael acercarse a una chica de largos cabellos negros e inclinarse para pedirle el primer baile.

—Es Driane, la segunda hija de un reino aliado. Ninguno de los dos ha confirmado nada, pero se espera que en un futuro se casen —me informa Kandra con voz ausente.

Me pregunto si nota el peso de sus palabras en el centro de mi estómago. Driane tiene los ojos grandes y unos labios de un rojo tan encendido como su vestido. Podría ser una reina, por las ropas, por su seguridad, por su firmeza en cada giro y cada movimiento. Me siento más pequeña que nunca y me gustaría desaparecer. La música que antes me parecía hermosa me taladra los pensamientos y tengo la sensación de que cada una de las carcajadas está dirigida hacia mí.

Mael baila varias veces con Driane. Tiene el rostro serio y movimientos elegantes, aunque algo secos. También concede otros bailes y cada vez se me hace más difícil verlo. Aunque estemos en la misma habitación nunca le he sentido tan lejos, en mundos distintos, en pueblos enfrentados, en futuros tan distantes que no creo que haya forma de romper esa distancia. La música, tan alegre, no hace más que sumirme en los pensamientos más negros.

Apenas presto atención al resto. Atrapo, sin querer, la mirada de Galvan que, desde una esquina, murmura con un grupo de jóvenes. También distingo a Alanna, que no baila, pero sonrío y deja que su cabeza se mueva al ritmo de la música mientras camina de la mano junto a la chica alta que tantas veces la acompaña. El resto es un bullicio de ruidos y movimientos, de olores condensados en una sala cerrada que terminan por levantarme dolor de cabeza. Por suerte, hasta las noches interminables tienen fin. Los asistentes bostezan, las voces se apagan, los invitados se retiran. Mael viene a por mí y Kandra le entrega la cadena con una inclinación que me parece

burlona:

—Feliz cumpleaños.

—Gracias por todo —responde con voz cansada.

Me mira de reojo, pero no dice nada y yo vuelvo a bajar la cabeza para seguirle como la criatura sumisa en la que me da miedo convertirme. Es más fácil hacerlo cuando en el corazón se arrastran los pensamientos más tristes. Cuando llegamos a su dormitorio, aún se escuchan voces de la gente que se despide: los trabajadores que vuelven a casa, los soldados que se retiran, los últimos invitados que no viven demasiado lejos y prefieren volverse en vez de pasar la noche en el castillo. Mael suelta mi cadena. Estamos tan cerca que la noche que derraman sus ojos me envuelve y, sin embargo, solo puedo pensar en la chica con la que posiblemente se case, los hermosos que quedaban juntos.

—Espero que no se te haya hecho muy largo —murmura sin apartarse. Huele a perfume, a alcohol y a su propio aroma. Aunque el valor llamea en sus ojos, no tiene la mirada perdida de aquellos que han bebido más de lo que deberían.

—No —miento con desgana y encojo un hombro—. ¿Te lo has pasado bien?

—No me gustan demasiado las fiestas.

—Pues bailas muy bien. Parecías muy cómodo siguiendo la música.

—Bailar es agradable —responde con la cabeza ladeada—. Lo que ocurre es que tener la compañía adecuada es más importante que la música.

—Driane bailaba bien.

—No era con ella con quien quería hacerlo.

Se inclina un poco más y me coge la mano con tanta suavidad que me estremezco. Todos mis huesos se vuelven blandos. Todo mi cuerpo, piel que cubre una tormenta con olor a primavera. Su otra mano se apoya en mi cintura y respondo de forma tan torpe que sus cejas se arquean y hace ademán de apartarse. Lo impido antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, sujetando con mi mano libre su muñeca, para que no se aleje de mi cadera.

—No quiero obligarte a hacer nada, Sauce.

Cierro los ojos. La forma en la que sus letras de deslizan entre sus dientes antes de acariciar sus labios al decir mi nombre logra provocarme un temblor, un cosquilleo por la espalda. Trago saliva y niego, con una sonrisa y sin atreverme a volver a mirarle.

—Me hubiera gustado bailar.

—Concédeme un baile ahora.

—No sé hacerlo —respondo, con una risita nerviosa que se me atasca en la garganta.

El exhala el aliento, aliviado, divertido. Me sujeta con más firmeza y el calor de su palma desata el incendio más agradable en mis costillas. Un fuego en el que me gustaría arder para siempre. Las manos me sudan y estoy segura de que él lo nota al sujetarme, pero no se aparta, ni se ríe, solo se mueve de un lado a otro, y yo me dejo llevar.

Mis pasos son torpes y a él se le escapa la risa. Está tan cerca que noto el calor que emana su

cuerpo. Cuando me atrevo a abrir los ojos le descubro mirándome con tanta intensidad que soy incapaz de recordar cómo se respira. Tiene una sonrisa tranquila en esos labios tan suaves. Niega suavemente y me hace girar.

—Vuelve a cerrar los ojos. No tienes que adelantarte, solo siente el movimiento y déjate llevar.

—¿Y si me choco con algo?

—No dejaré que pase —responde con un murmullo ronco que hace vibrar el mundo entero.

Y lo hago. Cierro los ojos, me entrego a sus movimientos y confío en el enemigo. No hay música más que el tambor acelerado de mi corazón que entrelaza su ritmo con el suyo. No hace falta nada más. Mis pies se tropiezan, él me sujeta, nos reímos en silencio y me hace girar para recogerme de nuevo en sus brazos.

Una parte de mí nunca se ha sentido más libre. Como si me hubiera dado cuenta de que tengo unas enormes alas que se despiertan con un cosquilleo y ansias de echar a volar. Que se encuentran con las suyas en un roce de viento y plumas, al tiempo que me apoyo en su pecho para recuperar el equilibrio tras un último giro.

Abro los ojos. Me baño en la oscuridad más brillante que encierran los suyos. Quiero susurrar su nombre, hacerle sentir como él a mí cada vez que pronuncia el mío. Pero no tengo aliento ni voz y él se inclina.

Sus labios se posan, ligeros, en el puente de mi nariz.

Me estremezco. Es la sensación más ligera y cálida del mundo. Me sabe a poco y quiero lanzarme a sus brazos, pero Mael se aparta con una inclinación.

—Gracias por el baile —murmura.

—Gracias por enseñarme a bailar.

Capítulo 16

ME SIENTO EXTRAÑA CADA MAÑANA AL DESPERTAR. Como si levitase. Como si nada de esto fuera real. Mael también tiene una sonrisa que a veces parece asustada y, a veces, llena de luz. Ninguno de los dos sabe cuánto nos ha cambiado la noche anterior, así que evitamos hablar de ello. De hecho, hablamos menos que nunca y el silencio pesa sobre nosotros como si hubiéramos hecho algo indebido. O como si tuviéramos miedo (o deseo) de que fuera a más.

Le acompaño a su entrenamiento y me siento en el suelo de tierra mientras los soldados practican movimientos y entrenan sus músculos cargando peso. No puedo evitar admirar a Alanna. Es la menos resistente y transmite una apariencia frágil pero no permite que eso le haga rendirse. Se esfuerza hasta que el agotamiento hace que deba sentarse, y en cuanto recupera el aliento vuelve a ocupar su puesto, aunque las gotas de sudor perlen su frente y su piel siga pálida.

Intento no mirar a Mael, pero no puedo evitarlo. Con la camisa fina que usa para entrenar se distingue con más claridad lo anchos que son sus hombros y lo fuertes que son sus brazos. Mantiene el rostro serio y los ojos alerta, y aunque demuestra ser muy fuerte para un humano al descargar sus golpes contra los maniqués de combate, mide tanto sus fuerzas al entrenar con un oponente que acaba por perder.

Su preocupación por los demás le hace fallar una y otra vez. Y, a cada derrota, le admiro un poco más por ello. Tiene una forma de perder llena de elegancia y, aunque no soy la única que lo ve y le respeta, me duelen las miradas voraces de los jóvenes que confunden su nobleza con debilidad, que intentan demostrar que son mejores mientras recurren a trucos más bajos. Me da rabia que no entiendan que Mael podría derrotarlos con facilidad pero elige no hacerlo. Un buen líder cuida de su manada por encima de su propio ego, aunque haya quien sea demasiado egoísta o inmaduro para querer verlo.

Tampoco intercambiamos muchas palabras por la tarde. Le sigo de un lado a otro, en un silencio ausente que espero que cubra la atención que pongo a cada pasadizo, a cada soldado. Tengo que escapar de aquí y es cierto que prefiero hacerlo cuando mi huida no inculpe a Mael, pero voy a hacerlo.

El día pasa dejando una sensación rara entre las tripas. Como si hubiera dos realidades: una en la que no dejo de mirar a Mael y deseo saber más de él, hablar más con él, escucharle pronunciar

mi nombre y sentir sus manos sobre mi piel. Esa realidad es en la que compartimos un baile y un millón de palabras en silencio. La otra, la de la rutina, es más segura y más rígida. Le acompaño y me meto en mi papel de criatura domada. Mael intenta que esté cómoda sin descuidar las apariencias. El mundo es de hierro y piedra y lo que yo pueda sentir no encaja en el reino de los humanos. Tampoco en la libertad de los bosques, y ese pensamiento me araña desde dentro de las tripas.

Por primera vez en mucho tiempo, ceno sin hambre. Mael se da cuenta. No sé si su expresión es tímida o contenida cuando ladea la cabeza para mirarme.

—¿Todo bien?

Asiento en respuesta y él se muerde el labio inferior, el mismo que la noche pasada se posó en el puente de mi nariz. Miles de estrellas explotan dentro de mi estómago. Pero bajo la cabeza y me retiro pronto al rincón en el que duermo antes de que las emociones se descontrolen y los pensamientos se vuelvan más salvajes.

El día siguiente pasa con la misma sensación de irrealidad. El único cambio es que Kandra me pide que escriba una nueva nota para mi familia. Elijo con cuidado las palabras de cada línea aunque, cuando se la tiendo, ya espero que vaya a descartarla. Y no me equivoco. Tengo que reescribirla en dos ocasiones hasta que la capitana encuentra adecuadas mis palabras.

Los humanos mantienen su promesa, pero también su advertencia. No es necesario un derramamiento de sangre. Os volveré a escribir en unos días. Os quiere,

Sauce.

Es demasiado seco. Las frases se quedan cortas y conozco lo bastante a mi padre para saber que, aunque haga caso, esta carta no va a tranquilizarle. Pero eso no importa. Me irrita tener una libertad tan pequeña que ni siquiera me permite expresarme con mi familia. Si tuviera una forma para decirle a mi padre que estoy bien y que no me harán daño, o a hablarle a Guerrero de la forma en la que entrenan, o a Sin Sombra del baile... Si pudiera volver a verlos una tarde sería mucho más llevadero el encierro.

Tengo que ser fuerte, me repito cada vez que la paciencia empieza a terminármeme, y que la frustración me crispa los nervios. No estoy perdiendo tiempo, lo estoy ganando. No sé cuándo llegará el día en el que me pueda marchar de aquí, pero sé que está más cerca, y que camino en la dirección adecuada. Aunque ahora que empiezo a conocer los límites de esta nueva libertad tenga la impresión de que no he escapado de mi celda, solo se ha hecho más grande. Pero me siento tan atrapada como el primer día, o incluso más.

Las peores cadenas no son las de plata: son invisibles y no tienen peso, y se parecen a las dudas, a la culpa o a incluso al cariño. Tengo miedo de que me quiten el aire y la voluntad y atarme yo misma, para siempre, sin darme cuenta de lo que estoy haciendo hasta que sea demasiado tarde para escapar.

El tercer día tras la fiesta transcurre siguiendo el curso de los dos anteriores. Ahora que las novedades se difuminan, el tiempo parece pasar más rápido. Me duele el silencio que se espesa entre Mael y yo, y tengo miedo de que el tiempo borre el recuerdo del baile que compartimos. Empiezo a pensar que no fue más que un sueño.

Me siento al sol, sobre la arena seca del patio en el que entrenan. Aunque intente prestar atención a sus movimientos con la esperanza de poder compartirlos con mi tribu y hacer que nos defendamos mejor, se vuelven rutinarios y mis pensamientos vagan por el cielo azul que empieza a cubrirse de nubes grises y de vientres pesados. Las primeras gotas de lluvia caen y los soldados siguen entrenando. Apoyo las manos tras mi espalda y echo la cabeza atrás, con los ojos cerrados, para inspirar el olor a lluvia que flota en el aire. Un goterón cálido y grande se estrella sobre mi mejilla y casi me hace sonreír. Si estuviera en el bosque me quitaría esta ropa para transformarme y correr mientras la lluvia se descarga y las ramas de los árboles juegan a atrapar las gotas, como si fueran perlas redondas hechas de luz y agua.

Doy un respingo al escuchar el golpe y todos mis sentidos se ponen alerta cuando escucho a Mael ahogar un gemido. Está en el suelo, con arena en la mejilla y se lleva la mano al costado. Su adversario, un chico más alto que él, tiene una estúpida sonrisa orgullosa mientras Mael tose y su aliento huele a sangre.

No me he dado cuenta de que me he puesto en pie ni de que he echado a correr hasta que me detengo frente al chico, protegiendo a Mael con mi cuerpo, con las piernas separadas, los puños apretados y un rugido entre los dientes que quedan a la vista.

Todas las miradas se clavan en mí. El chico da un par de pasos torpes hacia atrás. El tiempo parece haberse detenido hasta que Mael se incorpora.

—Estoy bien, Sauce.

Gruño. Puede que no le haya hecho ninguna herida en serio pero Mael siempre intenta contener sus propios golpes para evitar hacer daño mientras que los más estúpidos aprovechan para tratar de golpearle con fuerza. Puede que en mi forma humana sea poca cosa, pero todos saben que no se debe enfadar a un lobo y el chico se aleja un poco más mientras busca auxilio con la mirada.

—Sauce.

Mi nombre se desliza entre sus labios con el sonido de la lluvia contra la arena del suelo. Mael logra que relaje los brazos, destense el cuello y me gire tras lanzarle una última mirada asesina. Cuando me vuelvo hacia él todos se remueven. Puedo imaginar todos los comentarios que bullen detrás de sus dientes, impacientes para ser lanzados. Y no sé si me molesta más que hablen de la bestia domada o de la debilidad del futuro conde. Mael es el único que se acerca sin miedo y me pone una mano en el hombro. Tiene una raspadura en la mejilla y, aunque intenta evitar que se note, dobla el costado, lo que me hace pensar que el golpe ha sido mayor allí.

—Estoy bien. Son aliados, no un peligro. Puedes descansar.

Su voz es firme: la de un capitán que da una orden. Su rostro el de una estatua. Pero en su mirada la luz titila y adivino un sentimiento suave que es el que me hace agachar la cabeza y

volver a mi sitio. Puede que mi orgullo esté herido porque sé interpretar las miradas y los silencios: a sus ojos acabo de demostrar que no soy más que una bestia entrenada para defender a su amo. Pero ni siquiera es lo que más me importa. No soy agresiva, nunca lo he sido, pero me hubiera encantado devolverle cada uno de los golpes que Mael ha encajado.

Pero él carraspea y vuelve a coger la espada de madera con la que entrenan. Retoman posiciones e intentan recuperar la normalidad, pero el ambiente ha cambiado. El aire está denso y gris, y la lluvia no tiene nada que ver con esto. Yo he sido la causa y no puedo decir que me arrepienta de ello.

Capítulo 17

ME CONTROLO DURANTE EL RESTO DEL DÍA, AUNQUE LOS MÚSCULOS SE TENSEN CADA VEZ QUE A MAEL SE LE ESCAPA UN GESTO DE DOLOR O UN QUEJIDO GRAVE Y QUEDO. Estoy segura de que le duele más de lo que quiere mostrar, y eso me preocupa tanto como me enfada, y hace que esté más huraña de lo habitual. Me noto molesta con la lluvia, con el encierro, con los soldados y con el mundo entero. Pero aguanto sin decir una sola palabra hasta que traen la cena a su dormitorio. Cuando, por fin, la puerta se cierra me acerco a él con pasos decididos.

—Quítate la camisa.

—Sauce...

—Ni siquiera te has parado a ver si te han hecho daño de verdad. Quítate la camisa —exijo.

Mael suelta un suspiro, pero obedece. Hay movimientos que le duelen aunque se esfuerce en evitarlo. La tira sobre la cama y aprieto los labios al ver una marca violácea sobre sus costillas.

—Tengo la piel pálida —dice, como si no me hubiera fijado—. Se me notan más los golpes. No quiere decir que sea grave.

Le hago callar con una sola mirada. Puede que en el patio sea él quien da las órdenes, pero en la intimidad de su habitación baja la barbilla y obedece. Ni siquiera parece molesto al hacerlo. Me acerco a él y apoyo con delicadeza mis dedos sobre la piel caliente e inflamada. Compruebo que los huesos no estén rotos y suelto un suspiro al asegurarme.

—No es nada grave —murmuro.

—Ya lo sé.

—Calla —ordeno con el ceño fruncido.

—¿Estás enfadada? —Se inclina para quedar aún más cerca de mi rostro. Bajar la vista a la piel suave y blanca de sus pectorales no me parece la mejor opción así que le mantengo la mirada —. ¿Por qué?

—Dejas que te hagan daño.

—Prefiero eso a ser yo quien da un golpe así.

—Lo ha disfrutado. ¡Se creen mejor que tú! Me hubiera gustado saltarle encima.

—Eh, Sauce, no. Estoy bien, es solo un golpe.

Rehúyo su mirada, así que apoya la mano en mi mejilla para evitarlo. Sus manos son ásperas,

cálidas y grandes. Toda la piel me cosquillea y se me olvida hasta coger aire. Abro la boca, no sé si es para respirar o para decir algo, pero no tengo palabras. Ni siquiera soy capaz de pensar con claridad.

Solo me lanzo a la oscuridad de sus ojos y al calor de su piel.

Mael tampoco tiene palabras. Sus pupilas se posan en mis labios, y su mano libre se apoya en el final de mi espalda, igual que la vez que bailamos. Quiero hacerlo de nuevo, cerrar los ojos, entregarme a un ritmo que no escuchamos y dejar que él guíe cada uno de mis movimientos. Apoyo la mano en su brazo, por debajo de su hombro. Estamos tan cerca que siento al tomar aire la calidez de su aliento. A un suspiro de distancia. Los párpados se me cierran y siento que él se inclina.

Me besa con tanta suavidad la frente que podría ponerme a llorar, pero solo tiemblo y, como si las piernas no me sujetaran, me dejo caer sobre él. Mael me estrecha contra su cuerpo y apoya su mejilla contra mi sien. Hace mucho tiempo que no abrazo a nadie, pero no recuerdo un abrazo así, con tanta energía que podría hacer estallar el mundo. El mío, al menos, se rompe en miles de fragmentos que arden con la luz de las estrellas.

Noto las mejillas rojas cuando nos separamos. Mael tiene una sonrisa tímida e intenta sentarse en el suelo con una mueca de dolor. Le sujeto de la muñeca y sacudo la cabeza para impedirselo.

—En la cama estarás más cómodo.

—Estoy bien.

Arqueo una ceja con la barbilla alta y eso basta para que él obedezca de nuevo, aunque me mira, retador, antes de sentarse.

—¿Y dónde vas a comer tú?

—Donde siempre.

—Hazme compañía. La cama es lo bastante grande para que los dos tengamos espacio de sobra.

No encuentro motivos para protestar, así que asiento y, cuando él se acomoda, cojo la bandeja y la coloco a su lado. Trepo y paso por encima de sus piernas para sentarme al otro lado de la bandeja. Recorro su pecho con la mirada, aunque intento centrarme en la piel amoratada.

—¿Puedes pedir caléndula o perejil? Podría ayudar a que sanase antes la herida.

—Parece que quieras cocinarme.

—¡Hablo en serio! En la tribu ayudo a tratar las heridas.

—Se pasará. No te preocupes.

—Si mañana está peor, pide que te traigan esas hierbas —insisto, y él cede de nuevo.

—Les echas mucho de menos, ¿verdad?

Su pregunta se me atraganta y noto los ojos húmedos, así que no respondo. Solo asiento en silencio. Mael apoya su mano sobre la mía. No protesto aunque sé que solo es otra forma de decirme que lo siente.

La lluvia se descarga con más fuerza. Y pienso que, si no fuera por las cadenas y por las miradas de burla o asombro, podría acostumbrarme a esto. A su presencia tranquila pero

emocionante. A su respiración y a su calor. Al sonido de su voz y a la brillante oscuridad de su mirada. Le aprieto la mano sin decir nada. Porque yo también lo siento.

Vuelvo a mi camastro en el suelo cuando regresan para recoger la bandeja. Llevamos un rato sin decir palabra, pero sé que los dos estamos muy despiertos aunque la vigilia no tenga que ver con la oscuridad húmeda de la noche. Le oigo respirar e incluso me parece escuchar el zumbido confuso de sus pensamientos. Se entrelazan con los míos, que vibran con el aletear de las últimas abejas perdidas en el otoño.

—¿Sauce?

—¿Te duele?

—No, estoy bien —responde con una risa contenida—. Solo me preguntaba si dormías.

—Ya sabes que no.

—¿Estás enfadada?

—Sí —suspiro—. Pero no contigo.

Puedo visualizar su sonrisa de lado incluso en la distancia. Inspiro con cautela, a la espera, y casi me temo que no vuelva a hablar. Pero lo hace:

—Pensaba en la leyenda que me contaste.

—¿Era muy fantasiosa para un humano de la corte?

—Es una de las mejores historias que he escuchado en toda mi vida.

—Podría contarte muchas más —ofrezco, incorporándome—. Si no tienes demasiado sueño.

—Estoy desvelado. Pero no te preocupes si quieres dormir.

—Tampoco puedo hacerlo.

Descorro las cortinas. Las nubes apenas dejan intuir la luz blanca y fantasmal de la luna, que se derrama como bruma por el dormitorio. Mael se incorpora y me invita con un brazo a volver al sitio que he ocupado hace un rato. El estómago se me encoge al pasar por encima de sus piernas, pero quiero creer que la oscuridad de la noche oculta cualquier expresión que delate los sentimientos sin nombre que revolotean en mi estómago.

—Se cree que mi padre desciende de una de las mejores guerreras —comienzo a hablar con tono suave, mientras recuerdo a mi madre contándome la historia que había aprendido, con los ojos brillantes y la sonrisa soñadora que ponía cada vez que mencionaba a mi padre—. Es posible que lo que se cuenta de Sol Rojo esté muy exagerado, si es que hay algo de verdad en ello, pero para mi familia es un honor descender de ella.

—Déjame adivinar —murmura Mael, con voz divertida—. Ella sola acabó con un reino humano entero.

—Mejor aún: lo conquistó. Dicen que Sol Rojo fue alfa de la tribu más fuerte y reina de los humanos. Toda la tierra le obedecía y no hubo enemigo capaz de amenazar a los suyos.

—A nosotros no nos ha llegado la historia de ninguna reina loba. De ningún lupino que se quede

a vivir entre los humanos, en realidad.

—Al final ella tampoco lo hizo, pero estuvo largos años en el trono, hasta que sus hijos se hicieron lo bastante mayores para ocupar sus puestos. Tuvo una niña humana, que reinó sobre los hombres, y un hijo lupino, que siguió sus pasos liderando a la manada. Sol Rojo era muy anciana, pero cuentan que sus cabellos nunca perdieron el color ni su voz su fuerza. Nadie la vio morir. Cuando llegó su tiempo echó a correr hacia el horizonte y cuentan que allí se fundió con el atardecer.

Mael guarda silencio y me acomodo, echándome una de las mantas por encima.

—No había escuchado ninguna historia en la que uno de vosotros se quedase en nuestro mundo.

—Suele ser al contrario. Será porque el nuestro es mejor —bromeo para librar el ambiente de la preocupación que emana la voz de Mael—. O porque nos tratáis de tal forma que los que deciden quedarse con vosotros ocultan su naturaleza.

—Pero hay quien lo ha hecho.

—Claro que sí —respondo sorprendida.

—Siempre he escuchado que los lupinos capturados acaban enloqueciendo y muriendo.

—También es cierto. —Me cruzo de brazos como si una corriente de aire frío hubiera entrado en el cuarto—. No es lo mismo elegir quedarse que ser obligado.

—Como te obligamos a ti.

Su voz está impregnada de tanta pena que noto su peso. Y me siento mal por él, en vez de compadecerme de mí misma. Suspiro y me acerco un poco más. El abismo negro y dulce de sus ojos se abre delante de mí y, si fuera un océano, me gustaría bañarme en él. Quiero calmarle, pero no encuentro palabras. Alzo la mano y la apoyo con suavidad en su mejilla. Al menos logro que la más sutil de las sonrisas ilumine esa cara tan blanca como la de la luna.

—Estás cansada.

—Un poco. —No había sido consciente hasta que mi cuerpo se acomodó en esta cama tan blanda y cálida.

Sé que a cada instante que pase aquí me costará más despejarme y recorrer los pasos que me separan de mi lecho. La distancia me parece agotadora. Aun así, alargo un poco más este rato. Ya tendré tiempo y fuerzas para volver a mi cama. Mael coge la manta y me arropa con ella.

—Quédate conmigo.

«Está bien», me rindo. «Un rato más». Pero ni siquiera llego a decirlo en voz alta. Estoy demasiado cansada para oponerme, o para preguntar si habla de esta noche o de toda nuestra vida. Estoy demasiado adormilada para que eso me preocupe. Cierro los ojos y dejo que el sonido calmado de su respiración me meza hasta que el sueño me envuelve.

Capítulo 18

LA LUZ DEL ALBA SE ESFUERZA EN DESPERTARME POR MUCHO QUE YO ME RESISTA A HACERLO. Es un sueño blando y cálido, sin imágenes ni pensamientos, solo esa sensación de estar en calma envuelta de una respiración agradable y de un olor extraño y conocido al mismo tiempo. Más profundo y sólido que el de la madera de los nogales que nos dan sombra en las tardes de verano. Más cálido que el algodón de las mantas que tejen los humanos para cobijarnos los días más duros del invierno.

Suelto el aire en un suspiro que suena a queja cuando el sueño se aparta del todo de mis párpados y solo cuando me resigno a despertarme entiendo que la calidez del sueño es real, como el olor que me envuelve y la suavidad con la que me sujetan entre las mantas.

Reconozco el brazo de Mael, pálido como la luna, que me abraza por la cintura y siento su respiración cuando hincha su pecho que me roza la espalda. La mía se corta. Dormimos juntos: nos hemos entregado al descanso sin darle importancia a que nos volviera completamente vulnerables. Como si confiásemos el uno en el otro. Como si no fuéramos enemigos.

Intento levantarme con el mayor sigilo posible pero el movimiento hace que Mael se remueva y sus párpados tiemblen, antes de abrirse. Tiene los ojos llenos de sueño y una sonrisa se estira perezosamente sobre sus labios. Y por un instante sueño que esta es una mañana normal, que pasamos juntos cada noche sin que en eso haya nada extraño. Que nuestros cuerpos se buscan y se entrelazan por costumbre, y no por accidente. Por un instante yo también quiero sonreír.

Pero lo malo de esos momentos es que son fugaces y la sonrisa de Mael no tarda en desvanecerse. Se aparta con los ojos muy abiertos y una expresión de arrepentimiento o vergüenza.

—Sauce... ¡lo siento!

Aparta el brazo de mi cintura con rapidez, como si fuera a quemarle o resultase contagiosa. Me gustaría que ese gesto no me doliera. Después de todo, no dejo de ser una prisionera, una bestia de otra especie a la que ha amaestrado para que lo defienda. Quedarme dormida ha sido un error. Me incorporo con la misma rapidez con la que él se ha apartado.

—No pasa nada. Ha sido culpa mía. Me quedé dormida. Ya te dejo tranquilo.

Hay tirantez en mi voz y creo que por eso su mano se cierra en torno a mi muñeca. No hace fuerza, el gesto tiene más de ruego que de exigencia, y por eso logra detenerme. Mael siempre

logra desarmarme con suavidad.

—No te estaba echando.

Suelto el aire, despacio. Asiento y me llevo la mano libre al pelo. Soy una persona tranquila, racional, pero últimamente mis sentimientos se descontrolan y me arrastran con violencia de un lado a otro mientras yo trato de entenderlos. Mael tira un poco más de mí, para colocarme frente a él, y me aparta los mechones de pelo que se escapan para cubrirme la cara.

—No soy idiota, Sauce. Y me gustaría no ser más terrible de lo que ya somos contigo. No te permitimos volver con los tuyos, no puedes cambiar de forma y soportas que traten de humillarte cada día. —Su voz suena grave y con pesar. Aprieto con fuerza los labios y bajo la cabeza para no mirarlo, pero él me sujeta con suavidad de la barbilla y empuja para alzármela y que mi mirada se pierda en sus ojos—. No soportaría que te sintieses obligada a hacer aún más cosas para complacerme.

—No me has obligado —reconozco—. Me he quedado dormida y... parecía que te molestase haber dormido con algo como yo.

—Me encantaría haber pasado la noche con *alguien* como tú —me corrige—. Pero solo si tengo la seguridad absoluta de que es lo que tú quieres.

Baja la mano, pero no me aparto de él. El sueño se ha desvanecido completamente. También la tirantez entre ambos. Tomo aire despacio y lo exhalo con un asentimiento que termina en una pequeña sonrisa.

—Lo entiendo.

—¿De verdad? Esto es importante, Sauce, porque tú eres importante. Los dos tenemos un papel que fingir pero cuando estamos aquí, a solas, con las puertas cerradas, no me debes nada. —Se inclina hacia mí, dejándose llevar por la fuerza de las palabras. Su pulso se acelera al hablar, y el mío al sentir el suyo—. Puedes dejar de hablarme, golpear las paredes y burlarte de mí. Puedes ignorarme, o insultarme. Eres libre aunque solo sea aquí dentro. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿De verdad? —El pulgar de la mano que aún me sujeta la muñeca me acaricia la piel.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Puedes hacer lo que quieras.

Antes de que se arrepienta, antes de darme tiempo a pensarlo y contenerme, me inclino hacia él para besarle en la mejilla. Mi gesto hace que se sorprenda y se gire, así que mis labios rozan la comisura de los suyos. El corazón se me acelera tanto que parece querer escapar de mi pecho, y toda esa sangre sube en mi cabeza donde bulle, tan acelerada como mis pensamientos. Contenemos el aire, pero no nos alejamos. Le escucho tragar saliva y me preparo para lo inevitable: que me pida que me aleje y vuelva la vista, avergonzado, hacia otro lado. Pero lo único que pronuncia es mi nombre.

—Sauce...

La forma en la que su aliento se transforma en mi nombre es como una lluvia fina que cae en mi

columna y hace que en mis huesos florezcan millones de plantas. Todo mi cuerpo se llena de pétalos y raíces que se estiran entre la carne, que me llenan de un cosquilleo brillante y con olor a primavera. Que se llevan mis pensamientos, mis miedos y mi sentido común. Quiero quedarme con este sentimiento dentro para siempre, que me devoren las plantas que él hace florecer, que su aliento me pertenezca.

Me inclino hacia él para rozar sus labios con los míos. Para saborear mi nombre. Para besarle de la forma en la que se besan los sueños.

Soy torpe. No tengo mucha experiencia y los nervios me traicionan y me tensan. Mael no responde. Se queda quieto como una estatua de piedra cálida y labios suaves. La vergüenza me trepa por la garganta como una araña de patas fuertes y largas. Pero entonces sus brazos vuelven a envolverme, me abrazan por la cintura y sus labios se mueven contra los míos. Nunca imaginé que una sensación pudiera ser a la vez tan suave y tan fuerte. Tengo la impresión de que no existo, me he convertido en energía y primavera.

Se le escapa un gemido cuando le abrazo con fuerza. La pequeña parte de mí que no está delirando de alegría nota el dolor en su voz, aunque no se haya alejado de mí ni deje de corresponder mis besos. ¡Su herida! Intento apartarme pero él se inclina hacia mí y su cuerpo rodea al mío con más fuerza. Y no soy lo bastante fuerte para resistirme, así que me entrego a ese mar de caricias y electricidad sobre la piel, bajo la piel, dentro y fuera de los huesos. Nuestros labios no siempre encajan y la risa se nos escapa a carcajadas mudas que vibran en el estómago. Pero nos buscamos de nuevo, con una ternura que suple la falta de experiencia. No soy capaz de pensar en nada porque siento todo como si cada uno de mis sentidos se hubiera afinado tanto que me hace perder el juicio. Solo existen nuestros cuerpos que se encuentran, su respiración entre besos, su sabor y esa oscuridad tan dulce que forma parte de su alma y llena la mía.

Solo los pasos que se acercan por el pasillo logran separarme de él. Me mira confundido y sus brazos se resisten a dejarme marchar hasta que escucha los golpes en la puerta. Callo una risa nerviosa, vibrante y estúpidamente feliz mientras me alejo de puntillas para esconderme en la cama que no he ocupado en toda la noche. Mael aprieta los labios para contener una sonrisa. Su piel mantiene la palidez de las estatuas, pero los ojos tienen un brillo delator que no sé si logrará esconder.

—Adelante —ordena tras aclararse la voz.

Siento tantos nervios que estoy convencida de que van a notar lo que ha pasado conforme abran la puerta. Es imposible que nada nos delate: una estrella no puede estallar e iluminar la noche sin que nadie se dé cuenta. Así me siento, como si hubiéramos cambiado el mundo.

Pero la chiquilla entra con la bandeja como si fuera ciega a la magia que impregna el cuarto. Me mira con la curiosidad típica de los niños y deja la comida en la mesa con una inclinación torpe que delata que sus pensamientos están en otra parte. Las dos trenzas en las que recoge su pelo se mecen con sus pasos, y se la da vuelta repentinamente al llegar a la puerta.

—¡Que tengáis un buen día! —le desea únicamente a él, aunque sus ojos vuelvan a mirarme

como si quisiera cerciorarse de que soy real.

Mael asiente. Me pregunto si no habla por miedo a que su voz nos delate. Yo contengo hasta el aire por miedo a lo mismo. La niña sale del cuarto y solo entonces suelto un suspiro y destenso los hombros. Mael se levanta y busca una camisa con la que vestirse. Aparto la vista aunque no quiero hacerlo. Los nervios me cosquillean en las manos, en las tripas y en el corazón. Me pongo en pie con unas piernas que parecen más frágiles que nunca y me coloco el camisón antes de salir a su encuentro, tratando de ignorar que la cara me arde y mis labios me traicionan haciendo que baile en ellos una sonrisa nerviosa.

Mael espera. Me impresiona ver la inseguridad en un guerrero, la emoción a duras penas contenida, la luz que destella en sus ojos negros. Me hace reír, sentirme al mismo tiempo vulnerable y más fuerte de lo que nunca he sido. Y sé que llegarán las nubes de dudas, que nos daremos de bruces contra lo inevitable, que no siempre hay finales felices y nuestra situación no es tan sencilla como me gustaría. No siempre basta con querer a alguien que te quiera. Nuestros pueblos se odian, su hogar es mi jaula y yo misma me he enredado entre las mentiras y las verdades que le he contado. Lo sé, y ahora mismo no me importa. Ojalá nunca vuelva a importarme. Me acerco y él extiende el brazo para acercarme contra su cuerpo y envolverme con él. Me abraza con su calor y mis labios buscan los suyos con tanta naturalidad como si siempre lo hubieran hecho.

Ojalá creer en un destino que quería que nos encontrásemos.

Sonríe cuando nos separamos. Sonreímos los dos, con una felicidad que burbujea y nos ilumina tanto que los dos evitamos darnos cuenta de que no va a durar para siempre. Aparto toda esa realidad insoportable de mis pensamientos y los lleno con él. Solo con él. Es fácil cuando sus labios vuelven a posarse en el puente de la nariz y a llenarme de mariposas, igual que la primera vez que lo hizo.

—¿Desayunamos? —murmura.

Pero no hay comida que nos parezca más apetecible que perdernos en nuestros labios.

Capítulo 19

AUNQUE AGACHE LA CABEZA Y SEA MÁS DISCRETA QUE NUNCA, TENGO LA IMPRESIÓN DE QUE TODOS SABEN LO QUE OCULTAMOS. No se pueden esconder las sensaciones, no es como un olor del que puedas desprenderte con agua y jabón, o una marca que puedas ocultar bajo las otras. Siento que tengo algo brillante encerrado dentro de mi cuerpo, que he despertado una estrella y su luz me atraviesa la piel. Soy incapaz de caminar o moverme como si no hubiera cambiado tanto que llego a sentirme otra persona.

Y, aunque a mí no me conozcan, Mael está distinto. ¿Es posible que no se den cuenta? Sus ojos son luz y sombras, y sus labios se curvan mucho más a menudo de lo habitual para dibujar una sonrisa que trata de ocultar sin mucho éxito. Y, aunque se esfuerce en no mirarme, sé que sus sentidos están fijos en mí, todo el tiempo. La causa está lejos de ser el miedo a que me escape. Y, al pensarlo, me doy cuenta de que es la primera vez que llevo toda la mañana sin planteármelo.

Debería preocuparme pero no lo hago, no tanto como debería. Al menos, no hoy que siento que mi cuerpo está formado por luciérnagas y viento de primavera. Tendré tiempo de preocuparme, de apretar los dientes y tragarme las lágrimas porque todo lo que Mael y yo sentimos es real, pero eso no basta. No duraré demasiado tiempo aquí, como prisionera, aunque haya encontrado algo que tal vez sea el amor dentro de los barrotes. No mentía cuando le dije que algunos licántropos eligen quedarse entre los humanos, pero lo mío nunca ha sido una elección. Y por mucho que hoy sienta que floto y resplandezco, no deja de dolerme la separación con mi tribu. Daría un brazo por volver a abrazar a Guerrero y calmarle, porque sé que se sentirá culpable. O por pasar una tarde entera hablando con Sin Sombra, con los ojos cerrados y la espalda sobre la hierba. O por tranquilizar a mi padre y pedirle perdón, una vez más, por no ser la hija que él esperaba que fuese.

No soy tan ilusa para pensar que unos besos, un abrazo y una explosión descontrolada entre los dos borran el resto de problemas. Por mucho que Mael me vea como una igual, su mirada no me cambia a los ojos de su gente. Sigo siendo una lupina, una salvaje, un animal fiero, aunque sea la más débil de mi especie, domesticado. Puedo imaginarme las risas y burlas a espaldas de Mael si se enteran de lo que ha pasado. Aprieto los puños. Los humanos pueden ser muy despreciables a pesar de creerse superiores. Nosotros acogemos a aquellos que quieren unirse a nuestra tribu hasta que terminan siendo un miembro más de la manada, con tantos derechos como cualquier lupino. Pero a ellos les gusta marcar la diferencia: si somos medio lobos somos medio bestias y

nunca estaremos a su altura. Y yo no voy a cambiar eso.

Cuentan las leyendas que Sol Rojo lo hizo, pero no creo que sean más que eso: leyendas. Cuentos para hacer soñar a los niños y que los mayores aspiremos a ser un poco mejores.

El aire está frío y cargado con la humedad de la lluvia que se descargó durante toda la noche. Huele a musgo y a tierra mojada y, en vez de sentarme en el suelo mientras entrenan, me quedo de pie y apoyo la espalda contra la pared. Me gustaría poder transformarme en lobo para esperar, resultaría mucho más cómodo y sería más fácil ocultar mi expresión cuando los recuerdos de la noche anterior vuelven a mi cabeza.

Me preocupa el golpe de Mael. Aunque no tenga los huesos rotos, le tiene que doler mucho más de lo que quiere reconocer. Pero finge que no pasa nada, aunque con cualquier impacto en el costado tuerce el gesto y ahoga un grito de dolor. Debería parar. Es absurdo que entrene en estas condiciones. Pero estaba tan distraída esta mañana que ni siquiera he pensado en insistir y ahora aprieto las uñas contra la piedra de la pared y trato de no estremecerme a cada golpe que encaja como puede. Dudo de que la mayoría de los chicos que se entrenan con él fueran capaces de aguantar la mitad de dolor sin quejarse. Solo unos pocos lo harían, como Kandra, que tiene el pelo suelto y examina a cada uno de los jóvenes con los brazos cruzados y las piernas separadas en una pose autoritaria.

Su mirada se encuentra con la mía y giro la cabeza para evitarla, con miedo de que sea capaz de leer los recuerdos que se agitan con tanta calidez que aún me colorean las mejillas. Me parece notar aún la presión de los labios de Mael sobre los míos, y tengo que contener una sonrisa y el impulso de llevarme los dedos a la cara como si aún pudiera acariciar sus besos.

Escucho el golpe y frunzo el ceño. Está peleando contra Brent, y el gigante, al contrario que la mayoría de niños, deja de atacar y se acerca a Mael con preocupación genuina en su mirada. Dejo exhalar el aire despacio, algo aliviada. Me alegra descubrir bondad en más humanos de los que esperaba.

Una risa contenida hace que me gire sobresaltada. Estaba tan concentrada en Mael que no he escuchado a Galvan acercarse a mí. Está al lado de una chica de rizados cortos y rubios y del mismo chico que ayer hirió a Mael. Me mira con burla.

—Sí que te ha adiestrado bien. No sabía que tenía talento para domar bestias, con la poca sangre que tiene.

Aprieto los labios. Noto la tensión que congela la sonrisa de los otros dos, y sus ganas de retroceder, pero la osadía de Galvan les anima a quedarse. Quiero exhalar despacio este aire que huele a humo y rabia, tranquilizarme e ignorarle. Pero es difícil cuando Galvan se acerca y acorta la distancia que nos separa.

—¿Te da de comer de su propia mano? ¿Te portas con él como un perrito bueno?

Salto sobre él sin tener tiempo de controlarme. Galvan ni siquiera es capaz de reaccionar. Antes

de que pueda encogerse cae de espaldas al suelo y descargo con más rabia que fuerza un puñetazo en su mejilla. Mi cuerpo intenta transformarse, enloquecido por la rabia, pero la plata del cuello descarga un latigazo de dolor que me hace sentir como si mi columna se partiese en dos. Dejo escapar un aullido que termina en grito. Galvan intenta zafarse de mí y quiero dejar que se marche pero la furia me ciega. El mundo es rojo y sabe a cenizas y ascuas entre las encías. Le clavo las uñas en el cuello hasta que me sujetan por la espalda. Gruño, lanzo mordiscos y pataleo hasta que me inmovilizan con tanta fuerza que no soy capaz de moverme. Suelto el aire, con el cuerpo tan tenso que duele.

—¡Quieta!

Reconozco la voz de Kandra. Por supuesto que es una de las que me sujetan contra el suelo. Posiblemente haya sido la primera en darse cuenta y en llegar al rescate de Galvan. El cuerpo me tiembla. Apoyo la frente contra la arena y resoplo.

—¿Vas a comportarte?

—No me sueltes aún —mascullo con el poco autocontrol que me queda.

Puede que el silencio que sigue a mis palabras sea de sorpresa. No afloja la presión con la que me retuerce la muñeca contra la espalda, pero me da la impresión de que lo hace con menos saña, de que su siguiente orden no suena tan despiadada.

—Respira hondo.

Y lo hago. Sigo sin atreverme a abrir los ojos y ojalá pudiera dejar de escuchar el silencio sobre las decenas de corazones acelerados. O no tuviera que oler la adrenalina en todas las respiraciones que nos rodean. No quiero tener que enfrentarme a las miradas que me apuñalan, en especial a la de Mael.

No quiero volver a ver a Galvan, por si acaso vuelvo a perder el control en su presencia.

—¿Puedes levantarte sin volverte loca?

—¿Sigue aquí? —Mi voz vibra con tanta rabia que se deforma. No hace falta que diga su nombre. Kandra no es ninguna estúpida y nunca he creído que lo fuera.

—Márchate.

—Pero... yo solo... —Me basta escucharle para que los hombros se me tensen de nuevo como la cuerda de un arco y sienta un gruñido que se abre paso a zarpazos desde mi pecho hacia la garganta.

—¡Que te marches! —ordena Kandra con la voz autoritaria de una auténtica alfa.

—Sí. A sus órdenes.

Los pasos se alejan y sigo respirando hondo para asegurarme de que recupero el control poco a poco. Kandra me da unos minutos. La presión de sus manos se afloja. Aunque no me suelta. Ya imaginaba que no iba a hacerlo.

—Ponte en pie.

Me sujetan de los antebrazos y me empujan hacia arriba para que lo haga. No opongo resistencia. Inspiro, expiro, no pienso en el odio ni en la vergüenza. Ni en la humillación que

rezumaban sus labios ni en los filos de plata de las armas desenvainadas. No pienso en la libertad que se ha roto. Me empujan y echo a andar sabiendo de sobra que vuelvo a las mazmorras.

—Kandra, ¡no!

Aprieto los dientes. Ojalá Mael no me intentara defender. Tiene que saber que es inútil, no tiene por qué perder la credibilidad de su gente. Me esfuerzo en no mirarle y me dejo llevar aunque él proteste.

—Acaba de atacar a uno de nuestros hombres. —La advertencia de la capitana es clara y controlada.

—Me gustaría saber qué es lo que ha provocado eso.

—Y a mí también, pero mi deber es velar por mi gente. Si no puede controlarse no puede estar suelta.

—No es justo. —Aprieto los dientes. «No lo digas. Déjalo estar». Pero no tengo forma de que escuche mis pensamientos—. No podemos encerrarla sin saber quién tiene la culpa.

—No es una de las nuestras —espeta Kandra—. Averiguaremos lo que ha pasado, pero sin poner en riesgo a nadie más.

Sé que Mael quiere insistir así que alzo la barbilla para encontrarme con la suya. Sacudo tan levemente la cabeza que casi es imperceptible, pero mi mirada es fiera y no da lugar a dudas. «No insistas. No empeores las cosas».

Y Mael deja caer los hombros con aspecto derrotado y se calla.

Bajo la barbilla y vacío la mente. No pienso en otra cosa más que en tomar el aire despacio y soltarlo con la misma lentitud, en saborear la humedad de la lluvia y del aire libre del que sé que volverán a privarme y no sé durante cuánto tiempo.

Juraría que Kandra me mira con cierta pena cuando cierra la puerta de la celda demasiado conocida. El infierno de esta jaula tan pequeña se hace más sólido, como si al volver aquí afloraran con más fuerza todos los recuerdos. Quiero gritar, aullar hasta desgarrarme la garganta, pero solo me siento cerca de la pared y apoyo la frente en las rodillas. Es más fácil contener las lágrimas con los ojos bien cerrados. Kandra aún no se marcha. Me gustaría creer que su presencia es un consuelo. La ignoro y ella suspira, despacio.

Y se marcha sin encontrar palabras. Supongo que no las hay, en ninguna lengua. Espero hasta que sus pasos se pierden para dejar escapar los sollozos y desmoronarme despacio, como la lluvia que, fuera, vuelve a dejarse caer con más fuerza y tanta tristeza como la que me desgarga desde dentro.

Capítulo 20

NO ES ALANNA QUIEN ME TRAE LA CENA. TAMPOCO GALVAN, Y ESO ES SUFICIENTE PARA QUE NO ESTALLE DE NUEVO. Tampoco reacciono. Sigo quieta, abrazada a mis piernas y con la mirada ausente. Cada vez que pienso en lo fácil que ha sido perder esa escasa libertad que había conseguido, después de lo difícil que había sido ganármela, tengo ganas de golpearme la cabeza contra la pared o lanzar aullidos hasta quedarme sin voz.

No toco la comida, ni siquiera cuando vuelvo a quedarme a solas y la noche extiende sus manos de largos dedos fríos para acariciarme la espalda. Tendría que haber sido capaz de contenerme. No creo que Kandra se arriesgue a dejarme suelta de nuevo, al menos no en mucho tiempo, no importa cuánto insista Mael. Y, si es listo, no debería hacerlo.

¿Cuánto voy a tardar en perder el juicio? Antes tenía esperanza de ir ganándomelos poco a poco. Ahora he roto esa esperanza y no importa que Galvan me insultara: yo soy el enemigo, el monstruo, la criatura salvaje que puede volver a perder el control en cualquier otro momento. No creo que vuelvan a dejarme escapar.

Mael no viene a verme esta noche. No me sorprende, aunque me duela. Presiono el pulgar contra mis labios. Parece que hace lunas desde que nos besamos de forma tan torpe, tan inocente y alegre, como si pudiéramos albergar esperanza. Siento que han pasado estaciones enteras desde que me tumbé a su lado, y desperté con su brazo alrededor de mi cintura. Si hubiera sabido que solo íbamos a tener esa mañana para abrazarnos lo hubiera hecho con más fuerzas, le hubiera rogado que llegáramos tarde al entrenamiento. Hubiera acariciado su cara para que mis dedos recordaran por siempre cada uno de sus rasgos.

Tampoco creo que él sea capaz de conciliar el sueño. ¿Por qué no viene? A lo mejor sabe que hay guardias por los pasillos, que es la noche en la que más puede perder por venir a verme: la credibilidad de los hombres, el frágil respeto de su padre. Y lo entiendo. Quiero ser capaz de alegrarme porque actúe de forma tan sensata. Pero mi corazón se ha vuelto egoísta y no soy capaz de hacerlo. Porque esta noche le necesito más que nunca.

El tiempo se arrastra despacio y cruel. La sensación que deja en el cuerpo es la de rozar heridas con arena seca y fina. Lloro a ratos. Ahogo la rabia en otros. A veces, hago ambas cosas con la frente apretada con fuerza sobre las palmas de las manos. No quiero buscar la luz de la

luna, ni pensar en cómo recomponerme. Quiero ahogarme entre mis propias lágrimas de rabia y dejar que todo acabe, y ojalá lo hiciera rápido, con un golpe seco en la nuca. Que el mundo se oscurezca en un parpadeo y no tener que volver a abrir nunca los ojos.

Mis sentidos se agudizan contra mi voluntad. Pasos ligeros, la respiración agitada, el tintineo del metal... Por mucho que quiera encerrarme en mi propia miseria e ignorar al mundo termino ladeando la cabeza para olfatear el aire. Lino, jabón, y ese aroma ligero y dorado que desprende la piel de Alanna. Mis uñas recorren la tela del vestido mientras espero verla aparecer.

Llega envuelta en sombras. Tiene el pelo suelto, sin ninguna de las trenzas que suelen entremezclarse en su cabello rubio. Va descalza y sin armadura, solo lleva un pantalón de tela ligera y una camisa larga y blanca. Aferra con tantas fuerzas una cajita metálica que tiene los dedos blancos. Se lleva un dedo a los labios al verme y se acerca a la puerta con el corazón tan acelerado que no tengo problemas para escucharlo. El sudor que perla su frente huele a miedo.

Me pongo en pie y me acerco despacio, curiosa. Alanna abre la caja y me estiro para ver lo que hay dentro. Se trata de algo que parecen agujas de metal, aunque no estén afiladas y tengan distintas formas y tamaños. Una de ellas destaca entre las demás, con aspecto mucho más rudimentario y tosco. La chica se inclina hasta que sus ojos quedan a la altura de la cerradura y suelta el aliento despacio, entrelaza los dedos y los hace crujir. Con una expresión tan concentrada que incluso pierde el miedo, coge dos de las agujas y las introduce en la cerradura.

Quiero preguntarle qué está haciendo, pero es bastante obvio y su expresión está tan concentrada que no me atrevo a hablar ni a moverme. Permanecemos un rato en silencio. Yo, muy quieta y con decenas de preguntas removiéndose como peces escurridizos en el río de mis pensamientos. Alanna, concentrada en la cerradura y moviendo con agilidad los dedos, como si fuera una de las brujas que, según las leyendas, habitan en la tierra. Aunque no hay magia entre sus manos, solo metal y engranaje, pero el chasquido que logra hacer sonar tiene el eco de los milagros.

—Ya está —suspira, y con una sonrisa de triunfo empuja la puerta de metal que se abre sin ninguna resistencia.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Quieres seguir encerrada una buena temporada?

—No —contesto—. Claro que no, pero...

—Pues no podemos perder tiempo. —Coge la ganzúa más tosca y la introduce en la cerradura. La empuja hasta doblarla un poco y la deja allí—. Así podrán creer que has sido tú la que te has escapado, sin ayuda de nadie. ¡Vamos!

La sigo. Nos movemos despacio, en el mayor de los silencios y con el oído puesto en cada mínimo ruido.

—Puedo acompañarte hasta la zona de servicio, pero no dentro. Si me ven contigo...

—Lo entiendo.

—Habrá gente. Tendrás que ser rápida. No esperan que aparezcas y supongo que les das miedo,

pero esa es toda la ventaja que tienes. Aprovéchala —murmura con voz acelerada al tiempo que caminamos al resguardo de las sombras, pegadas a las paredes de piedra—. Me gustaría asegurarte que va a ser sencillo.

Pero sería mentirme, las dos lo sabemos. Llegamos al patio. Hay voces, y nos agazapamos en las sombras mientras que los pasos se alejan hablando, despreocupadamente, en dirección contraria. Intercambiamos una mirada y Alanna asiente. Soy consciente de todo lo que está haciendo por mí. Si nos atrapan yo volveré a la celda, y a ella la juzgarán por traidora. Por eso el corazón late con tanta fuerza que siento que se me va escapar por la garganta cuando cruzamos el patio corriendo para alcanzar otro corredor en sombras. Al menos este parece vacío, aunque el miedo no nos abandone al recorrerlo. La electricidad de las tormentas zigzaguea sobre nuestra piel.

—Es ahí, esa puerta.

Olisqueo el aire. Huele a carne salada, a especias, a harina y a vino. También a humanos a los que escucho trabajar en silencio. Los cocineros se levantan mucho antes que el sol, y si solo me encuentro con ellos seré muy afortunada.

—Gracias, Alanna. Ojalá algún día pueda devolverte este favor.

—Buena suerte, Sauce. Es raro decir que ojalá no volvamos a vernos.

—Sí —esbozo una sonrisa triste y pesada, como plomo en los labios—. ¿Le explicarás esto a Mael?

—También ha sido idea suya. De los dos.

—Despídeme de él. Dile que...

¿Qué? No encuentro palabras que pueda decirle y que no se queden cortas para expresar lo que siento. ¿Que no me olvide? ¿Que así termina todo? Los ojos me pican y aprieto con fuerza los labios. Alanna me abraza de improviso y me hace dar un respingo, pero respondo al instante, devolviéndole el gesto con menos fuerza pero el mismo cariño.

—Él también te quiere —susurra al oído.

El estómago se me encoge y un par de lágrimas se me escapan. Me las limpio en cuanto nos separamos, pero Alanna finge no verlas. Hace tiempo que no conocía a una persona tan buena, tan dispuesta a enfrentarse a sus miedos por aquello que cree justo. También voy a echarla en falta a ella.

Después de una última mirada, se marcha. Le doy un tiempo de ventaja, para que esté lejos cuando abra la puerta y provoque el escándalo que sé que ocurrirá. Espero que nunca la relacionen con mi huida. Ni a ella, ni a Mael. Al pensar en él aprieto los dientes. Alanna me ha dicho con confianza que él también me quiere, como si fuera una verdad tan evidente como que los días se alargan cuando llega el verano y que el calor de las llamas cosquillea en la piel. Si nos queremos y nos han bastado tan pocos días para descubrirlo, el destino de no volver a vernos me parece aún más despiadado.

Pero debo huir, o al menos intentarlo. Ya lloraré más tarde, cuando esté con mi tribu y me

rodeen aquellos que amo. Cuando acaricie a solas los recuerdos para no dejar que se desvanezcan. Ahora tengo que estar concentrada y escapar. Todo sería más fácil sin esta estúpida cadena que me aprisiona en mi forma humana.

Apoyo la mano en la puerta e inspiro una última vez. La adrenalina se dispara desde los pulmones y recorre mi cuerpo tensando cada uno de los músculos. A una señal invisible, empujo la puerta con violencia y me adentro en la cocina corriendo.

Hay cinco, seis humanos que se paralizan al verme. Una mujer de largas trenzas negras tiene las manos en la masa, harina en las mejillas y unos enormes ojos que se clavan con pánico en mí. Dos soldados han enmudecido, y aprovecho los segundos de ventaja que me da la sorpresa para travesar la cocina corriendo hacia el corredor al lado de la despensa. Corro con todas mis fuerza y alcanzo una ventana que da hacia fuera al tiempo que les escucho ponerse en marcha y en el castillo resuenan los gritos de alerta. La caída no es muy grande y puedo arriesgarme a lanzarme al suelo. Tengo más oportunidades que a perderme buscando otra forma de salir.

La tela del vestido se rasga cuando me subo encima. No importa. Salto al otro lado y me preparo para caer. El impacto contra el suelo es duro, pero no demasiado doloroso. Las piernas se doblan y me dejan caer al suelo para protegerse del golpe.

—¡Allí! —Escucho desde la ventana.

—¡Tras ella!

Me pongo en pie con un resoplido y echo a correr hacia el bosque con todas mis fuerzas. Si no fuera por el estúpido collar, podría transformarme y ser más veloz que ninguno de sus caballos, pero no puedo hacerlo y cada instante cuenta. Los pulmones me arden cuando llego a los primeros árboles, pero no me detengo. Tampoco cuando escucho una vibración en el aire y una flecha se pierde entre las ramas, un poco más arriba que mi cabeza. Fuerzo las piernas por la tierra irregular que cada vez se llena más de piedras y raíces que intentan ponerme la zancadilla, pero también de árboles que me ocultan y me protegen de las flechas. Siento un dolor lacerante en el estómago, bajo los pulmones, y el sabor agrio de la bilis entre las encías, pero sigo corriendo con todas mis fuerzas.

Lejos, en el horizonte que se esconde entre las copas de los árboles, el amanecer pinta luz y esperanza sobre la noche más oscura.

Capítulo 21

Cuarto menguante

SIGO CORRIENDO AUNQUE LAS PIERNAS ME ARDAN Y EL CANSANCIO LAS VUELVA TAN RÍGIDAS QUE MIS MÚSCULOS PARECEN MADERA SECA QUE RECHINA Y SE RESISTE A CUALQUIER MOVIMIENTO. El bosque se bebe el sonido de mis pies golpeteando el barro del suelo y el de mis jadeos. Pero mis sentidos son lo suficientemente agudos para seguir escuchando a los hombres que me persiguen. Los humanos nunca han sido silenciosos, y menos aún cuando corren en manada. Sus botas pisan ramas secas y sus voces zigzaguean entre los árboles. Aprovecho cada una de las ventajas que me tienden para seguir corriendo y cambiar de dirección para evitarlos.

La luz de la mañana atraviesa el cielo, herida por las ramas de los árboles. Desearía haber dormido algo durante la noche, pero de momento la adrenalina se encarga de mantenerme bien despierta. Soy incapaz de seguir corriendo y aprovecho la ventaja para apoyar la mano en la corteza húmeda y recubierta de musgo de un árbol. Me paso la lengua por los labios secos y descubro una herida abierta que no recuerdo haberme hecho. Tal vez fuera con una rama, o con mis propios dientes. El flato me atraviesa sin piedad el vientre como si fuera una lanza de plata al rojo vivo, y cojo aire tan atropelladamente que termino tosiendo y escupiendo saliva seca y con sabor a polvo.

Cierro los ojos y me doy un instante. El tiempo justo para pasarme la manga del vestido por la frente y limpiarme el sudor que empieza a quedarse frío. Echo a correr de nuevo, con un trote más suave pero constante.

No puedo detenerme. Mi vida depende de ello. Así que me fuerzo a seguir corriendo aunque sea a un ritmo más bajo, a avanzar incluso cuando no tengo fuerzas para levantar las rodillas y solo puedo caminar a zancadas que arrastran las hojas caídas al suelo. Tengo la boca pastosa y seca, y la lengua parece de trapo. Maldigo de nuevo el collar que me impide cambiar de forma, pero no pierdo energías lamentándome y echo a correr de nuevo. Al menos, el agotamiento es tan fuerte que, de momento, no me deja espacio para echar de menos a Mael ni para pensar que nunca más volveré a verle, ni a escucharle decir mi nombre. Ni a besarle de forma torpe y con la risa desbordando la comisura de los labios. Resoplo y sigo adelante. Todo eso queda atrás, pero aún

puedo ser libre.

Y voy a lograrlo.

Me detengo tan solo cuando encuentro un arroyo de agua fría y juguetona en el que me dejo caer sin importarme que el vestido se moje o las manos se llenen de barro. De todas formas ya ni siquiera parece un vestido, se ha convertido en un harapo sucio y de tela desgarrada y húmeda por el sudor que hace que se pegue a mi cuerpo.

Me inclino para posar mis labios en el río que me salpica las mejillas y me lame la barbilla. Me tengo que esforzar en no tragar demasiado rápido las bocanadas de agua. Está tan fría y mi cuerpo tan agotado que siento que me atraviesa la garganta en llamas la hoja afilada de una espada de hielo. Alzo la cabeza y me quedo de rodillas en el arroyo. Respiro pesadamente temblando de frío y cansancio mientras me recupero. No puedo relajarme, pero creo que les he sacado algo de ventaja. Reconozco este sitio, estoy más cerca de mi tribu. En unas horas, si logro mantener el ritmo, podría llegar a estar de vuelta entre los míos.

Bebo un poco más, con más calma, y me limpio el rostro y los brazos de sudor y barro. Me paso las yemas mojadas de los dedos entre el pelo enmarañado, tratando de poner orden, y atrapo un par de insectos y hojas enredadas en mis cabellos. Me sacudo las manos y las paso por el río antes de obligarme a ponerme en pie y emprender la marcha de nuevo.

Me duelen las plantas de los pies. Estoy acostumbrada a caminar y correr descalza, pero nunca he corrido tantas millas en forma humana. Los guijarros que se asoman entre la tierra como dientes de niño que se abren paso en la carne tierna de las encías me mordisquean con tanta insistencia que siento calambres de dolor que trepan por mis piernas. La espalda me pesa, y camino más que corro, hacia la tribu que en vez de estar más cerca parece más lejana a cada paso.

Al menos, he puesto la distancia suficiente para evitar que me alcancen. Me aferro a ese pensamiento mientras arrastro mis pasos por el bosque. El cansancio se hace más sólido ahora que el frío del agua y el descanso se extiende como escarcha por mi piel. Escucho un movimiento entre los arbustos, y mis sentidos gritan que me quede quieta. Aunque posiblemente lo que sea que me acecha me haya escuchado de sobra: con la respiración jadeante y los pasos torpes. Me encojo buscando con la mirada entre las sombras de las ramas hasta que un gruñido bajo me hace girarme, alerta, aunque no parezca un sonido amenazante.

Primero distingo los ojos rojos como la sangre, que destacan entre el pelaje blanco. Las orejas de Sin Sombra apuntan al cielo. Mi amiga se acerca cautelosa, como si no pudiera creer que soy yo, y le dedico una sonrisa tan grande que me abre de nuevo las heridas de mis labios.

—¿Me has echado de menos?

No me echo atrás cuando el lobo se lanza hacia mí. Le confiaría mi vida sin pestañear. Solo abro los brazos y dejo escapar una risa corta y con sabor a sangre. Sin Sombra cambia en los pasos que nos separan y cuando cae sobre mí es la chica de piel rosada y pelo blanco con la que

he compartido la vida entera. No tengo fuerzas para sostenernos así que caigo al suelo y no me importa clavarme las raíces de un árbol entre los hombros ni que las rocas me arañen el costado. Río y sollozo, y la abrazo con todas mis fuerzas, que no son demasiadas. Sin Sombra se aparta para examinarme, con alegría e ira en los ojos. Es una combinación extraña, pero no me importa. Estoy tan contenta de volver a verla que creo que sigo con una estúpida sonrisa que ocupa toda mi cara.

—¿Qué te han hecho?

—No se han portado muy mal. —Me incorporo, y ella me da algo de distancia. Me hubiera gustado disfrutar más tiempo de nuestro reencuentro sin hablar de todo esto, pero mi amiga siempre ha tenido mente de guerrera—. He estado encerrada la mayor parte del tiempo, claro, pero me daban de comer dos veces al día.

—¿Te han hecho daño? —Su mirada se clava en la cadena de mi cuello.

—No. No me han torturado, ni me han maltratado.

Sin Sombra arruga ligeramente la nariz. Me molesta ver que mi amiga duda de mis palabras, o lo haría si no estuviera tan aliviada de haberla encontrado. Pone una mueca al sujetar la cadena de plata que me mantiene prisionera en la forma humana.

—Vamos a quitarte esto.

—Te vas a hacer daño si lo intentas. Vamos con la tribu, ellos podrán.

—No quiero caminar tan lenta como las tortugas —protesta con esa voz tan seria que tardo un poco en entender que bromea.

Dejo escapar la risa y la abrazo de nuevo. Ella me acaricia el pelo. Puedo sentir su alivio, aunque no lo exprese con palabras. Siempre se le han dado peor que yo, desde que éramos pequeñas y se sentía más cómoda correteando en forma lupina. Se inclina para apoyar su frente contra la mía y sonrío, con los ojos cerrados. Por primera vez me siento lejos de la cárcel, de los barrotes, de esa sensación de ser una prisionera.

Sin Sombra se levanta primero y me ofrece su mano para ayudarme a hacer lo mismo. Cojeo un poco, pero no porque esté herida. Tengo las piernas rígidas de cansancio y los hombros me pesan tanto que me inclino hacia adelante para caminar. Mi amiga hace que pase un brazo sobre sus hombros y me apoye en ella para caminar. Dejo escapar una risa entre dientes.

—No estoy herida.

—No quiero que te caigas de bruces contra el suelo.

Quiero burlarme, pero no tengo fuerzas ni siquiera para pensar en algo ocurrente. No importa. El silencio nunca ha sido molesto entre nosotras.

No tengo fuerzas para que el corazón se me acelere cuando nos acercamos a la tribu, pero sí que me late con más peso, con más calor, y hace que la piel se me erice cuando distingo algo tan absurdo como la cuerda en la que secamos la ropa, tensa entre dos árboles al lado del río. La

visión se me nubla por las lágrimas cuando nos llegan las voces de los cachorros que juegan entre las tiendas, mezcladas con la voz de la manada. Una exclamación de sorpresa al vernos hace que todos se fijen en nosotras.

—¿Sauce?

—¿La has rescatado?

—¡Ha vuelto!

En un instante, todo el pueblo se alborota y se revoluciona. Distingo a mi padre, que guarda las formas y se acerca despacio, pero la emoción brilla en su rostro y estoy a punto de romper a llorar al verle. Alguien se acerca corriendo y tengo el tiempo justo de girarme y prepararme para resistir el embiste de mi hermano. Demasiado fuerte, pero no me importa. Rompe a llorar como un crío y hundo la frente en su pelo acariciándole con cariño.

—Lo siento. ¡Lo siento mucho!

—Está bien —murmuro mientras le doy besos en el pelo—. Estoy bien. He vuelto a casa.

—¿Cómo lo habéis hecho? —pregunta Piel de Plata.

Todos miran a Sin Sombra. Me sabe amargo que toda mi tribu dé por hecho que necesito ser rescatada. Que es más posible que ella entre en una fortaleza y salga conmigo a que sea yo quien consiga escabullirse. Pero mi padre se acerca y me olvido de todo lo demás. Pone una mano en mi hombro y yo le abrazo. No parece molesto ni por la poca dignidad del gesto ni porque esté sucia del viaje. Me abraza y me acaricia la espalda. Hace tanto tiempo que no compartimos un gesto así que cierro con fuerza los párpados para reprimir otra vez las ganas de llorar. Su mano se detiene en el collar de mi cuello y frunce el ceño.

—Vamos a quitarte esto antes que nada. Luego nos contaréis cómo has llegado y todo lo que ha pasado.

Apoya la mano en mi hombro y me da un apretón antes de que Paso Nevado me agarre del brazo y de un tirón me haga agacharme para examinar bien el collar.

—Es resistente, pero nada que unas buenas tenazas, esfuerzo y paciencia no puedan solucionar. Ven, Niall tiene varias herramientas en su tienda.

Me dejo llevar, abrumada por la cantidad de palabras de ánimo, gestos de cariño y saludos de mi gente, que me rodea. Ni siquiera estoy segura de poder responder a todos. Por suerte, Paso Nevado me sujeta con más fuerza y me arrastra con ella.

Estoy en casa. Estoy a salvo.

La adrenalina que me ha mantenido en marcha se desvanece y el agotamiento me golpea con tanta fuerza que siento que en cualquier momento voy a caer de bruces contra el suelo y dormir hasta que pase toda la primavera. Paso Nevado parece leerme la mente porque se ríe entre dientes y tironea de mí con más insistencia.

—Un esfuerzo más y dejaré que descanses. Te doy mi palabra de que no dejaré que empiecen con todas esas preguntas hasta que no hayas descansado como mereces.

—Gracias —suspiro y le aprieto el brazo. Ella me devuelve el gesto.

—Me alegro de que hayas vuelto a casa, niña.

—Yo también.

Aunque hay una parte de mí, una parte estúpida, pequeña y sin importancia, que se pregunta si Mael me echa de menos. Si piensa en mí, o si, en el fondo, desea que vuelva.

Capítulo 22

ME DESPIERTO DESORIENTADA DE UN SUEÑO DENSO Y NEGRO SIN IMÁGENES. Noto el cuerpo pesado y me incorporo con movimientos torpes y adormilados. El cuerpo se me tensa hasta que reconozco mi tienda. La tela huele a piel, a humo de la hoguera, a mi hermano y a mi padre. Los hombros se me relajan y una pequeña sonrisa se abre camino en mis labios. Logré regresar, lo hice de verdad. Dejé atrás el castillo, la prisión, la estúpida cadena...

Y a Mael. La sonrisa se vuelve amarga. Ni siquiera pude despedirme de él. Me gustaría haberle podido decir que al principio solo quería escapar, pero que ninguno de los besos que le di eran falsos. Nada de lo que siento es fingido, aunque al principio lo creyera. Le echo de menos, con tanta fuerza que su ausencia logra enturbiar un momento que debería ser pura felicidad. Me paso el índice por el puente de la nariz con los ojos cerrados. Casi puedo sentir aún sus labios. No quiero dejar de hacerlo.

Suelto un suspiro y me pongo en pie. Escucho las voces de mi tribu que se reúnen para cenar juntos en torno a la hoguera, y solo con pensarlo las tripas me gruñen con fuerza. Tengo tanta hambre que la boca me saliva al pensar en la carne de una presa fresca poco hecha, tan solo tostada al fuego crepitante de la hoguera. Me muerdo el labio inferior y salgo de la tienda.

Inevitablemente, al hacerlo, atraigo la atención de toda la tribu.

No me molesta, aunque me agobia un poco responder a cada palabra, cada abrazo, cada gesto. Aseguro que estoy bien, que no me han hecho daño.

—Solamente tengo tanta hambre que podría devorar un ciervo —me río.

Me abrazan de nuevo, con más fuerza que antes, y sonrío al ver a Guerrero con la cara escondida en mi hombro. Le acaricio el pelo y el resto nos da algo de distancia para respetar este momento.

—Yo...

—Si se te ocurre volver a pedirme perdón te pienso arrancar la oreja de un mordisco —le amenazo. Él se ríe entre dientes y se separa para mirarme.

—¿De verdad que no estás enfadada?

—Claro que no. A no ser que pienses volver a hacerlo.

—No. Nunca más hasta que sea parte del grupo —responde con tanta seriedad en ese rostro de niño que me queda claro que nuestro padre le ha regañado bastante. Le acaricio la mejilla.

—Y serás el mejor de los guerreros, ya verás. Lo llevas en el nombre y en la sangre.

Y en el signo de su nacimiento, como nuestro padre o Sombra Blanca. Como la reina de las leyendas en las que me gustaría creer.

Nos acercamos juntos a la hoguera que crece y baila sobre la madera seca. Sin Sombra sale de su tienda y se coloca junto a mí, en el lado libre. Nos sentamos juntos frente al fuego y por un instante parece que nada de lo que he vivido ha pasado. Que nunca he estado en un castillo, y que estas semanas han sido solo un mal sueño.

Pero Mael no aparecería en ninguna pesadilla.

Las conversaciones giran a mi alrededor. No estoy acostumbrada a esto y siento que mis respuestas son torpes y mis sonrisas, forzadas. Al menos la presencia calmada de Sin Sombra me tranquiliza. Mis tripas se retuercen de impaciencia con el olor de la carne asada hasta que por fin empezamos a repartirla y puedo guardar silencio para centrarme en la comida. Guerrero se ríe:

—Parece que no has comido en años.

Sin Sombra le lanza una mirada que no es necesaria porque mi hermano parece darse cuenta de sus propias palabras al escucharse y baja la cabeza poniéndose rojo. La preocupación vuelve a su rostro.

—¿Te hicieron pasar mucha hambre?

—No a propósito —le tranquilizo—. Los humanos comen muy poco si les comparamos con nosotros. Pero se esforzaban en alimentarme.

Le doy un empujón en el hombro que logra avivar su sonrisa, y tarda poco en contarme lo que ha pasado estos días, incluyendo la forma en la que su amiga Huellas Negras se chocó contra el tronco de un árbol al tratar de atrapar una liebre. Su risa chisporrotea como las ascuas entre sus dientes. Me parece tan cálida como las llamas que crecen y bailan, dibujando luz y sombras en nuestros rostros. Echaba tanto de menos tener un momento así que casi no soy capaz de creérmelo. Espero que todo se difumine y encontrarme de nuevo en la celda, con los barrotos de plata cerrados como los dientes afilados de la mandíbula de un monstruo.

Pero cuando la comida se termina las conversaciones se acallan y la atención vuelve a centrarse en mí y en mi padre, que se pone en pie y me invita a hacer lo mismo. Sin Sombra me palmea el muslo para transmitirme fuerza. Cuando mi padre habla, lo hace con voz lo bastante fuerte para que todos puedan escucharnos.

—Nos alegra a todos tenerte de vuelta, y a mí más que a nadie. No hubiésemos descansado hasta rescatarte, lo sabes, ¿verdad?

Asiento, y dirijo una sonrisa a toda la tribu. Sé que ninguno de ellos se hubiera quedado de brazos cruzados si hubiera tenido otra opción. Mi padre deja que se extienda un murmullo de asentimiento antes de volver a alzar la voz.

—¿Puedes contarnos tu testimonio? Necesitamos que nos hables de todo lo que ha pasado para saber cómo reaccionar.

Me muerdo el labio inferior mientras pienso en qué palabras elegir. Todo empezó junto al río,

cuando espiaba al grupo de humanos que se reía en ese momento libre de preocupación. Cuando no parecían más que un grupo desconocido y yo no podía sospechar que sus nombres, sus gestos y sus voces se volverían familiares. Todo empezó con la mirada oscura de Mael, sus dedos sobre la cuerda del arco, su cuello pálido, con tanta tensión como en sus labios. Su gesto al darse la vuelta para dejarme marchar. Pero, por supuesto, no puedo hablar de eso.

—Esa mañana me di cuenta de que Guerrero no estaba —comienzo. Mi hermano hunde la cabeza entre los hombros y me gustaría pedirle perdón por volver a hacerle sentir culpable—. Le conozco, y sé las ganas que tiene de unirse a los guerreros, así que me asustó que no le hubiéramos explicado bien el peligro y corrí tras él siguiendo su rastro.

Todos me escuchan, y son pacientes cuando hago una pausa como si me esforzara en recordar algo. Lo que no pueden saber es que lo hago para ocultar algunas partes de la historia. Cuento que me gané la simpatía de Alanna y Mael, pero no hablo de las estrellas que borboteaban en su mirada, ni del calor que burbujeaba en mi estómago cuando apoyó su mano sobre la mía, ni de la suavidad torpe y dulce de sus labios. Les cuento que fue Alanna quien me ayudó a escapar, pero guardo en mi corazón sus últimas palabras. «Él también te quiere». Oculto todo eso como si lo más real que nunca he vivido no hubiera existido. La historia queda gris, dura y aburrida, pero no veo duda en sus gestos ni nadie alza la voz con ánimo de cuestionarme.

—No han sido terribles. Creo que actuaban por miedo. Han sido atacados por otros licántropos en el pasado y sabemos bien que algunas tribus son muy agresivas.

Noto la boca seca después de hablar durante tanto tiempo. Sin Sombra me hace un sitio para que vuelva a su lado. Me siento en el suelo, aliviada de dejar de ser el centro de todas las miradas. Es ahora mi padre quien ocupa toda la atención, y la hoguera arranca un brillo de expectación en los ojos de los miembros de la tribu. Sobre su cabeza, la luna dibuja un cuchillo cada vez más afilado en el cielo y un escalofrío baja por mi columna. Parece un mal augurio así que intento no mirarlo.

—Los hombres se han atrevido a capturar vivo a uno de nosotros. Iba a ser Guerrero, al final eligieron a Sauce, y si no hubiera sido ella podría haber sido cualquier otro. Saben modelar la plata y convertirla en armas, y después de esto seguro que se sienten confiados para hacerlo de nuevo. Para hacernos daño. Son peligrosos.

La inquietud recorre mis tripas y me cierra la garganta. Los murmullos cobran la aspereza del humo y el olor del metal y la guerra. Mis dedos se crispan sobre la arena.

—Debemos atacar ahora que no lo esperan. Destrozar sus casas, hacer arder sus cultivos. Debilitarles para que no puedan dedicar tiempo a darnos caza, y para enseñarles a temernos de nuevo.

—Padre... —jadeo, pero la voz se me queda atrapada en la garganta y Sin Sombra es la única que da muestras de haberme escuchado, y ladea hacia mí la cabeza.

—Mañana, a la caída de la noche, les atacaremos. No tenemos tiempo que perder. Sé que ninguno disfruta haciendo daño, pero esta vez debemos ser duros. Este ataque es nuestra defensa.

Las primeras voces se elevan en gritos de aprobación y cánticos de guerra, que se entrelazan con el crepitar del fuego y los aullidos de los lobos. Guerrero une su voz a la del resto, y el llamear del fuego en sus ojos me asusta. Me pongo en pie.

—Padre, no, es un error. Ellos también quieren defenderse. No tratan de hacernos daño.

—Sauce, no entiendes de guerra.

—¿Por haber nacido en una estúpida noche sin luna? —Aprieto los puños—. He estado allí. ¡Los conozco! Esto es un error.

Los cánticos se elevan. Escucho el pulso de un tambor que se une a las melodías de guerra, y los guerreros empiezan a bailar cerca de las llamas. Los que están cerca fijan su atención en nosotros. Puede que sea su hija, pero estoy llevando la contraria al líder delante de la manada. Mi padre echa atrás los hombros y me mira desde la ventaja que le da su altura.

—No lo es, Sauce. No puedes entenderlo. Lo que has visto de los humanos no es suficiente para que comprendas la estrategia.

—Les he conocido. ¡Sé cómo son!

—Es normal entre algunos prisioneros sentir aprecio a sus captores. Lo que sientes no es real.

Las llamas danzan en las mejillas aunque el fuego no viene de la hoguera. Ardo desde dentro. ¿Así es como me ve, a pesar de haber escapado de una fortaleza? Débil, en cuerpo y espíritu. Fácil de domar y manipular. Me clavo las uñas en las palmas de las manos. Los insultos duelen menos cuando vienen del enemigo.

La mirada de mi padre es de hierro y fuego. Es la mirada de un alfa que da una orden, y el instinto es más fuerte que la voluntad y me hace bajar la cabeza. La rabia palpita en mis sienes cuando me alejo, escuchando los aullidos cada vez más voraces y los cánticos que se vuelven más sangrientos. Van a atacar, con la misma violencia con la que lo hizo la tribu que dejó huérfana a Alanna. Como los salvajes que no queremos ser. Van a lanzarse, despiadados, sobre la gente humilde que vive fuera del castillo y, cuando el ejército salga a defenderlos, cargarán sobre ellos con todas sus fuerzas. Pienso en Mael, y sé que su corazón es lo bastante noble para intentar defender a su pueblo aunque pueda costarle la vida. Y todo esto es culpa mía. Los aullidos rasgan la noche y yo quiero gritar, pero de agonía, no de sed de sangre.

Me llevo las manos a la frente. No. No puedo dejarme llevar por la desesperación. Aún no está todo perdido. Necesito aclarar mis ideas. Mientras tenga tiempo, queda la oportunidad de hacer algo. Tiene que haber una solución. Pero, ¿cuál es?

—¿Sauce?

La voz de Sin Sombra suena fría y cauta, y su forma de mirarme me hace sentir que soy una extraña. No hablo por miedo a que me traicione la voz, solo arqueo las cejas, interrogante. Sé que no es justo, que ella se desenvuelve peor con palabras, y por eso lo hago. Porque me duele la expresión con la que me mira.

—Aunque creas que han sido buenos contigo, son peligrosos para nosotros.

—No lo creo —respondo demasiado rápido.

—¿Qué pasó allí? ¿Qué es lo que no nos has contado?

El calor palpita en las mejillas y aprieto los labios. Sin Sombra tuerce el gesto. Su desconfianza me golpea con tanta fuerza que se me llenan los ojos de lágrimas, y sacudo la cabeza. Me doy la vuelta para volver a mi tienda.

Pero la oscuridad no basta para alejarme de los cánticos de guerra, la sed de sangre y la mirada roja e hiriente de mi compañera desde la infancia.

Capítulo 23

PASO UNA NOCHE DE SUEÑO INQUIETO Y TAN LIGERO QUE MUCHAS VECES LOS PENSAMIENTOS ME ARRASTRAN A LA VIGILIA. O me quedo a medio camino, ni dormida ni despierta, con el corazón inquieto y los pensamientos más negros me muerden y clavan sus garras.

No puedo dejar que pase. No puedo dejar que ataquen a gente inocente. Por ellos y por los míos. Nunca hemos sido monstruos. No quiero que ahora nos convirtamos en las bestias sin alma a los que los hombres temen. Alanna perdió a sus padres por culpa de unos licántropos. No me imagino cómo va a sentirse si, por dejarme escapar, pierde a más gente a la que ama. No, no puedo permitirlo. Aunque me convierta en una traidora.

Tengo que adelantarme a ellos y dar la voz de alarma. Ayudarles a defenderse y, a cambio, pedir que no hagan daño a mi tribu. No sé si será posible, pero tengo que intentar negociarlo. Por ellos, por nosotros. Por todos los que caminan entre ambos mundos. ¿No deberíamos aprender de ellos? Si nuestra mayor heroína reinó sobre ambos pueblos, ¿por qué no aprendemos a vivir como aliados en vez de destrozarnos antes de que sea el otro quien lo haga?

Estoy convencida de que lo que quiero hacer es lo correcto. Con la misma certeza con la que sé que mi padre no va a escucharme. Es un líder fuerte, una figura protectora y firme en tiempos de guerra, pero negociar la paz no es su fuerte. Y me considera débil, enajenada... Como Sin Sombra. Aprieto los dientes tratando de arañar algo de descanso. Si pudiera huir esta misma noche, lo haría para ganar tiempo y adelantarme a mi tribu, pero tendría que pasar por delante de mi padre y escucho su respiración ligera. Tampoco logra dormir profundamente. Su cuerpo está tan alerta como el mío, y si me descubre y adivina mis intenciones se asegurará de que no pueda llegar antes que ellos con los humanos.

Con Mael.

Me estremezco con la simple posibilidad de verle de nuevo. Por supuesto que no es el motivo por el que quiero hacer esto, pero la idea de volver a tenerle cerca se siente como una luz cálida que corre por mis venas, que palpita en mis entrañas. A lo mejor puedo volver a abrazarle. A lo mejor tenemos la oportunidad de besarnos de nuevo. Pero para eso tiene que sobrevivir al ataque de mi tribu, y si quiero que tenga alguna posibilidad tengo que estar lista mañana. Actuar como si me hubiera resignado para no levantar sospechas. Solo cuando esté segura de que nadie se fija en mí, de que tardarán un buen rato en echarme en falta, correr todo el camino que hice el día

anterior, pero en sentido contrario. Volver a la jaula para detener una guerra.

Cuando el sol por fin se alza he dormido tan poco que tengo la sensación de tener arena en los párpados. Incluso pestañear se me hace pesado y me irrita los ojos. Mi padre se incorpora y me giro para mirarle.

Está de espaldas a mí. La luz que se cuelga en la tienda ilumina su silueta y recorta una corona de ascuas sobre su pelo. Su espalda es ancha y fuerte, aunque tenga los hombros hundidos. Muestra poder incluso con la cabeza gacha. Es la imagen de un líder fuerte, aunque el cansancio o el pesar se revelen en su cuerpo ahora que no hay nadie para juzgarle. Ahora que está en la intimidad de nuestra familia. Observo esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad que no revela nunca fuera de esta tienda, que incluso yo he visto pocas veces. No temo a mi padre, a pesar de su poder y su fiereza. Le respeto. Y solo pensar en traicionarle me llena de dudas y me parte el alma.

Sale de la tienda y deja un vacío dentro de mi pecho. Me hubiera gustado aprovechar el momento para pedirle perdón por lo que voy a hacer, para decirle que le quiero, que siempre ha sabido cuidar de mí. Para abrazarle como ayer por la noche, cuando la culpa no me envenenaba la sangre y no sabía que nuestro reencuentro iba a ser tan breve. Me levanto y me froto la cara para despejarme, con un suspiro. Guerrero sigue durmiendo, tranquilo, con ese rostro de niño y un cuerpo que cada día se le queda más grande. Tengo ganas de llorar al pensar en cómo se va a sentir por mi culpa, pero siento que es lo correcto. Traicionar a los míos para evitar que se derrame más sangre. Convertirme en la villana y mantenerles a salvo. Le acaricio del pelo a mi hermano hasta que sus párpados se agitan y se abren. Me dedica una sonrisa, adormilada.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto.

El nudo que se forma en mi garganta me impide a hablar y tuerce la sonrisa que intento mantener, así que me inclino para besarle la frente. Noto una lágrima que se escapa para deslizarse por mi mejilla. Intento apartarla antes de que Guerrero la note, pero mi hermano apoya una mano suave y cálida en mi cara y la recoge. Me mira con una preocupación que me destroza por dentro.

—¿Te hicieron sufrir?

—No, no es eso. Es que me alegro de estar en casa —miento y me quiero envenenar con mis propias palabras. Guerrero se levanta para abrazarme y lo estrecho con todas mis fuerzas.

—Pero ahora estás de vuelta. No dejaré que vuelvan a llevarte lejos.

Río para ahogar un sollozo y le hago cosquillas para conseguir que derrame su risa y rompa la tensión del momento.

—¡Eso es muy egoísta! ¿Y si quiero formar mi propia familia?

—Puedes montar tu tienda al lado de la nuestra. Así te veré cada mañana. ¿Te gusta alguien? —Arquea las cejas, divertido—. ¿Quién es? ¿Piel de Plata? ¿Sin Sombra?

—Piel de Plata es muy mayor para mí —río—. Y Sin Sombra es mi mejor amiga. Es como una

hermana. No la quiero de esa forma.

—¿Pero te gusta alguien?

—¡No seas cotilla!

—¡Tú has sacado el tema! —me acusa. Suelto una carcajada muda y me siento frente a él, cruzando las piernas.

—Solo digo que si, por algún motivo me fuera de esta tribu... Igual con otra, como la de los nómadas del norte o los asentamientos de las montañas, mi corazón sigue estando contigo. No importa lo lejos que esté o lo que haga. Te quiero con todas mis fuerzas.

Guerrero frunce el ceño. Me siento un rompecabezas que no logra resolver.

—¿Te vas a ir? —pregunta con una voz suave, rota. Mi hermano es tan sincero que no sabe, no le importa, que la vulnerabilidad afile su voz y no se da cuenta de que me atraviesa el corazón como una hoja de plata.

—Aunque lo hiciera, una parte de mí siempre estará contigo. Es lo que quiero que entiendas.

Es extraña ver la seriedad en esa cara tan risueña. Parece haber crecido de golpe, tras unas pocas palabras. El aire sabe amargo en la tienda, pero él rompe la distancia para abrazarme de nuevo. Aspiro el olor de su pelo, aún a cachorro, y apoyo en él la mejilla.

—Y yo contigo —susurra tras una pausa.

Y sé, sin ninguna duda, que moriría cien veces por él. Que haría cualquier cosa para que mi hermano crezca y se convierta en el guerrero de corazón noble que siempre ha estado destinado a ser.

Sigo las órdenes de Paso Nevado y ayudo con las tareas cotidianas mientras el grupo de guerreros discuten la estrategia a distancia suficiente para que sus palabras las arrastre el viento y no pueda saber de lo que hablan. No me hace falta. Llevo aquí toda una vida y conozco bien a mi padre y su estrategia.

Intento mantenerme invisible. No es fácil, más aún si tengo en cuenta todo el tiempo que he estado desaparecida. Se acercan continuamente a hablar conmigo, a preguntarme si necesito algo, o a regalarme algún gesto de apoyo que se me clava entre las costillas. El tiempo empieza a escurrirse y me preocupa no ser capaz de escaparme con la ventaja suficiente para alertar a los humanos, para proteger a Mael de mi propio pueblo.

—Pareces cansada —comenta Paso Nevado mientras terminamos de salar la carne.

—He dormido un poco mal —contesto, y me sacudo los dedos, pegajosos—. ¿Te importa si aprovecho que tengo que lavarme las manos y me refresco un poco? Me da miedo quedarme dormida entre las piezas de ciervo.

—No, claro, ve tranquila. No queda mucho, puedo ocuparme yo solo.

—Gracias.

Le dedico una sonrisa antes de irme, pero no voy al claro de la cascada para lavarme. En lugar de eso, tan pronto como los árboles ocultan mi rumbo, me deshago del vestido y cambio a lobo

para echar a correr sin mirar atrás, sin permitirme un solo pensamiento ni la duda más pequeña. Sin despedirme de mi tribu aunque sea dolorosamente consciente de que a lo mejor nunca más puedo volver, o no seré aceptada si es que puedo hacerlo.

Corro rápido, pero sin ahogarme. Necesito mantener un ritmo alto y arañar todo el tiempo que pueda para proteger a los hombres. Para proteger a Mael. El odio que siento hacia mí misma me da fuerzas para acelerar mis zancadas. ¿Cómo es posible querer con tantas fuerzas a quienes se odian tanto que pueden morir destrozándose? Los lobos no lloran, pero el aullido que contengo detrás de los dientes tiene el sabor de las lágrimas.

El sol se acerca al punto en el que corona el cielo y sus rayos se derraman con más fuerza, como oro cálido y líquido que pesa sobre la piel. No dejo que el calor me detenga. Fuerzo mis patas para avanzar más rápido. Más lejos. Los lobos reinamos en el bosque y todas las criaturas se apartan para dejarme paso. Todas, menos una.

No lo veo venir y solo escucho el gruñido cuando cae encima de mí. Impacta en mi costado y me derriba sin que pueda resistirme. Soy lo bastante ágil para recuperar el equilibrio y hacerle frente, y le enseño los dientes con el lomo erizado. Sé que no tengo forma de vencer, pero también sé que no voy a dejar de intentarlo. Aunque duela, estoy haciendo lo correcto. Gruño y enseño los dientes a mi rival.

Frente a mí, un lobo grande, tan blanco como una aparición, me devuelve el gesto. Sus ojos brillan como si sangrasen. Sus colmillos parecen puñales de nácar. Mi mejor amiga se prepara para lanzarse sobre mí, como enemigas antiguas, de esas que tienen rencor enquistado que supura odio a cada encuentro.

No, nosotras no nos odiamos, pero eso no importa. Me mantengo firme, aunque sea pequeña. Aunque el miedo palpita con más fuerza que la rabia. Podría bajar la cabeza y rendirme, pero no lo hago. Gruño y me ataca sin darme un instante para prepararme.

Capítulo 24

SIN SOMBRA SE ME ECHA ENCIMA. Espero a que se lance para saltar hacia la izquierda y tratar de escapar de ella, pero en unas zancadas vuelve a alcanzarme y atrapa mi pata trasera entre sus dientes. El aullido agudo es más de sorpresa que de dolor: sé de sobra que podría atravesarme los músculos o quebrarme los huesos si quisiera hacerlo, pero solo me sujeta.

Me revuelvo y trato de escapar. Su rugido me eriza el pelaje. Salta sobre mí y esta vez clava sus dientes en mi cuello. Trato de liberarme, pero su presa es firme y, cuando me muevo con más violencia, aprieta más su agarre en una advertencia de que está dispuesta a llegar más lejos. Se me escapa un quejido roto. Sin Sombra pone su peso sobre mi cuerpo para empujar mi cabeza contra el suelo. Ganarme ha sido tan sencillo que hubiera sido humillante si esperase ser capaz de hacerle frente.

Mi pecho se hincha y se agita. Mi corazón se niega a rendirse, pero mi cabeza sabe que no voy a conseguir nada resistiéndome. En mitad de la desesperación, me parece escuchar la voz de mi madre y sentir sus dedos acariciándome el cuello. Ella creía en mí, pero nunca se engañó diciendo que sería una gran guerrera. Pero no hay una sola forma de vencer en la batalla.

Suelto el aire y vuelvo a mi forma humana. Gano volumen, el pelaje se desvanece, la piel se vuelve más suave y la carne más blanda. Sin Sombra afloja la presión de sus dientes sobre mi cuello, pero no cambia. Sus ojos, de rubí fundidos con fuego, buscan mi expresión. Estoy en calma, una calma firme y decidida. Sus orejas blancas se levantan con desconcierto. Al final cede y cambia conmigo. Sus dientes dejan de presionar mi cuello, pero me agarra de la muñeca para impedir que me levante. Ni siquiera lo intento.

El viento entre las ramas de los árboles arrastra nuestros jadeos dejando un silencio frío y espeso. Dejo que sea ella quien lo rompa y me preparo para la acusación que duele más que sus mordiscos:

—Nos ibas a traicionar.

—No —contesto, firme, sin tratar de levantarme—. Voy a intentar que nadie haga nada estúpido.

—Escuchaste a tu padre. Tenemos que asustarles antes de que vengan a atacarnos.

—¿Y derramar sangre de ambos bandos por algo tan estúpido como tener miedo del otro? Queremos vivir en paz. Ellos quieren lo mismo. Si les atacamos ahora esto solo acabará en

tragedia. No les conoces.

—Tú tampoco. Pueden haberte mentido.

—Sé que no lo han hecho —insisto. Ella arruga la nariz, sin soltarme.

—Unos días encerrada en una jaula no son suficientes para conocer al enemigo.

—Fue mucho más que eso.

—Cuéntamelo. Sé que ocultas algo. ¿Quieres que confíe en ti? ¡Habla! Has sido tú la primera en tener secretos entre nosotras.

Al hablar me aprieta con más fuerza la muñeca contra el suelo. Ahogo un gemido y, como si se diera cuenta, me suelta. Me incorporo despacio, consciente de que vigila cada movimiento, pero no voy a escapar. No tengo intención de hacerlo.

—Tienes razón y lo siento.

La sorpresa cruza su cara como un rayo que atraviesa la noche más oscura. Bajo la cabeza, me muerdo el labio inferior y trato de ordenar las palabras.

—No pude escapar sola. Ellos dejaron que me fuera.

—¿Los humanos? —pregunta con incredulidad.

—No todos. Alanna, una de las guardias. Y Mael, el futuro conde de esas tierras. Él... Él confía en mí. Por eso dejó que me escapara. Nunca me haría daño.

—¿Estás segura de eso?

—Tan segura como de que me ama —suspiro. Las cejas blancas de Sin Sombra se arquean, cogidas por sorpresa—. Tan segura como de que yo le amo a él.

Se echa hacia atrás. Sus ojos no dejan de mirarme y creo que no es capaz de decidir lo que siente. Incredulidad, simpatía, duda o pena. Sus cejas casi se rozan. Me sacudo la arena del costado antes de acercarme a ella. No se aparta, y me gustaría dar gracias a la luna por ello. Creo que no soportaría que me volviera a rechazar.

—No me fío de los humanos —gruñe con voz ronca y cansada.

—Ellos también tienen motivos para temernos.

Me siento a su lado y pierdo un tiempo que no tengo en apoyar la mejilla en su hombro y contar todas las cosas que me callé ayer por la noche. Mi intento de ganarme la confianza de Mael que salió con éxito, pero no como yo esperaba. La sinceridad cada vez que me pedía perdón por mantenerme prisionera y todo lo que se arriesgó para ayudarme. El baile que compartimos la noche de luna llena, y los besos de esa mañana que despertamos enredados en un abrazo. Mis mejillas laten calor contra la piel del hombro de Sin Sombra y, cuando le cuento la última confesión de Alanna me quedo sin palabras: vacía y frágil, con el sabor de los labios de Mael sobre los míos, mezclados con el dolor de la traición a mi pueblo y el miedo por llegar tarde y que no sirva de nada.

Entonces Sin Sombra me pasa el brazo por los hombros y me atrae hacia ella con fuerza.

—Siempre has sido lista —murmura—. ¿Estás convencida de que tus sentimientos no te engañan?

—No desean hacernos daño —respondo. Sin Sombra me estrecha con más fuerza y luego se aparta para ponerse en pie.

—Ve. Corre. No prometo conseguirte mucho tiempo, pero al menos ocultaré tu marcha.

—¿De verdad? —Mi voz suena frágil, como una hoja seca que se rompe y la emoción me araña las retinas. Mi mejor amiga sonrío. Sus labios dibujan una fina luna rosa sobre su cara sobrenaturalmente blanca.

—Tú lo crees, y confío en ti. Somos amigas.

—Lo seremos siempre —le prometo y me lanzo a sus brazos.

Solo tenemos un instante y lo aprovechamos. Nuestros corazones se aceleran con un mismo ritmo. La atrapo como si quisiera quedarme con este momento para siempre, con su esencia, con su abrazo. Tan pronto como nos separamos ambas nos transformamos y echamos a correr en direcciones opuestas.

Mi corazón late más ligero que antes y me da las fuerzas que necesitaba para atravesar el bosque con la velocidad del viento que se levanta a mi paso.

La luz del sol se afila entre las ramas de los árboles. Llevo tanto tiempo corriendo que noto las patas rígidas y estoy convencida de que si dejo de hacerlo, caeré de costado y no podré volver a levantarme. Mi respiración es áspera. A ratos, las piernas se me traban y tropiezo pero no dejo de impulsarme hacia adelante. Por suerte distingo el olor de los humanos, cada vez más cerca, cada vez más fuerte. Me da ánimos para seguir corriendo aunque mi cuerpo amenace con fallar. Voy a llegar antes que mi tribu pero cada instante que logre ganar es importante. La tarde se tinte de naranja y rojo y las nubes que se acumulan con curiosidad en el cielo tienen la energía de las tormentas. Atravieso una última colina y por fin distingo las casas de los hombres, sus tierras de cultivo y el olor de su ganado y el fuego con el que empiezan a calentar sus hogares. Lanzo un aullido agudo que empieza con alivio y cuando coge fuerza se convierte en una advertencia que atraviesa el pueblo.

Vuelvo a correr, colina abajo. Escucho los gritos, huelo el miedo. Los padres llaman a sus hijos y cierran con fuerza las puertas como si una barrera tan ridícula pudiera detener a mi tribu cuando sean ellos los que lleguen. Los animales se alteran, sienten tan bien como yo esta inquietud que se agita, la tensión que se remueve con oleadas de adrenalina que altera la sangre. Algunos hombres y mujeres se arman con herramientas de trabajo del campo que no tienen plata ni pueden suponer una amenaza real, ni siquiera para mí. La desesperación se transforma en valor en los corazones más nobles. Pero no pierdo el tiempo con ellos.

Atravieso el tiempo moviéndome con una energía que no estaba segura de tener para llegar al castillo. Los guardias por fin salen a mi encuentro. Puedo leer el desconcierto en sus caras. Puede que sus manos tiemblen, pero no por eso dejan de empuñar el arma. Si no hubiera sido yo la primera en venir, si hubiera sido mi tribu, atacando todos a una sola vez, estos guardias podrían

estar viviendo sus últimos momentos. Pero no dudo que alguno de los míos caería también, atravesado por esa hoja que las luces de la tarde tiñen de fuego.

Pero yo no he venido a luchar. Dejo de correr y me detengo a unos metros para transformarme y ponerme en pie. Noto el sudor en la frente y la palpitación de la sangre en mis sienes. Tampoco yo soy inmune al temblor al ver sus armas, y no estoy segura de si van a escucharme o se lanzarán sobre mí para cortarme la cabeza tan pronto como se recuperen de la sorpresa.

—Eres... eres la lupina de Mael. —Se sorprende el que está más cerca. Aprieto los dientes, pero no dejo que vuelva a afectarme que me consideren una propiedad o una mascota. Por mucho que me moleste, mi misión es más importante.

—¡Vengo en son de paz! —aviso, con las manos vacías y abiertas en alto—. Solo quiero advertiros: os van a atacar esta noche.

—¿Quiénes?

—Licántropos —reconozco con cierta vergüenza—. Como yo. Están ya de camino. Tenéis poco tiempo para prepararos.

Parpadean con incredulidad, pero los aldeanos que están cerca se agitan. Mis palabras se extienden, el miedo crepita por la aldea.

—¿Cuántos son? Si vienen en manada no podremos defendernos.

—Será como la última vez —lamenta alguien con histeria en la voz.

—¡Hay que luchar!

—¿Luchar? ¡Estás loca! No somos rivales para ellos.

—Tampoco podemos huir. ¡No tenemos tiempo!

La algarabía de voces aumenta la angustia, que se hace eco y gana cada vez más fuerza. Los guardias me siguen apuntando con las armas, con gesto firme y mirada nerviosa, incapaces de reaccionar aunque mantengan el tipo. Aprieto los dientes, dolorosamente consciente de que cada instante que dejamos escapar es irrecuperable.

—¡Avisad a Kandra! No podéis perder tiempo.

—No hará falta que lo hagan —reconozco la voz de Kandra, parecida al choque del metal, igual que reconozco sus pasos firmes y seguros. Nunca creí que pudiera sonreír al verla. Ella no lo hace. Levanta una ceja y me mira alzando la mandíbula—. No esperaba verte tan pronto. Me sorprendió mucho que consiguieras escapar. Y me sorprende aún más verte ahora.

—Si he venido, y he arriesgado todo lo que tengo, es para ayudaros. No sois la raza cruel y egoísta que esperaba, nosotros tampoco somos los monstruos sanguinarios que parecemos.

—Pues atacarnos es una extraña forma de demostrarlo. ¿Cómo sabemos que es verdad? ¿Y si es una trampa?

—¿Qué trampa? —Se me escapa una risa nerviosa—. ¿Qué gano yo con esto?

—Eso es lo que me gustaría saber —responde acercándose.

Kandra no me tiene miedo, ni me subestima. Es tan fuerte como lista y sé que tiene motivos para dudar de mí. Y que no puedo engañarla.

—¿Por qué nos ayudan?

—Porque van a destrozarnos, y no quiero que eso ocurra.

—¿Por qué no? ¿Por qué te importamos? Has sido nuestra prisionera hasta que lograste huir.

Trago saliva. El corazón se me acelera y siento cómo los segundos se nos escurren. No puedo perder tiempo y sería sincera, brutalmente sincera, si no hubiera tantos ojos mirándonos. Trago saliva.

—Hubo algo que te hizo confiar en mí lo suficiente para dejar que acompañara a Mael a todas partes. Nunca dijimos lo que era, y tampoco vamos a decirlo ahora, pero tú lo adivinaste y supiste que no quería hacerle daño.

Kandra ladea la cabeza y pestañea con la lentitud de las serpientes. Creo que supo antes que yo lo que sentía por Mael. Lo vio con la claridad suficiente para dejarme sola a su lado. Solo tiene que darse cuenta de que, aunque me escapara, eso no ha cambiado.

—No quiero que le pase nada malo —susurro con las mejillas en llamas.

Soy buena mintiendo, siempre lo he sido, pero ni siquiera yo hubiera sido capaz de fingir esa emoción que empapa cada una de mis palabras, ni la vulnerabilidad de mi voz, que parece una súplica. Kandra se pone firme. Cuando mira a sus hombres tiene la determinación de un alfa que se coloca al mando.

—Elbio, escóltala a dentro. Enseguida estaré con vosotros para conocer todos los detalles. Floyd, que todos los campesinos entren en el patio del castillo. No dejes que pierdan tiempo cogiendo más que lo imprescindible. Te mandaré refuerzos. Voy a hablar con los soldados. Sauce, no intentes nada raro. Sabes que no me temblará el pulso si tengo que acabar contigo.

Asiento y me dejo guiar por Elbio. A nuestro alrededor el caos está a punto de estallar, apenas contenido por la seguridad que transmite Kandra. Dentro del castillo hay más movimiento que en la noche del baile. Inquietud, murmullos, pasos agitados, y una voz que podría distinguir entre todas las demás, que dice mi nombre desde lo alto de las escaleras.

—¡Sauce!

El corazón se me agita como un pájaro que quiere echar a volar hasta él. Un atisbo de sonrisa quiere abrirse paso sobre su sorpresa. En la noche profunda atrapada en sus ojos caben todas las estrellas que iluminan mi firmamento.

Capítulo 25

POR UN MOMENTO NO ME IMPORTA LA GUERRA.

No siento el cansancio, y he olvidado la angustia del enfrentamiento que cada vez está más cerca. La tensión se ha caído a mi espalda, como si fuera una pesada capa que se ha desprendido de mis hombros. Solo está él, y el calor que vibra en mi piel, y la estúpida distancia que nos separa.

Quiero echar a correr para romperla y saltar sobre él, abrazarle con fuerza, reír en la curva de su cuello y que desaparezcamos juntos de este mundo que se ha empeñado en ponernos en bandos opuestos.

Pero el rechinar de las armas me arrastra de vuelta a la realidad. Suelto el aire y contengo la sonrisa y las ganas de volar. Mael también recupera su sobriedad, aunque puede que sea tarde para quienes han visto nuestra emoción. Baja las escaleras con unos pasos que me parecen insufriblemente lentos, y atraviesa el corredor hasta llegar a mi lado.

—¿Qué es lo que pasa?

La pregunta se dirige al guardia aunque la mirada se escurra y se fije en mí. Es el único que no evita mirarme, y solo al notarlo caigo en la cuenta de que es por mi desnudez cuando, con un gesto que pretende ser frío pero no lo consigue, se quita su capa y me la tiende.

Me envuelvo con ella con un gesto rápido. Un solo día ha bastado para que me olvide de lo mucho que les choca a los humanos verse desnudos.

—Mi pueblo tiene intención de atacar —murmuro avergonzada. Mael frunce el ceño.

—Hay que avisar a Kandra.

—Está organizando todo, mi señor. Dice que ahora se reunirá con ella.

—Bien. Puedes irte, Elbio. Informa a cuantos puedan. Yo me encargaré de guiar a Sauce hasta el despacho de Kandra.

—¿Y si... os ataca?

—Sería realmente estúpido por su parte avisarnos del ataque si lo que quiere es hacernos daño. No te preocupes. Estaré bien.

El hombre asiente. No hay demasiado tiempo que perder, y Mael habla con una autoridad serena. Se inclina y se marcha. El tiempo parece detenerse, o a lo mejor somos solo nosotros dos los que estamos paralizados, mientras a nuestro alrededor el mundo vibra y llamea entre el caos y

el miedo. Muy tímidamente, Mael esboza una sonrisa apenas visible que quiero acariciar. Me muerdo el labio inferior consciente de que mi respiración se agita y los nervios se retuercen y chisporrotean convertidos en estallidos de luz por dentro de mi piel. Me tiende el brazo con un gesto elegante y yo no dudo en cogerlo y dejar que me guíe entre todo el bullicio. Tengo en él la misma confianza que cuando me dejaba llevar en un baile silencioso y secreto, entre las sombras de la noche. Y la misma emoción es la que palpita por todo mi cuerpo. Ni siquiera me fijo por dónde me lleva hasta que abre la puerta de un cuarto tan abarrotado por planos, armas y objetos extraños en cada estantería que parece más pequeño de lo que es. No hay sillas, solo una mesa simple en mitad de la estancia, con una maqueta del castillo en uno de los lados. Mis ojos revolotean por la habitación llena de pequeñas maravillas hasta que Mael cierra la puerta detrás de nosotros y sus manos se posan con la suavidad de las alas de un cuervo sobre mis hombros.

—Sauce.

Su voz sueva a viento, a noche, a cuevas cálidas con olor a hoguera. Me estremezco y me giro despacio, con un temor absurdo a que, cuando lo haga, se desvanezca. Pero Mael sigue ahí, alto y sereno, con su piel de luna y ese pelo oscuro de aspecto tan suave que no puedo resistirme a acariciarlo. Su mano izquierda sigue apoyada en mi hombro. Con la otra, me toma de la muñeca. Cierra los ojos y me besa despacio en la piel del antebrazo. Las piernas dejarían de sostenerme si no me sujetase en él. Busco sus labios con los míos, pero mis movimientos son torpes y solo encuentro su mejilla. Mael deja escapar una risa silenciosa, nerviosa, que titila con la luz de mil estrellas y se gira para besarme el cuello, la línea de la mandíbula que recorre sin prisas hasta llegar a la piel bajo la oreja.

—Te he echado de menos —suspira.

—Solo han pasado dos días —bromeo, aunque la voz me burbujee de emoción y yo le haya extrañado con las mismas fuerzas.

—Pensaba que no volvería a verte y, al encontrarte... Creía que estaba perdiendo la cabeza.

Me estrecha contra su cuerpo con más fuerza y me inclino hacia él para besarle, pero la puerta se abre y nos apartamos tan rápido como nuestros reflejos lo permiten. Lo suficiente para que haya algo de distancia entre ambos cuando Kandra entra, pero no lo bastante para que no nos mire con una expresión que a medias nos juzga y a medias se burla.

Pero la capitana no pierde tiempo. Al instante recupera la seriedad que la situación requiere.

—¿Sabes cuándo atacarán?

—En la puesta del sol. Esperan encontraros con las defensas bajas.

—¿Y cuál es su estrategia?

—Hacer tanto daño como puedan —reconozco con las mejillas rojas por la vergüenza—. Un solo ataque rápido y brutal.

—Los lobos no cambian —masculla Kandra que lucha sin éxito por no dejarse llevar por el enfado—. Los que tienen sed de sangre la seguirán teniendo.

—No se trata de eso —respondo a la defensiva—. Después de que me capturaseis tienen miedo

de que os veáis con fuerza de atacar de nuevo, de volver a chantajearnos como hicisteis conmigo.

Mael contiene el aliento aunque se mueve para ponerse un poco por delante de mí, como si esperase que Kandra me golpeará. Yo también lo espero, pero la capitana arquea las cejas y se encoje de hombros.

—Eso puedo entenderlo.

—¿Pensabas hacerlo? —La voz de Mael crepita de ira.

—Quiero la paz, y estoy dispuesta a lo que haga falta por mantener a salvo a nuestro pueblo.

—Nosotros también lo queremos —insisto, acercándome a ella—. Es el mismo miedo que os hizo a vosotros capturarme el que mueve a mi tribu. El miedo a que el otro ataque cuando solo queremos una paz que nos permita seguir nuestra vida con tranquilidad.

Kandra me escucha, lo hace de verdad, con los ojos clavados con fuego en los míos y los labios firmes, conteniendo el torrente de sus pensamientos. Y yo confío en ella, siempre he pensado que es una buena líder para los suyos. Solo he tardado un tiempo en darme cuenta de que ambos bandos queremos lo mismo.

—¿Crees que es tarde para parar este ataque?

—Quiero creer que no. Intenté decírselo a mi padre, pero no me escucharon. —Tuerzo una sonrisa. Kandra se acerca y apoya su mano en mi antebrazo.

—Hay veces que es más fácil hacer un pacto con el enemigo que prestar atención a las palabras de los tuyos, aunque tengan razón desde el principio.

El gesto se dirige hacia mí. Su frase, a Mael. Sonríe de lado, sin rencores, sin echarle en cara cualquier discusión que hayan tenido en el pasado. En vez de eso se gira y apoya ambas manos en la mesa, volviendo nuestra atención a la maqueta del castillo.

—Tenemos poco tiempo y una guerra que cortar antes de que eche raíces.

Una vez que hemos alcanzado un acuerdo, tengo poco que aportar. Mael y Kandra deciden dónde colocar sus soldados, cómo asegurarse de que los campesinos están protegidos, incluso sobre cómo llamar la atención de mi tribu para que se den cuenta de que les han adelantado y no destroce demasiado el pueblo antes de hablar con ellos.

—Tenemos que asegurarnos de que quieren hablar. —Mael tiene expresión de estar concentrado, con las cejas negras que intentan juntarse y dibujan una línea en mitad de su frente. Me gustaría acariciársela hasta que se desvaneciera, y borrar también, con un gesto tan sencillo, su preocupación.

—Si logramos sorprenderles lo suficiente, creo que escucharán —responde Kandra.

—¿Y cómo quieres hacer eso?

—Con la voz de uno de los suyos, alguien a quien no esperan —explica la capitana con la vista fija en mí. Trago saliva y Mael frunce aún más el ceño.

—No, no vamos a poner a Sauce en peligro.

—No lo haríais —me apresuro a decir—. Mi padre no me hará daño, no más allá del que puedan hacerme sus palabras. No somos ese tipo de bestias.

—No la pondría en peligro si creyese que el riesgo es muy alto —dice Kandra—. Ahora Sauce está de nuestra parte y sabes que cuido de los míos.

Mael asiente, aunque aún esté intranquilo. Apoyo mi mano sobre la suya para transmitirle calma. Tengo ganas de ayudar, y las palabras de Kandra me hacen sentir algo cálido por dentro. Sé que no son una promesa, que no tengo forma de saber qué va a pasar conmigo cuando todo esto termine y mi pueblo me rechace. A lo mejor tengo que vagar lejos, sin rumbo ni hogar en ninguno de los dos mundos, pero es un precio que estoy dispuesta a pagar por la posibilidad de mantenerlos a salvo.

—Nuestros soldados están evacuando cada casa. Los lobos encontrarán un pueblo vacío, todo con las puertas abiertas para que vean que no es ninguna trampa —explica Kandra—. Pero necesitamos que se acerquen, o que nos escuchen.

—Hagamos ruido —sugiere Mael—. Con los tambores y las trompetas de guerra.

—Y cuando empiecen a sonar, iré a su encuentro —murmuro con más decisión en el tono que en mi voz, que suena suave y baja.

—¿Estás segura? —pregunta Mael, y asiento en respuesta.

—No iré sola, iré con ella, con algunos de mis soldados —matiza la capitana—. Sauce irá la primera. Para que la vean, y nos den la oportunidad de hablar. Llevaré solo un grupo de tres hombres. No pretendo que parezca una amenaza. Pero no somos tan confiados que podamos parecer estúpidos, daré orden de que, desde la muralla, los arqueros vigilen con las flechas de plata preparadas.

Me remuevo inquieta, pero entiendo su precaución. De mí y de mis palabras depende todo. Aún tengo posibilidad de evitar que la sangre riegue el suelo.

—Tus palabras son sinceras —continúa diciendo Kandra—. Y ellos también se darán cuenta cuando hablemos. Todos lo que necesitamos es llamar su atención para que lo hagan, y que se den cuenta, como yo, de que queremos lo mismo.

—Hay mucho en riesgo —masculla Mael—. Hay muchas cosas que pueden salir mal.

—Lo sé —responde Kandra—. Por eso quiero ser yo la que esté en primera línea. Vámonos. Tenemos unas horas y mucho por organizar.

Me gustaría tener un instante para abrazar a Mael una última vez. Tiene razón: hay muchas cosas que pueden salir mal. Al menos sé que ahora él estará a salvo. Aparto mi mano de encima de la suya para ponernos en marcha. Me mira con un montón de palabras que no dice removiéndose tras sus labios. Con un montón de besos que, a lo mejor, nunca podremos darnos.

Pero él estará a salvo, y el pecho me pesa menos al pensar en la noche que está a punto de caer sobre nosotros. En la que puede que se pacte la paz o se desate la guerra. En todo lo que el miedo hace arder y en si el amor tiene alguna posibilidad de hacerle frente.

Capítulo 26

EL CAOS SE HA CONVERTIDO EN UN SILENCIO TENSO, TAN CARGADO DE ELECTRICIDAD COMO LAS NUBES DE TORMENTA QUE CUBREN EL CIELO.. El sol se desangra tras las montañas y sus últimos rayos de sol tiñen el horizonte de un rojo sangriento que no augura nada bueno.

Todos los aldeanos esperan en el patio del castillo. Las familias se abrazan, los ancianos tienen una mirada vacía como si ya hubieran vivido esto. Como si ya supieran el futuro que nos aguarda y no hay ninguna luz que pueda darnos esperanza. Los más jóvenes, campesinos y soldados, me miran con asombro o rencor. Galvan es quien más lo manifiesta. Viste su armadura ligera y agarra el arco con tanta firmeza que es difícil no interpretarlo como una amenaza. Si las cosas se ponen feas y los arqueros descargan sus flechas, tengo claro que él me apuntará a mí antes que a cualquiera de los otros licántropos.

Y, en el fondo, es un alivio saberlo. Si todo sale mal no estoy segura de querer sobrevivir a esta noche.

—¿Quieres una armadura? Puedo conseguirte algo —ofrece Kandra.

Supongo que la capitana también está nerviosa, pero es tan dueña de sus gestos, de su voz y de cada movimiento que podría parecer aburrida, como si este ataque fuera algo rutinario. Estamos juntas, frente a la puerta principal que aún está abierta. Cuando los míos lleguen, saldremos afuera y el pesado portón se cerrará detrás de nosotros. Por mucho que los arqueros apunten, seremos más vulnerables y, aunque estoy convencida de que mi tribu no me hará daño, no puedo decir lo mismo de Kandra, ni de los soldados que nos acompañan. En nuestras leyendas hay veces que se habla del honor de morir en batalla, enfrentándose al enemigo, y es posible que alguno se lance sobre ella sin que le importen las flechas que luego vayan a atravesar su cuerpo. Tengo que elegir bien cada movimiento, cada palabra. La presión del pecho me hace difícil hasta respirar.

No sé si tengo voz para hablar, así que no lo hago. Niego con una sacudida suave de cabeza. No me hará falta. La tensión es tan insoportable que una parte de mí desea que lleguen ya, que ocurra lo que tiene que ocurrir, pero que se acabe esta espera interminable. Un niño pequeño llora y su padre, un hombre enjuto de manos ásperas, clava sus ojos en mí mientras lo mece. Para ellos solo soy el pájaro de mal agüero que ha traído el temor a sus vidas, y si ganaran algo sacrificándome estoy segura de que se lanzarían hacia mí sin dudar. Puede que lo hicieran, aunque solo

consiguieran desahogarse, si no fuera por Kandra.

Allí donde el sol muere, las nubes se entrecocan con el ruido con el que se desgarran el mundo.

Los tambores empiezan a sonar, seguido del ruido de los cuernos. Los primeros lobos salen del bosque y el corazón se me encabrita. Ha llegado el momento y no me siento lista. Nunca estaré lista. Solo soy una licántropa menuda y débil nacida bajo la luna nueva, una traidora, una inútil jugando a detener una guerra sin saber cómo funcionan.

El aire cambia de forma inexplicable. Se vuelve cálido a mi alrededor, como si me abrazara. Recuerdo las palabras de mi madre con tanta claridad que siento que me las susurra al oído una última vez. Y es su voz, su aroma, su presencia la que me acompaña.

—No solo los guerreros ganan guerras.

Exhalo el aliento sintiéndome acompañada. Una seguridad nueva me rodea y me cala despacio la piel. Es lo correcto. Estoy haciendo lo correcto. Kandra me hace un gesto hacia fuera del castillo.

—¿Estás lista?

—Lo estoy.

—Yo también. —Mael se abre paso entre la gente hasta llegar a mi lado. Intento contener una sonrisa pero no logro hacerlo.

Mael viste una capa negra sobre el uniforme ligero. Está majestuoso, como un príncipe de las sombras. Tiene la expresión firme y los ojos decididos. El corazón se me acelera cuando se coloca a mi lado, tan cerca que nuestras manos casi pueden rozarse.

—No puedo garantizar tu seguridad, Mael —advierte Kandra con la voz seria.

—Tampoco la tuya. Estoy dispuesto a asumir el riesgo por esto —responde al tiempo que el dorso de su mano roza la mía y nuestros dedos se entrelazan. Es solo un momento, tan breve como un parpadeo. Uno de esos instantes fugaces por los que merece la pena arriesgar la vida.

Kandra asiente y empieza a caminar. La seguimos, con los tres guardias que cierran nuestra comitiva. Las puertas chirrían cuando las empujan para proteger el castillo y dejarnos fuera, frente a mi pueblo. Tomo aire y lo suelto. Ha llegado el momento. No sé si Mael nota mis nervios y es eso lo que hace que vuelva a buscar mi mano para estrecharla con la suya.

—Estamos juntos en esto —susurra.

El brazo me cosquillea y siento que por la piel me florecen campanillas de colores brillantes, y que sus raíces se extienden por dentro de mi piel hasta aferrarse a los huesos. Si muero esta noche, me gustaría hacerlo de su mano y perderme en su mirada en mis últimos momentos.

Los aullidos de los licántropos me hacen concentrarme en el presente. Sus gritos de guerra atraviesan las nubes más negras que crujen como si el cielo estuviera a punto de desmoronarse sobre nosotros. Llegan a las primeras casas y las encuentran vacías y abiertas. Tan mansas como un grupo de niños que extienden hacia ellos sus manos vacías. Hay desconcierto en sus gruñidos, y en su forma de recorrer el pueblo. Los tambores siguen marcando un ritmo al que se adaptan nuestros corazones y los cuernos suenan con más fuerza. Los primeros guerreros se giran hacia el

castillo empezando a entender que los humanos estaban preparados, y entonces me ven, avanzando con calma.

El aullido de mi nombre me resuena hasta dentro de los huesos.

Se reagrupan sin apartar sus ojos de mí. Sigo avanzando y me adelanto un poco a Mael y Kandra, con las manos abiertas y las emociones intentando derramarse por mis ojos. Puedo notar su incredulidad que da paso a la rabia. Tras unos momentos de incertidumbre, forman de nuevo y se acercan hacia nosotros. Mi padre es el lobo más grande, con pelo rojizo y una mirada fiera. Me mira como si no me reconociera y respirar se vuelve más difícil, pero sigo avanzando, hasta quedar tan cerca que puede alcanzarme de un solo salto. Hay una decepción tan profunda que soy incapaz de mantenerle por más tiempo la mirada y bajo la cabeza.

Con un rugido atronador sobre nuestras cabezas, las nubes se rompen y empiezan a derramar la lluvia más negra.

Trago saliva. La voz se me traba en la garganta y no soy capaz de empujar las palabras que puedan detener toda esta locura. Inspiro y pienso en mi madre, en lo cerca que la he sentido. Ella era tan humana como Mael, y mi padre llegó a amarla. Aunque seamos enemigos, él también sabe que hay bondad entre los hombres.

—Siento haberlo hecho así, padre, pero era la única forma de que me escuchases.

Mi voz es dulce, pero no es frágil. Suena como el viento que se desliza entre las ramas de los sauces, sutil y agradable, pero imposible de detener. A lo mejor yo he sido así toda mi vida, y me he acostumbrado tanto a que todos confundan la delicadeza con debilidad que yo misma he llegado a creerme esa mentira. Pero no soy frágil. Mi madre tampoco lo era. Cuando vuelvo a hablar, lo hago tranquila, con la calma de quien está segura de cada una de sus palabras, sin necesidad de alzar la voz o sonar agresiva.

—Sé que crees que esto es necesario para asegurarte el temor de los hombres, para convencerlos de que no vuelvan a atacar —hablo por encima de la lluvia fría y furiosa que nos empapa por igual a todos. La lluvia, como el amor o la muerte, no entiende de bandos—. Ellos buscan esa misma paz, esa misma seguridad. No hace falta que nos destrocemos, padre.

Un gruñido le reverbera en el pecho y clava sus ojos en la espada de Kandra con desconfianza. Me acerco otro paso a él y me agacho, clavando las rodillas en el suelo.

—No pretendo rebelarme, ni cuestionarte. Sé que has sido el líder fuerte que necesitábamos. —Aprieto los dientes y le miro a los ojos mientras noto que los sentimientos se me escapan entre las palabras y hacen que mi voz vibre, pero nunca he sido tan clara ni tan sincera—. El padre protector que siempre ha velado por mí. Pero les he conocido, sé lo que quieren. Esta noche no tiene por qué correr la sangre.

Puede que hayan sido mis últimas palabras las que han logrado calar dentro de su piel. Mira amenazador, con la calma de un rey, a Mael, a Kandra, a los hombres que nos acompañan y a los que nos apuntan con los arcos. Se toma su tiempo antes de levantarse. Incluso la transformación de mi padre es elegante, parece que se alza, que surge del pelaje rojo del lobo. Su piel, tan morena

como la mía, apenas cubre unos músculos poderosos. La barba de un par de días hace aún más duros sus rasgos y parece una pintura de guerra hecha con arcilla o sangre. Aún hay cautela en su expresión, pero no me aparta, ni me hace ningún gesto de desprecio. Solo me mira como si no importara que estemos en el filo de una guerra y que la misma tormenta que nos cala, nos ilumine con descargas de luz blanca.

Desvía la mirada a Kandra. La capitana se acerca con esa forma de caminar que parece recordarle al mismo mundo que se mueve bajo sus botas. Y sin embargo agacha la cabeza. No es un gesto de sumisión, es de respeto. Y antes de que me recupere de la sorpresa mi padre hace lo mismo.

Un silencio extraño se extiende por toda la manada. Solo los ojos rojos de Sin Sombra se fijan en mí en vez de en los dos líderes. Su cuerpo está tenso, pero su gesto no es hostil y le dedico una media sonrisa. Me alegra verla aquí.

—Lo que dice Sauce es cierto. —Kandra se hace oír con voz autoritaria y clara—. Pensábamos atacar de nuevo. Capturar a otro de los vuestros. —Los músculos de mi padre se tensan y una sonrisa ladeada se asoma a los labios de la capitana—. Pero tiene razón en lo que ha dicho. No había otro motivo que el miedo.

—Nunca os hemos hecho nada —responde mi padre con voz rasposa.

—Vosotros no, pero otros licántropos sí que lo han hecho.

—Igual que muchos hombres nos cazan y nos atacan. Hemos tenido que dejar atrás tantas veces nuestra tierra que ya no tenemos una propia.

—Este bosque es grande —interviene Mael, que se acerca con pasos tan elegantes que no hacen el menor ruido. Es como si todo su cuerpo, y no solo sus ojos, estuviera hecho de sombra—. Hay espacio para ambos. Somos distintos, pero no incompatibles. —Se gira para mirarme de una forma tan cálida que me parece que incluso la lluvia deja de mojarme—. Todos podemos ganar con una alianza. ¿No pensáis igual?

Mi padre frunce el ceño y me mira con suspicacia. No como a una traidora, sino como cuando se daba cuenta de que estaba creciendo más rápido de lo que esperaba. Cuando se acercó la ceremonia de la madurez y me dijo, con voz torpe y el ceño fruncido, que parecía que solo habían pasado unos días desde que le cogía la mano para aprender a caminar. Vuelve a tener esa expresión y ladea la cabeza para examinar con cierta dureza a Mael. Pero él aguanta en silencio, sin desafiarle ni impacientarse.

—No nos atacaréis y nosotros tampoco lo haremos —masculla mi padre.

—Y, si lo necesitáis, contaréis con nuestra alianza —añade Mael—. Seréis bien recibidos como invitados en mis tierras.

Mi padre gruñe, pero le conozco lo suficiente para saber que ese sonido tiene más de carcajada que de amenaza. Extiende la palma de la mano y se la lleva a la boca para clavar sus colmillos en ella. Tiende la mano ensangrentada a Mael, que palidece. Me gustaría gritar a mi padre que ese gesto no es necesario, pero Kandra tiende su daga a Mael y parece tan divertida como mi padre

mientras el joven traga saliva y todo su cuerpo se tensa al hacerse un corte superficial.

Sus manos se estrechan. Un trueno nos ensordece, como un dios furioso que esperaba un sacrificio en su nombre. Pero la sangre no se derrama esta noche, se une.

—Lucharemos a vuestro lado —promete mi padre.

Estoy a punto de llorar de felicidad, de reír de alivio o de estremecerme de nervios, pero un silbido se me clava en los oídos y el sonido me perfora una herida que sangra pánico antes de que el proyectil nos alcance. Pienso en Galvan, y en la forma en la que agarraba la flecha y sé, con una certeza absoluta, que es la que atraviesa el aire. La que se dirige al pecho desnudo de mi padre.

Tengo el tiempo justo de actuar y saltar sobre él para evitar que le hiera. Lanzo un grito que se quiebra en un aullido agudo cuando la plata me atraviesa la espalda. Los ojos de mi padre se abren llenos de pánico cuando me sujeta. Me aferro a él mientras las piernas me fallan, la lluvia se vuelve gélida y las tinieblas me cercan.

—No dejes que esto estropee todo lo que hemos conseguido —suplico. La boca me sabe a sangre. Creo que Mael grita mi nombre, que sus dedos me apartan el pelo húmedo de la cara. No puedo estar segura. No veo nada y solo siento los brazos de mi padre y la herida que me atraviesa —. No dejes que el odio gane esta batalla.

Mael me agarra la mano. Quiero reír y el aire se me escapa sin fuerzas. Noto el sabor óxido de la sangre que se me queda pegada entre los dientes. La oscuridad me devora pero Mael me agarra con fuerza, aferrándose a la vida unos instantes más. Está conmigo.

Esto es todo lo que he pedido, ¿no es cierto? Y no me equivocaba. No hay mejor forma de entregarse a la muerte que rodeada de aquellos a quienes amas.

Capítulo 27

CUANDO PENSABA EN LA MUERTE SIEMPRE IMAGINABA QUE SERÍA COMO DESPERTAR DE NUEVO EN LOS BRAZOS DE MI MADRE. Sentir la luz del sol en la piel, la brisa suave y el olor al campo en primavera. No imaginaba el dolor que me atraviesa la espalda como si quisiera partirme en dos, la oscuridad que rodea mi cuerpo como vendas agobiantes y húmedas de sudor, el ahogo que aprieta mis pulmones ni la agonía que clava sus colmillos hasta mis huesos. Pensaba que morir era volverse libre, como los espíritus, no estar prisionero en una cárcel de dolor.

Pero el dolor remite y los sentidos empiezan a responderme. Escucho voces graves a mi alrededor, noto el agua fresca en mis labios y en mi frente. Hay un olor a árnica y valeriana y unas vendas que rodean mi cuerpo y mantienen algo fresco y húmedo contra la herida de mi espalda.

El tiempo se deforma y la vigilia y el sueño se entremezclan en la misma oscuridad que me mece, me abraza y me ahoga. Pero empiezo a ser consciente del paso de la luz sobre el cielo y cuando el sol se oculta para dejar paso a una oscuridad en la que la luna apenas asoma una sonrisa afilada como una navaja. Es por la noche cuando noto una mano coger la mía y acariciarme el brazo, cuando respiro a Mael y todos mis sentidos se centran en su respiración. Y, si Mael está a mi lado, a lo mejor esto no es la muerte.

A lo mejor nos quedan unas horas, unos días que pasar juntos. Y aunque solo fuera por eso esta tortura merece la pena. Intento responder a su gesto. Mis dedos apenas tienen fuerza. Mis labios no quieren hacerme caso. Me gustaría pedirle que me hablase, que pronunciase mi nombre, pero solo se queda a mi lado, respirando con calma, y de momento eso me basta.

Vuelvo a recuperar la consciencia durante unos momentos. Mis párpados tiemblan, pero no se abren. Escucho una voz extraña parlotear de forma agobiante hasta que la voz rasposa y fría de Sin Sombra la corta. ¿Me lo he imaginado? Trato de aspirar con más fuerza y ¡ahí está! Logro atrapar su aroma en el aire, entre el olor a plantas y a humanos. Y el de Mael, que es una presencia tan constante que parece formar parte de este cuarto.

Consigo mantenerme despierta a ratos cortos. Me inclinan, me dan de beber, me peinan y me cambian las vendas, lo que me provoca un dolor insoportable. En algún momento discuten, pero estoy demasiado cansada para descifrar las palabras. No sé si pasan unas horas o unos días

cuando vuelvo a despertarme. Pero esta vez lo hago con más fuerza. La humedad del aire me abraza y me despeja, y el sonido de la lluvia contra el tejado me arrulla y es como si el cielo me despertara con una canción suave. La herida de mi espalda se cierra y aunque palpita, el daño es soportable. Abro los ojos y mis pupilas tardan un tiempo en acostumbrarse a las sombras.

Pero le reconozco incluso cuando solo es un borrón oscuro junto a mi cama.

Su mano sigue sujetando la mía aunque parezca a punto de derrumbarse de sueño. Tiene la mirada perdida más allá de la ventana, y ojeras violetas bajo sus ojos. Su piel parece tan blanca que es sobrenatural. Incluso cansado tiene un atractivo lleno de misterio. Mael es un mundo desconocido, forjado con sombra y piel de luna, y me gustaría pasar estaciones enteras conociéndole hasta descubrir todos sus misterios. Le miro, sin querer romper el hechizo que me permite estar viva y seguir a su lado. Sin preguntas ni preocupaciones. Aún no, ya llegarán, pero quiero llenar mi mente solo con él unos momentos. Sólo él y su respiración lenta a la que se acompasa la mía.

Noto la lengua seca, de trapo, cuando reúno fuerzas para llamarle.

—¿Mael?

Suena como un graznido y él se sobresalta. Se inclina sobre mí, me acaricia el pelo. Cierro los ojos al sentir el cosquilleo que su piel siempre provoca en la mía. Ha estado aquí, a mi lado, todo este tiempo. Mi corazón se vuelve líquido y cálido y se derrama por todo mi cuerpo.

—¿Te duele algo? ¿Llamo a los sanadores?

Me duele todo el cuerpo, pero puedo aguantarlo y sacudo la cabeza. Me paso la lengua seca por los labios.

—¿Agua?

—Claro. Un momento. —Antes de soltarme la mano, se la lleva a los labios y la besa.

Una sonrisa estúpida se extiende por unos labios tan secos que me duelen al estirarlos. Agua y su presencia es todo lo que necesito y, por primera vez en mucho tiempo, puedo tenerle sin rejas absurdas ni cadenas hirientes. Mael regresa a mi lado con un cuenco y me pasa el brazo por los hombros con el mayor de los cuidados para ayudar a incorporarme. Noto un latigazo de dolor atravesar mi columna, pero no es insoportable. La herida se está cerrando. Incluso los licántropos nacidos en noches sin luna nos curamos rápido de todo lo que no nos mata.

Al principio bebo despacio, pero al notar el frescor en los labios la sed se abre en el estómago. Me termino toda el agua y me lamo de nuevo los labios mientras Mael me acomoda con suavidad en la cama. Sonríe y el miedo brilla en sus ojos.

—Creí que te perdía.

—Estoy aquí. Los lobos somos duros de matar —respondo con la voz aún rasposa, pero al menos ya me reconozco. Frunzo el ceño, preocupada—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días.

—¿Qué ha pasado? ¿Y mi tribu? ¿La batalla...?

—No hubo batalla —me interrumpe con suavidad, para tranquilizarme—. Creí que tu padre iba

saltar y arrancarme la cabeza, pero lo que le dijiste logró calmarle. Cogimos a Galvan; no fue difícil saber quién había sido aunque sus amigos trataran de cubrirle. Vamos a dejar que sean los tuyos quienes le juzguen.

—Casi me da pena —murmuro con una sonrisa traviesa.

—A mí, ninguna. Espero que sean duros con él.

—Lo serán. —Trato de acomodarme. El cuerpo me responde, despertando lentamente del letargo—. Entonces, ¿somos aliados?

—Lo somos. —Su mano vuelve a pasar por mi rostro en una caricia suave, aunque ya no tenga mechones de pelo que apartar—. Hemos mantenido el pacto y el rumor se extiende entre otros reinos humanos. Nos respetan más, ahora que tenemos a los lobos de compañeros. Y nos encargaremos de que nadie entre en el bosque con idea de daros caza.

—¿Y nosotros dos, Mael? ¿También somos aliados?

Se ruboriza y sonrío al verlo. Pero no se aparta, aunque sus mejillas tomen color y sus ojos titilen como una lluvia de estrellas. Ladea la cabeza y se acerca más. El dolor de la espalda es solo una molestia cuando él está cerca.

—Tu padre se quedó el primer día para velarte —explica, y no sé si está cambiando de tema—. Se marchó esta mañana, aunque Sin Sombra está aquí de sol a sol vigilando cada cambio de vendas de un modo que aterroriza a mis sanadores. Antes de irse, tu padre quiso hablar conmigo. A solas.

Arqueo las cejas. Él se ríe entre dientes.

—Espero que no fuera duro.

—Lo justo, supongo. Me ordenó que te cuidara hasta que te recuperes. No le importaba el tiempo que necesites. Dijo que... —Traga saliva, volviendo enrojecer—. Que si tú me habías elegido, eso era suficiente para él. Que siempre has sido lista.

—Bueno —murmuro mordiéndome el labio inferior, sintiendo aún más calor que él en mis mejillas.

—Y me ordenó que te hiciera volver, pero solo si era lo que realmente querías.

No tengo palabras con las que responder. A todas les han salido alas delicadas, piernas de libélula y revolotean en el hueco que se me ha abierto en el estómago. Siento que mi piel es transparente, que Mael puede ver cada sensación y cada sentimiento que cruza mi cuerpo. Que soy más vulnerable de lo que nunca he sido, cuando me disfrazaba con medias verdades.

Se ríe. Está tan cerca que noto su aliento. Sacude la cabeza y su pelo se mece.

—No sé qué es lo que se ha pensado. Sé que tú querías escapar de aquí —murmura.

—Es cierto —susurro.

Su expresión es tan triste que no puedo evitar alzar la mano y acariciarle la mejilla. Cierra los ojos e inspira lentamente, apoyándose en mi mano.

—Lo entiendo —responde.

—No se puede querer a nadie mientras nos separen las rejas. Ni me sujeten las cadenas. Pero

conseguí liberarme, ¿verdad? Tú me ayudaste a escapar.

Junta las cejas y me mira interrogante. Sonreír es tan fácil como respirar.

—¿Qué quieres decir?

—Quería escapar y lo hice, gracias a ti. Y ahora que soy libre he vuelto. Y, a lo mejor, si te parece bien, podría quedarme aquí un tiempo.

Mael abre mucho los ojos antes de dejar escapar una risa llena de incredulidad. Sacude la cabeza, sin alejarse de mí.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres quedarte conmigo?

No hay mejor forma de demostrárselo que hacer un esfuerzo para incorporarme para besarle. De forma torpe, entregada, sincera... Como si fuera mi alma la que se me quiere escapar por los labios para quedarse siempre junto a la suya.

Mael responde con suavidad, con nervios, con una ilusión que brilla con la fuerza de cien estrellas. Me empuja con suavidad sobre la cama para que no me mueva y sus dedos recorren mi cuello, haciendo que me estremezca. El tiempo vuelve a desvanecerse y no importa si es noche profunda o si el alba está cerca de encontrarme, como no me importa la herida, ni Galvan, ni todo el tiempo que quede hasta poder caminar libremente de nuevo. Mael y yo somos dos especies distintas pero, esta noche, nos hemos unido en un solo ser de caricias y besos suaves, de respiración entrecortada y calor que ilumina nuestros cuerpos.

Esta noche no hay lugar para el miedo, para el odio, para la inquietud.

Y las lágrimas que se me escapan y que él recoge con la mayor de las ternuras son de de una felicidad más cegadora de lo que nunca esperé sentir.

Capítulo 28

Luna nueva

SIN SOMBRA PARECE TAN FUERA DE LUGAR EN EL CASTILLO QUE SE ME ESCAPA UNA SONRISA DIVERTIDA CADA VEZ QUE ELLA ARRUGA LA NARIZ. Todo le extraña: los saludos, la vestimenta, las rutinas y la comida que nos sirven.

—Vas a quedarte en los huesos si sigues comiendo tan poco —me río y le lanzo un trozo de pan.

Ella lo atrapa lanzando un mordisco al aire, lo mordisquea y lo escupe con el ceño fruncido. Incluso la forma en la que se sienta en mi cama es cómica: como si las mantas fueran los pétalos de una gigantesca planta carnívora que en cualquier momento fuera a intentar devorarnos.

—No sé cómo puedes comerte esto.

—Tienes más parte de lobo que yo. A mí no me parece que esté malo, aunque no alimenta demasiado.

—Te has acostumbrado muy rápido —comenta con cierto pesar.

—Supongo que sí.

—No vas a volver —sentencia.

—Claro que sí, en un tiempo.

—Pero no para quedarte. Tu corazón está aquí.

—Mi corazón está contigo, con mi hermano, con mi padre y con toda nuestra tribu. Pero Mael...

—Te ha arrancado un buen trozo —termina por mí con un movimiento de sus cejas blancas.

Me río intentando disimular el calor que sube por mis mejillas. Sin Sombra desiste y deja su porción de comida en la cama para levantarse, con todo el cuerpo impaciente por ponerse en marcha pronto. No, no está hecha para la vida entre humanos.

Pero puede que este sitio sí que sea para mí.

—Ven a visitarnos, en cuanto te recuperes. Y ven a menudo o tendré que matarle.

—¡Oye!

—No me obligues a empezar una guerra —bromea con el gesto tan serio que bien podría ser una amenaza—. Sabes que soy capaz de hacerlo.

Sonrío y aparto también la comida para acercarme al borde de la cama. Mis piernas, con las que tanta distancia he atravesado, aún están débiles y las rodillas parecen a punto de doblarse

cuando apoyo en ellas mi peso. Sin Sombra me deja ponerme en pie por mí misma con sus ojos de sangre vigilantes por si tiene que echarme una mano. Me acerco a ella y la abrazo.

—¿De verdad tienes que irte? —protesto.

—Ese miserable va a pensar que hemos cambiado de opinión —masculla refiriéndose a Galvan—. Me queda un trayecto largo soportando su presencia. No quiero retrasarlo aún más.

—Nos vemos pronto —prometo, estrechándola aún más.

Mi amiga me responde en silencio y nos quedamos un rato abrazadas, conscientes de que nuestra vida ha cambiado y pasará mucho tiempo antes de que podamos hacerlo de nuevo.

Hay un balcón en mi dormitorio al que me asomo para ver marchar a Sin Sombra. Alanna es uno de los pocos soldados presentes, y le entrega la cadena a la que Galvan está atado. Se me escapa una sonrisa al ver cómo la chica se acerca a mi amiga de la infancia. Con respeto, pero sin ese miedo con el que me miraba a mí las primeras veces que nos encontramos. Quiero pensar que no soy la única que ha encontrado algo bueno en aquellos que creía enemigos inevitables.

Sin Sombra tiene la espalda recta y su mirada se clava sin piedad en Galvan. Voy a echarla tanto de menos que me duele verla, pero casi ni pestañeo para no perderme ningún momento. Su eterno gesto desafiante mientras Kandra intercambia unas últimas palabras con ella. El tirón intencionado que da a la cadena de Galvan, el pelo tan blanco como el de los fantasmas que se agita cuando se gira y ondea detrás de ella como una estela... Su figura se pierde en la distancia, aunque antes de entrar entre los árboles se gira y sé que me está mirando. Sonrío, aunque no pueda verlo, y extendiendo mi mano en el aire en una última despedida. Un «hasta pronto, hermana mía. Nos volveremos a ver».

No me giro cuando la puerta del cuarto se abre porque distingo a Mael por el olfato. También por su forma tan silenciosa de caminar. Mi sonrisa cambia, pero no se pierde, y cierro los ojos cuando él se coloca a mi espalda y pasa los brazos por mi cintura. Suelto un suspiro, él se ríe y me besa el pelo, por encima de la oreja, provocando un terremoto desde dentro de mis huesos. A lo mejor me caería si él no me estuviera abrazando. Echo la cabeza hacia atrás, para rozar su mejilla con la sien. Quiero que este momento dure una eternidad, que no me suelte nunca, que llegue el invierno y me encuentre así: sonriendo en sus brazos. Tan feliz que sería capaz de parar el mundo.

—Tienes mejor aspecto —murmura cerca de mi oído.

—Yo creo que aún necesito un tiempo para recuperarme. Unos días, o unos meses.

—Unos años, tal vez. —Se mueve para que, al hablar, sus labios rocen el lóbulo de mi oreja y le escucho sonreír cuando me hace temblar—. Una vida entera.

Me gusta cómo suena, cuando él lo dice. Ladeo la cabeza para besarnos. La torpeza de las primeras veces ha desaparecido. Nuestros labios se encuentran con tanta facilidad que es imposible que no estemos hechos el uno para el otro. Mi corazón se acelera y él me hace girar, como cuando bailábamos en silencio, para poder abrazarme mejor, con más fuerza. Le paso los

brazos por los hombros y me entrego a él, porque en este momento mi mundo está encerrado bajo su piel, detrás de sus párpados, en la humedad dulce de su aliento.

Sin Sombra se aleja, como mi familia y mi tribu, pero sé que siempre me recibirán con los brazos abiertos, y que aunque me quede aquí toda la vida, como Mael propone, podré verles tantas veces como quiera. Ya no soy una prisionera. Tengo libertad, y elijo quedarme. Elijo encerrarme en los brazos de Mael y permanecer a su lado.

Lejos queda la guerra que no ha sido. La cárcel que no permaneció cerrada. La cadena que no pudo contenerme. El miedo tiene la habilidad de cerrar puertas y aprisionarnos, pero he aprendido que el amor es más fuerte. Que yo soy más fuerte. Que, cuando algo es de verdad, ni siquiera los peores temores pueden pararlo.

Mi madre tenía razón, no solo los guerreros ganan las guerras. He impedido una y me siento orgullosa. He encontrado un hogar en un mundo extraño, como hizo ella, y siento que me sigue acompañando. Mael se aparta un poco, muy poco, pero me parece demasiado.

—¿Serás feliz, aquí?

—Seré feliz contigo —respondo con una confianza absoluta.

Su sonrisa ilumina los océanos de sombras de sus ojos. No hay más preguntas, no hay más dudas. Me alza en brazos con cuidado para no hacerme daño y la risa se me derrama, como gotas de luz, por el cuarto hasta que me deja en la cama y me besa con fuerza, con dulzura, con entrega.

Con todo su corazón, que es el mío, que me pertenece y me llama igual que la luna que, cada noche, susurra mi nombre desde su trono estrellado.

Agradecimientos

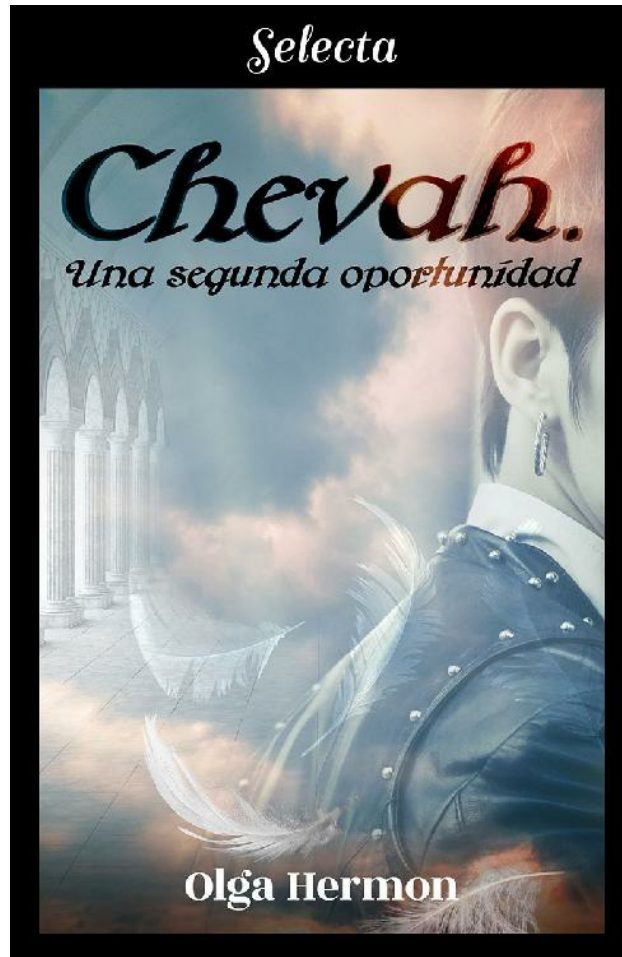
Esta historia nació como un rayo de luz que atravesó el bosque más negro. En mitad de un estado de alarma, de las dudas y del miedo, ocurrió un pequeño milagro, uno de los que creía que solo pasaban dentro los libros (y no a quienes los escribimos).

Un mail llegó a mi bandeja de entrada, ¡una editorial estaba interesada en mí y apostaron por esta historia! Y si el amor de Sauce y Mael ha sido posible fue gracias a Camino, que me encontró, me animó y creyó en mí antes de que yo lo hiciera. Y de Lola, que apostó por esta historia y me abrió el camino para que lograra avanzar con ella. Muchas, muchísimas gracias a ambas.

Pero también es posible gracias a mi familia, que nunca deja de apoyarme. Mis padres me animaron a seguir soñando y mi hermano, que escucha con toda la paciencia que a mí me falta. A mi tía y madrina, que se ilusiona por mí y me hace sentir grande, y a todos los que me apoyan y sacan tiempo para leerme.

Escribir no es solitario y he encontrado a gente maravillosa en mi camino. Gracias a todos los que soñamos juntos con salvar al mundo, y a las chicas del salón azul. Gracias a las que creen que el amor es más fuerte que una pandemia e incluso organizan bodas a través de video llamadas. Y gracias a ti, por leerlo, por dejarme que te cuente esta historia que, durante una época difícil, llenó mi corazón de esperanza.

Si te ha gustado
La luna tras las rejas
te recomendamos comenzar a leer
Chevah. Una segunda oportunidad
de *Olga Hermon*



Prólogo

No es casualidad que Chevah haya visto la luz en un año de aflicción y prueba para la humanidad. Se ha manifestado la maldad a una sola voz por todo el mundo. Hoy reina Covid-19, mañana quién sabe qué nombre tendrá.

Y cosas peores habremos de ver...

Ezequiel 8:13

El príncipe de las tinieblas está entronado, pero su principado pronto perecerá entre las llamas del infierno.

Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Apocalipsis 20:10

Capítulo 1

—¡Cargando! —gritó alguien en medio del alboroto en la habitación.

—Uno, dos, tres. ¡Despejen! —advirtió otra voz.

—¡Cargando!

—Uno, dos, tres. ¡Despejen!

—¡Cargando!

—Uno, dos, tres. ¡Despejen! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Reacciona, maldito cretino!

—¡Lo tenemos, doctor! —declaró una mujer, segundos después, en tono de indiscutible alivio.

A la par, en el repentino silencio de la sala de urgencias, se empezó a escuchar el maravilloso sonido del ritmo cardiaco en el monitor Holter, que anunciaba el regreso del paciente al mundo de los vivos. Él seguía inconsciente; su vida pendía de un hilo, pero su corazón, por lo menos, latía, aunque lento y desacompasado.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijo el médico a cargo con los puños apretados. Pasó con dificultad el nudo de la garganta sin apartar sus ojos brillantes del pálido rostro del hombre en la camilla.

El frío seco del lugar le caló hasta los huesos. Pasó las manos temblorosas por su cara para aliviar la angustia. Había olvidado que traía puestos los guantes de látex embadurnados de sangre. Por varios segundos se quedó observando el intenso rojo como si quisiera encontrar las coincidencias genéticas.

—¿Estás bien, doctor Sagasti? —Con su pregunta, la enfermera de turno sacó al titular a cargo de sus atormentados pensamientos.

—Todo lo bien que se puede en estas circunstancias, Chavelita —confesó triste.

Esa noche, en particular, se habían estrenado toda clase de eventos en el Hospital San Juan de Dios, entre heridos por asaltos bancarios, asaltos callejeros, intentos de homicidios, suicidios frustrados y un camión de turistas, lleno completo, que venía del sur de la república con rebrotes tardíos de Covid-19. Todo podía pasar en un fin de semana en la gran capital de México.

A pesar de las situaciones de crisis, para las que estaba acostumbrado y capacitado el equipo de guardia, en esta ocasión había una gran variante para el médico y su equipo.

—¡Doctor, ya está lista la sala de operaciones!

Con el mensajero llegó una cuadrilla compuesta de camilleros y enfermeras para trasladar al accidentado «especial» hacia el quirófano. En ese momento, el tiempo era oro puro.

—¡Aguanta, hermanito! —suplicó el galeno agarrado a la mano inerte del paciente.

Lo que pasara, a partir de ese momento, era decisión del Supremo. El cirujano nunca entraba en la imponente habitación sin orar primero y ponerse en sus manos antes de tomar el bisturí.

Capítulo 2

—¿Dónde estoy? —Las palabras se acomodaron con vida propia en mi cabeza y salieron por mi boca apenas escuché el rechinado de una puerta. Me incorporé apoyado en un codo sobre la acojinada cubierta de lo que parecía ser un diván. Todo me dio vueltas por un largo minuto.

—En el área de evaluación —dijo la voz del hombre que se detuvo a unos pasos de mí.

«¿Evaluación? ¿De qué? ¿Acaso estoy enfermo?», me pregunté sin sentir ningún dolor al moverme hasta apoyar los pies desnudos en el piso helado y muy blanco. Abajo descubrí un par de tenis, eran blancos también, por eso no los había notado. De seguro eran míos, porque el sujeto traía por calzado no sé qué cosa hecha de tiras de tela y piel.

Fijé la vista en su rostro, nuestros ojos quedaron al mismo nivel, aunque yo tenía el trasero apoyado en la orilla del mueble. Lo miré de arriba abajo. Vestía una especie de túnica, clara, larga. Su atención estaba puesta en la tabla que apoyaba sobre el brazo, su mano libre pasaba y repasaba los papeles sujetos por un clip. El hombrecito tenía permanentemente la lengua de fuera y con ella remojaba su dedo mayor, instrumento con el cual movía las hojas. Por mi mente cruzó como de rayo la imagen de un perro bóxer, aunque se desvaneció al segundo.

—¿Qué hago aquí? —insistí conteniendo un bostezo.

Giré los ojos para abarcar la habitación cuadrada, como de cinco por cinco metros; en ella solo nos encontrábamos él y yo. Por mobiliario estaba el diván de cuero, una mesita de noche y una silla, todo de un blanco inmaculado, incluyendo los muros y el techo. No había ventanas, ni falta que hacían; la luz proveniente de la lámpara sobre mi cabeza era capaz de iluminar hasta mis pensamientos, que, por cierto, no eran muy profundos.

—Vas a presentar tu examen final —respondió el sujeto mirándome por arriba de los anteojos que descansaban en su prominente tabique. Tenía como una nariz arriba de otra. Tal vez por eso su voz era igual al graznido amplificado de una urraca.

Entonces caí en la cuenta de que mi cabeza era una planta generadora de ideas nuevas; pareciera que antes de «esto» no había nada más.

—¿Examen profesional? —se me ocurrió de pronto. Se notaba que mi cerebro se estaba esforzando.

Era tal el silencio a nuestro alrededor que podía escuchar el sonido producido por el roce de la tela, de la túnica, contra las piernas del hombrecito cuando acortó la distancia entre nosotros.

—Se podría decir que sí —fue su ambigua respuesta—. Toma, necesito que respondas estas preguntas —me indicó al tiempo que extendía hacia mí un puñado de papeles y un bolígrafo.

En cuanto los tuve en la mano empecé a leer, sin embargo, me quedé atorado en la primera línea. Entonces, mi mente dispersa divagó en el aspecto de mi entrevistador, que de nuevo se encontraba perdido en la lectura de otros cuestionarios. En ese momento, lo sabía.

El hombre parecía una pelota playera con pies envuelta en metros y metros de tela canela. Me sonreí... más bien me reí y él me miró ceñudo:

—¿Qué pasa? ¿Necesitas algo?

—No sé mi nombre y tampoco...

—Ah, ya entiendo —interrumpió con una mueca sin gracia que mostró una ventana entre sus dientes—. Tú perteneces al grupo B —aclaró rascándose la calva sin preocuparse de alborotar los tres pelos que le cruzaban de oreja a oreja.

—¿Al grupo B? ¿Y esos quiénes son? —pregunté por decir algo.

—Sígueme —indicó reafirmando la orden con un gesto de su mano y echó a andar. Me emparejé con él para devolverle el cuestionario y él lo regresó a su tabla.

Los dos caminábamos en silencio por un pasillo que parecía interminable. Era como un túnel de techos altos, muros sin ventanas ni cuadros y lámparas que emitían una luz cegadora. Todo en blanco.

Dos pasos apurados del hombrecito eran uno mío. Yo era muy alto o él demasiado bajo. La idea me hizo mirarme a mí mismo. Era un hombre en apariencia joven, los supuse por la textura de la piel de mis manos. Vestía camiseta manga larga, para variar blanca, vaqueros azules y el par de tenis. Nada era capaz de disipar la nube que ocupaba mi cabeza en lugar de recuerdos. A decir verdad, no me incomodaba demasiado.

Después de un largo trecho el sujeto se detuvo en una puerta —por supuesto, blanca— que empujó sin tocar.

—Traigo...

—Sí, lo sé, el tipo del B —interrumpió la voz sin matiz de otro hombre, un anciano. Su apariencia se me antojó más peculiar que la de mi guía; este ni si quiera levantó la vista del libro donde hacia anotaciones sin parar—. Un segundo, por favor —dijo con su dedo índice levantado. Tiempo después, suspendió la tarea para tomar un micrófono—. 490, por favor, presentarse en área de selección. 490, por favor, presentarse en área de selección.

Su voz estridente retumbó entre las cuatro paredes de la pequeña oficina en la que apenas cabíamos los tres, junto con su escritorio y su sillón, dos sillas pegadas a la pared opuesta a la puerta y un archivero en el que, en ese momento, tenía metido medio cuerpo.

—¿490? —pregunté alzando la voz. Nacido de no sé dónde, consideré que el viejo sería medio sordo.

—¡Silencio! —me regañó el guía con el índice sobre sus delgados labios.

Parecía guardar mucho respeto por el anciano, de escritura incansable, que me miró con brevedad. Cómo saber si se molestó: su cara era un mapa hecho con arrugas.

—Tengo preguntas —insistí en susurros.

—Obedece si no quieres que te dejen relegado a lo último de la fila —advirtió el hombrecillo con tono impaciente sin dejar de observar al viejo fantasmagórico vestido igual que él, salvo por su túnica, que era en tono café oscuro. «¿Será una especie de uniforme y los diferentes colores son como niveles jerárquicos?», me pregunté con fugaz interés.

—¿Cuál fila? —quise saber regresando al asunto.

—Aquella —con un movimiento de cabeza, indicó el muro tras de mí donde descubrí la ventana cubierta con una persiana de hoja horizontal.

Obediente, me asomé por entre las laminillas y vi una hilera infinita de personas de todas las edades y sexos que avanzaba con resignada lentitud. Eso me hizo experimentar un repentino cansancio y me dejé caer en una de las sillas. El guía tomó asiento a mi lado, columpiando los pies entrelazados sin apartar sus ojos del anciano.

Por ocuparme en algo, volví la vista hacia la ventana. A excepción del extremado silencio, del otro lado, las personas se veían bastante comunes y corrientes, vestidas con ropa casual, así como la mía. Se me ocurrió que tal vez era una fila para una de esas películas de estreno... Mi mente se quedó en blanco justo cuando le iba a poner nombre.

Era un hecho que tenía mi propia idea del tema: nosotros ordinarios, ellos raros. «¿Quiénes son? ¿Dónde me encuentro? ¿Qué pasa aquí dentro? ¿Por qué no recuerdo nada de mí antes de hoy?».

—¡A la orden, jefe! —Mis dudas fueron interrumpidas por una melodiosa voz desde el quicio de la puerta. Entonces, cambié a mi objeto de observación por el recién llegado.

De hecho, todos volteamos en esa dirección. El cuarto elemento era un... ¿niño? Este miraba

sin parpadear al anciano.

—Llegó tu paquete —le informó con semblante acartonado desde su sitio tras el escritorio. Estaba sentado de nuevo y frente a él había dos pesados libros que había extraído de un cajón.

—¿Es este? —volteó hacia mí y me echó un rápido vistazo sin expresión en el rostro. Ahí me di cuenta de que era una chica, a pesar de su corta estatura y melena y su vestimenta de piel negra estilo motociclista de los años sesenta.

—Sí —respondió el anciano con voz áspera. Sus espesas cejas se juntaron en una línea por arriba de la nariz de águila y sus bigotes colgantes se agitaron con el brusco asentimiento de la cabeza.

—¿El instructivo y el manual? —preguntó la chica haciendo bombas rosas con la goma de mascar que traía en la boca.

—Aquí los tienes —indicó poniéndose de pie.

Las nervudas manos del viejo fueron a parar sobre las cubiertas con todo su peso. Cualquiera diría que no estaba de acuerdo en dejarlos ir o tal vez el problema era la receptora.

—¿Nos podemos marchar? —490 agitó los dedos hacia los ejemplares con impaciencia.

En ese momento, se desató un duelo de miradas, o mi mente recién estrenada así lo imaginó. Al cabo de unos segundos, la chica terminó con los libros en brazos. La carga la obligó a pandear la espalda para equilibrar.

—Solo recuerda...

—¡Sí, ya sé! Regla número seis —completó con un sonsonete, luego me miró un segundo—. ¡De pie!

Parece un común denominador la rudeza de trato de los empleados de... de... lo que sea esto donde me encuentro. No es que me moleste, más bien me provoca aburrimiento.

La chica carraspeó ruidosa y terminé por entender que me hablaba a mí. Me incorporé y, por algún motivo, sentí la necesidad de buscar la aprobación del hombrecillo que se puso de pie junto conmigo.

—¡Eh, tú!, *pretty boy*, ¡sígueme! —Ella insistió sin darme tregua.

De dos zancadas me puse a su lado. Me recorrió de arriba abajo con sus ojos castaños; sus labios dibujaron una sonrisa de dudosa intención que se amplió al mirar sobre su hombro al anciano antes de salir.

Emprendí la marcha detrás. Fue inevitable observar a 490 al detalle. Era menuda y bajita, igual que el par de hombres que dejamos atrás. Por arriba de su cabeza podía mirar también otro interminable corredor.

Al cabo de cinco minutos de caminar, sin llegar a algún lugar en específico, le disparé mis dudas con tono caprichoso. De pronto, no me dio la gana ser propio y paciente:

—¿A dónde me llevas? ¿Quién eres tú? ¿Dónde me encuentro? ¿Quiero respuestas y las quiero ahora! —Ella simplemente me ignoró—. Bien, en vista de que ni tu nombre me quieras dar, te llamaré...

—Mi nombre es 490 ¿Qué no lo escuchaste? —dijo de mal modo sin detenerse—. Para que te lo graves, es el resultado de «setenta veces siete». —Su tono se suavizó dos decibeles—. Si quieres solo llámame Siete —agregó mirándome con brevedad, sin detener el paso.

Obstinado, me adelanté a ella unos dos metros, me volví de frente y coloqué las palmas de las manos y los pies contra el muro. A mi ver, mi cuerpo serviría de tapón para detenerla y obligarla a hablar; sin embargo, la muy ladina hizo una serie de finteos —mi cabeza me envió la imagen de una cancha de fútbol—, y terminó colándose entre el espacio de un brazo y mi cadera para continuar de largo por el corredor tan oronda. Sin pensarlo, giré sobre mi eje y la tomé del codo.

—*¡Easy, boy!* —advirtió sin quitar la vista de los libros que luchaba por que no terminaran en el piso—. Necesito leer tu expediente para decirte lo que quieres saber. En este momento no sé ni J de ti —agregó y prosiguió su camino para nada preocupada de si la seguía.

—Pues ya somos dos —respondí sin perder de vista el rítmico contoneo de sus caderas.

Conforme con mi destino inmediato pasé a otro tema: ¿cómo había hecho Siete para meterse el entallado pantalón de cuero, tan negro como su corta melena?

490 no paró hasta que llegó a una habitación a la que entró sin llave, haciéndome una seña con el dedo índice por arriba de su hombro para que la siguiera. Se dirigió a la cama y se tiró en ella bocabajo; de inmediato empezó a leer el libro que tenía escrito en la portada: «EXPEDIENTE NÚMERO B06/07-10», con letras de color azul turquesa.

De un solo vistazo concluí que la alcoba era de la chica de nombre interminable, así como el caos que reinaba en ella. La cama se encontraba aún sin hacer y había ropa, cosas de tocador, calzado y papeles diseminados por todas partes; también había una ventana y una puerta al fondo.

Fuera del desorden reinante, la habitación no me decía nada más acerca de Siete. Hasta donde alcanzaba mi vista, no había fotografías ni objetos que la identificaran. En cuanto localicé una silla me acerqué con la intención de esperar sentado, así que me dispuse a despejarla; sobre ella había una pila de ropa encabezada por una diminuta y traslúcida prenda.

—Vienes del grupo B —Siete habló casi para sí. Su voz me sacó de la disyuntiva de retirar o no la tanga del lugar.

—Otra vez el grupo B —comenté con un suspiro. Me estaba comenzando a aburrir del tema.

—Siéntate aquí y no me interrumpas —ordenó la chica palmeando la esquina del colchón, luego se sumergió en su recién adquirido libro.

«Aquí todo es hacer antesala y esperar o caminar por largos corredores blancos —rezongué para mis adentros—. ¿Qué tanto dice el famoso libro que tiene a Siete ensimismada? Ah, qué importa con tal de que responda a mis dudas».

Negado a la idea de iniciar un monólogo sin voz, paseé la mirada alrededor. En unos cuantos minutos ya conocía al detalle cada rincón de la habitación y los tenía grabados en la cabeza que parecía estar estrenando, aunque igual no había mucho por almacenar; todo era mínimo mobiliario blanco, blanco, blanco.

La curiosidad me llevó hacia la ventana. Lo único que alcancé a ver desde ahí fue la

interminable fila de personas que avanzaba hacia enfrente con lentitud. El galerón por donde transitaban parecía no tener principio ni fin.

«¿Dónde estoy? ¿Quién es toda esta gente? ¿Por qué tengo la sensación de que existe algo más?». Esas preguntas daban vueltas en mi mente como gira el agua en una coladera. Una consecuencia inminente que no causa estragos.

Empecé a caminar de un extremo a otro de la habitación arrastrando los pies, para fastidiar. Si el piso tuviera alfombra, terminaría por dejar un surco que me pude imaginar, al igual que los saltos de Siete por llegar al baño. Me reí como tonto, ni eso la hizo reaccionar.

Rápido pasé a otro tema: mi apariencia. A pesar de que no había espejos por ningún lado que me confirmaran que era un hombre joven y atractivo, la idea se iba concretando en mi cabeza. Todo parecía indicar que el apelativo con el que me hablaba Siete tenía mucho que ver con ello.

Tampoco recordaba nada de mí persona antes de despertar en el diván, unas tres horas atrás, suponía, pues los relojes brillaban también por su ausencia. Sin embargo, de alguna manera tenía la certeza de que era un «ser inteligente» capaz de medir la distancia, el tiempo y el espacio.

—Oye tú, ¿te falta mucho? —pregunté; para variar me ignoró. Me acerqué a ella—. ¿Estás sorda o qué?

—¿Qué te dije, *pretty boy*? —Levantó la mirada de los papeles, sus ojos echaban chispas—. Si me sigues interrumpiendo, nunca terminaré con esto —señaló el ancho libro abierto a la mitad.

—¡490! ¡490! —Al cabo de un rato, volví a la carga como tediosa bocina de vendedor ambulante. «Siete obedece ese lenguaje», recordé.

—¿¡Qué rayos quieres!?! —gritó enfadada. Esta vez logré sacarla de sus casillas. Sus ojos querían fulminarme.

—Necesito ocuparme en algo. —Fue un verdadero descubrimiento esa sensación de inquietud después de horas de solo experimentar curiosidad, aburrimiento y un poco de impaciencia.

—Suerte con eso —respondió con la vista puesta de nuevo sobre el libro.

—Bien. ¿Quién te necesita? —declaré con toda la intención de salir en busca de aventuras.

—¿A dónde crees que vas, *pretty boy*?

Con una agilidad propia de una gata, Siete se interpuso entre mi cuerpo y la puerta; sus pequeñas manos sobre mi pecho eran el obstáculo, que, según ella, me impedirían seguir adelante tras mi objetivo.

—No tienes autorización para andar por ahí —aclaró con voz de mando y el rostro sonrojado levantado hacia el mío. Por unos segundos su actitud belicosa se esfumó y en su lugar apareció una expresión difícil de interpretar que me removió las tripas de la panza—. Muy bien. ¿Quieres respuestas? —inició algo contrariada retirándose un paso hacia atrás—. Ahí te van. Sugiero que vuelvas a sentarte —advirtió dejándose caer de nalgas en la esquina del colchón.

Siete sacudió la cabeza y puedo jurar que vi como salió volando algo de su interior. De nuevo era ella, la chica peleonera y mandona.

Su única forma de escapar es ganarse la confianza de su enemigo, pero ¿qué puede hacer cuando su mentira se vuelve sincera y quiere quedarse con él?



Sauce nació bajo la luna nueva: un mal augurio para cualquier licántropo. Se dice, que los lobos que nacen sin luna no ganarán en batalla. La chica se esfuerza en no decepcionar más a su padre, el líder de la tribu, y cuando los humanos atacan no duda en sacrificarse para salvar a su hermano pequeño. Pero los hombres no la matan, en vez de eso la llevan prisionera al castillo del conde. Una vez encerrada se entera de que la han capturado para regalársela al heredero del conde por su cumpleaños.

Sauce es astuta. Sabe que no tiene posibilidades de escapar usando la fuerza bruta, por lo que finge una actitud mansa. Su orgullo de licántropa hace que le cueste controlarse cuando la situación se vuelve humillante pero mantiene las formas y hace lo posible para ganarse la confianza del heredero: Mael. Le escucha, le cuenta leyendas de su tribu, e historias de ella misma. Y Mael, poco a poco, empieza a confiar en ella.

Pero, cuando Mael se abre a ella y se van conociendo, Sauce empieza a sentirse cada vez más confundida. ¿Hasta qué punto está fingiendo y hasta qué punto cuenta los minutos para volver a verle? ¿Por qué se le hacen tan largas las noches hasta que vuelven a verse? ¿Por qué no se libra del cosquilleo bajo la piel cuando él la roza o se ríe? ¿Se está engañando a sí misma o se está enamorando del chico?

Y, lo que más le preocupa, ¿y si cuando pueda escapar su corazón le impide hacerlo?

Marina Tena Tena. Devoradora de libros profesional y escritora aficionada desde la infancia. Aunque en su currículum pone que trabaja de profesora, le pasa como con lo de escribir, realmente no sabe si es su trabajo o si tiene la enorme suerte de vivir de algo que le encanta hacer. Ha sido seleccionada en varias antologías como el II Premio Ripley, Mundos sutiles o Terroríficas II

Edición en formato digital: septiembre de 2020

© 2020, Marina Tena

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-43-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La luna tras las rejas

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marina Tena
Créditos